



Apropiacions sociodeportives de espacios públicos urbanos

El caso de la comunidad cochabambina en Barcelona

Omar Borrás Tissoni



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència *Reconeixement 3.0. Espanya de Creative Commons*.

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia *Reconocimiento 3.0. España de Creative Commons*.

This doctoral thesis is licensed under the *Creative Commons Attribution 3.0. Spain License*.



UNIVERSITAT DE BARCELONA



**APROPIACIONES SOCIODEPORTIVAS DE
ESPACIOS PÚBLICOS URBANOS. El caso de la comunidad
cochabambina en
Barcelona.**

Omar Borrás Tissoni

Departament d' Antropologia Cultural i Història d'Amèrica i d'Àfrica
Facultat de Geografia i Història
Universitat de Barcelona
Doctorado en Antropología Social y Cultural
Bienio 2005 / 2007

Director: Manuel Delgado Ruiz

Barcelona, septiembre de 2012

VI. Espacios distintos con sociabilidades semejantes

Pries (1999), cercano a la etnografía global, sostiene que la clasificación de *espacio-contenedor* está alejada del transnacionalismo: "...Tenemos que cuestionar la idea de la vida social de grupos, de 'comunidades' o de 'sociedades' delimitada a espacios geográficos como contenedores cerrados, porque en la actualidad [...] el *espacio mundo-vida* se va emancipando cada vez más del espacio geográfico físico" (Ibíd., p. 58).

En los espacios cochabambinos barceloneses se mantuvo una transnacionalidad latente, porque las personas ocupantes establecían diferentes vínculos entre origen y destino sin dejar de generar estrategias que abarcaban el panorama transnacional. Pero dicho esto, también se ha de considerar que sus interacciones en los mismos parecerían condicionadas en mayor medida por ciertas características que trajeron consigo, como si estuviesen relativamente ajenas a las influencias de destino o con menor incidencia de las mismas.

Las personas cochabambinas ocupantes no parecía que estuviesen dispuestas a asumir con sus acciones endoespaciales que esos espacios tuviesen la porosidad que vindican aquellos promotores de la etnografía global, porque si bien es evidente que la sociedad receptora ofrece una gran cantidad de estímulos, la influencia externa que pudieran recibir tuvo una mayor resistencia que en otros espacios latinos. Por eso la vida interna de un espacio social cochabambino no era igual a la de otros espacios sociales latinos; su permeabilidad fue menor. Si bien estos lugares tuvieron similitudes entre los colectivos en las funciones de apoyo, el incremento exponencial en la llegada del colectivo cochabambino en 2007 favoreció en poco tiempo que se transformaran en verdaderos "centros de recepción".

Estos *espacios cochabambinos* tuvieron una apropiación simbólica tan marcada, que daba la impresión que las influencias de destino tenían menos peso. Se nos presentaban con objetos propios de la naturaleza o de su transformación por las personas que ocupantes, pero probablemente con mayor fidelidad a los orígenes que otras personas de otros colectivos latinoamericanos.

En este capítulo, a modo de introducción, detallaremos las características morfológicas y sociales de tres *espacios cochabambinos*, lugares generados por personas originarias de

Cochabamba, o, en su sentido más amplio, ocupados por originarios de la parte occidental de Bolivia provenientes del altiplano andino, los *collas*. En tanto la población mayoritaria inmigrada en Barcelona es originaria de Cochabamba y sus alrededores, se pudo observar que la proveniente de otros lugares del paisaje andino como Oruro, La Paz, Sucre o Potosí también solía encontrarse en esos espacios, usando el quechua y el castellano como lenguas vehiculares. Era difícil encontrar en estos espacios personas de otras nacionalidades, porque las bolivianas le daban a los mismos un carácter casi exclusivo, a diferencia de otros lugares deportivos donde actuaban personas de diferentes países.

Los cambas del oriente boliviano tenían una proporción menor en esos espacios cochabambinos. Su presencia era aceptada, aunque a veces con reparos. La rivalidad entre “las dos bolivias” se hacía patente en los campos de juego, volviendo a salir las tensiones de origen. En contraste a aquello que sucedía en los espacios cochabambinos, los lugares generados por cambas tuvieron una composición variada de participantes. Allí podían encontrarse personas no solamente bolivianas, también de otras nacionalidades, promoviendo interacciones más complejas.

Durante el período de indagación, la movilidad entre los espacios barceloneses estaba condicionada por distintos factores, porque como es previsible, no todas las organizaciones latinas gestadas a partir de prácticas espontáneas derivaban en similares ofertas de servicios. Encontrarse con paisanos, sobrellevar la ausencia en destino, practicar deporte, conseguir mejorar su economía, recrear ciertas estructuras culturales de origen, eran, entre otros, los factores que animaban a desarrollar los encuentros. Durante el período de estudio, los lugares sociodeportivos creados con la ingente llegada de población boliviana, tuvieron una evolución no siempre similar: algunos se fueron fusionando, otros dispersándose en diferentes espacios físicos, mientras que otros se clausuraron.

En algunos espacios (incluso en aquellos apropiados de forma más contundente por la regularidad de sus encuentros, el tiempo de cada uso y la cantidad de personas) parecía que sus ocupantes tenían la convicción de que podía ser posible su permanencia, pero a la convicción de quedarse se unía a veces cierta incertidumbre, como si esas apropiaciones inestables pudiesen ser parte de las maneras que traían consigo. Tampoco parecían evidenciar que estuviesen por consolidar su permanencia con gestiones de

negociación, haciendo poco caso a las normativas municipales, porque a sabiendas que determinadas acciones les pondrían en aprietos con la administración, igualmente se empeñaban en recrear aquello que preferían. Tal vez consideraban que si en origen podían hacerlo, aquí también, aunque no fuera en sintonía con las normas de los ayuntamientos. Parecía que desconociesen que aquella “voluntad de conquista” no vale, y que la flexibilidad respecto a las ocupaciones del espacio público que existe en sus lugares de origen no se entiende de la misma forma en Barcelona. Así fue como terminó finalmente nuestro espacio objeto de estudio preferencial de Viloma Montjuïc, y así terminaron otros que no entendieron que no podían saltarse las normativas sobre determinadas ocupaciones espaciales.

Otras veces la permanencia en algunos espacios se fue modelando con el apoyo de instituciones privadas “autóctonas”. En el campo de Can Vidalet de Esplugues de Llobregat, Edmundo Morales comenzó su andadura en la pista de fútbol sala del parque de la Alhambra de Hospitalet junto a otros paisanos. Gracias al apoyo de algunos “autóctonos” pertenecientes al club de petanca que usaba el espacio contiguo en esa plaza, tuvieron la oportunidad de trasladarse a las instalaciones convencionales mencionadas. Pero una vez en ese espacio de Can Vidalet favorecían el ingreso a personas de otras nacionalidades, hecho que les diferenciaba de la mayoría de espacios cochabambinos. Probablemente el objetivo económico animaba a esta posición, porque allí se reunían más de treinta equipos durante el período estival.

Con la sola voluntad de sus promotores, otros grupos se las ingeniaban para conseguir espacios convencionales por cuenta propia sin haber realizado anteriormente una movilidad espacial digna de mención. Así fue como comenzaron en el campo de Sants Genís. Celier García consiguió conformar una liga con un importante número de inscritos en la etapa de la llegada masiva y más tarde mantenerse, aunque disminuyendo su número cuando la crisis generó mayor desocupación laboral y muchas personas tuvieron que volver a Bolivia en lo que se llamó “la etapa del regreso”.

Como se aprecia en el anexo, fue evidente que hubo una movilidad desde parques y descampados con prácticas autoorganizadas (por la “invitación” a marcharse o, directamente, por el desalojo forzoso) a espacios convencionales, participando en ligas que funcionaban con una estructura más formal. Pero en momentos puntuales, no parecía

que dejaran de practicar aquella modalidad espontánea de juego, como si no quisieran renunciar a sus maneras de origen, más itinerante.

Por lo general, los lugares deportivos barceloneses estaban relacionados por la proximidad con las residencias de las personas usuarias, hecho que favorecía la práctica. Durante el período de estudio, la tendencia de mantenerse juntos en el primer barrio de residencia fue decreciendo. Poco a poco esa centralidad de recién llegados se fue desvaneciendo con traslados a otras localidades. Sin embargo, el lugar deportivo y de sociabilidad se mantuvo aunque tuviesen que trasladarse desde otros barrios. Parecía que la necesidad de encuentro era motivo suficiente que la distancia no lograba debilitar.

Los espacios abiertos que comenzaron a ser ocupados de manera informal siguiendo las prácticas de origen, no tenían la afluencia de la población “autóctona” con que contaban los espacios convencionales, a los que parece que esta tenía más afición. En la Barcelona actual ya pasó aquella tendencia natural de usar la calle con la frecuencia de antaño, sin embargo la ironía del destino hizo que los nuevos catalanes volvieran a poner en práctica con máxima difusión esa costumbre medio abandonada, usando de manera espontánea aquellos lugares que la sociedad de acogida había ido perdiendo, o reinventándose otros entre los intersticios de las nuevas autopistas, los callejones poco transitados o las plazas y parques en cuyos céspedes no se permitía pisar.

Un antiguo usuario de esos espacios, entre los tantos que hemos tenido oportunidad de charlar, sostenía: “somos nosotros los que hemos perdido la calle...”, tal vez queriendo dejar patente aquella idea sobre los espacios urbanos generados por la propia gente a partir de las prácticas que en estos se propongan y que se reconocen como tales en función de las relaciones que lo hacen posible (Delgado 2004, p. 7-12), característica distante y distinta de aquello que las administraciones parecería que quieren vindicar.

Por lo tanto, si las ocupaciones de los espacios segregados como los poco cuidados o descampados no eran interesantes para la mayoría de los “autóctonos” limitándose a la presencia de paseantes de perros o grupos de jóvenes que buscaban lugares poco transitados para poder mantener cierta reserva en sus interacciones, se hacían más fáciles de apropiarse por los nuevos usuarios. César, del espacio de Viloma Montjuïc sostenía que “había unos chicos que venían a drogarse, pero como nosotros éramos más,

dejaron de venir cuando jugábamos”. La superioridad numérica fue en este caso un añadido condicionante para la conquista de esos futuros territorios.

Estas formas parecían mantener cierta similitud con otros espacios ubicados en poblaciones del Valle Bajo cochabambino y que también allí habían sido resignificados por aquellos que vieron la posibilidad de satisfacer sus necesidades de relacionamiento deportivo y social. Pero en contraste con origen, en cuyos pueblos los espacios deportivos ocupan zonas centrales aquí, en Barcelona, los espacios eran generalmente opacos y poco visibles, manteniendo, eso sí, los elementos de la naturaleza tan necesarios. El entorno natural modificado “a su manera” era una condición que parecía bastante habitual para que las prácticas cristalizaran.

Los tres espacios introductorios a aquel más importante que presentamos en el siguiente capítulo, el de Viloma Montjuïc, se diferencian en su calificación urbanística, en sus estructuras físicas y en su visibilidad, pero las personas que los ocuparon tenían características similares al recrear sus formas tradicionales de ocupar los espacios públicos. No se pretende profundizar en aquello que allí sucedía, sino marcar el contexto y establecer tanto similitudes como diferencias que nos permitan tener un marco situacional de cómo estaba la cuestión en ese período previo a la etapa denominada “el regreso”, cuando muchas personas se vieron obligadas a volver a su país.

Se describirá aquello más significativo del espacio, su contexto físico (dimensiones, límites, accesos) y también el social, mediante la presentación de algunas de las actividades que se gestionaban en esos eventos sociodeportivos, especialmente durante los domingos. Sin entrar a detallar las relaciones, se dejará constancia de las mismas con el entorno morfológico inmediato, como las interacciones endoespaciales, sus densidades, algunas estrategias económicas y los conflictos, ya sea con la administración, como entre grupos de actores. Creemos que esta introducción a la vida en los espacios apropiados puede ser suficiente para ir poniendo en situación aquello que vendrá después.

Los espacios sociodeportivos del Santuari, Can Buxeres y Sants Genís -dos de los cuales se generaron en parques públicos y uno en un espacio convencional-, tenían personas que los conectaban pero no era lo habitual, generalmente tenían como uso preferencial un sólo espacio. Se detectaron algunos elementos comparativos para refrendar o no las

realidades que se dieron en el espacio objeto de estudio principal de Viloma Montjuïc, pero es necesario ir al anexo para conocer otros espacios no exclusivamente bolivianos detectados entre noviembre de 2006 y diciembre de 2010 para tener una composición más amplia de esas realidades.



Fig. 16. Ubicación de los cuatro espacios en Barcelona

VI.1. Santuari: entre vínculos fuertes y visibilidad baja.

El parque de la Creueta del Coll, responde a una transformación urbanística conseguida en la antigua pedrera ubicada en una de las colinas de la mitad norte de la ciudad de Barcelona, donde comienzan a hacerse presente como islotes las arboledas de algunas cimas. Junto al parque, la vertiente forestal del Turó del Coll da a la sierra de Collserola. Allí, la pineda se mezcla entre las malezas que interrumpen los senderos, haciendo algunos lugares de difícil circulación y contrastando con el parque bien cuidado que deja hacia el sur.

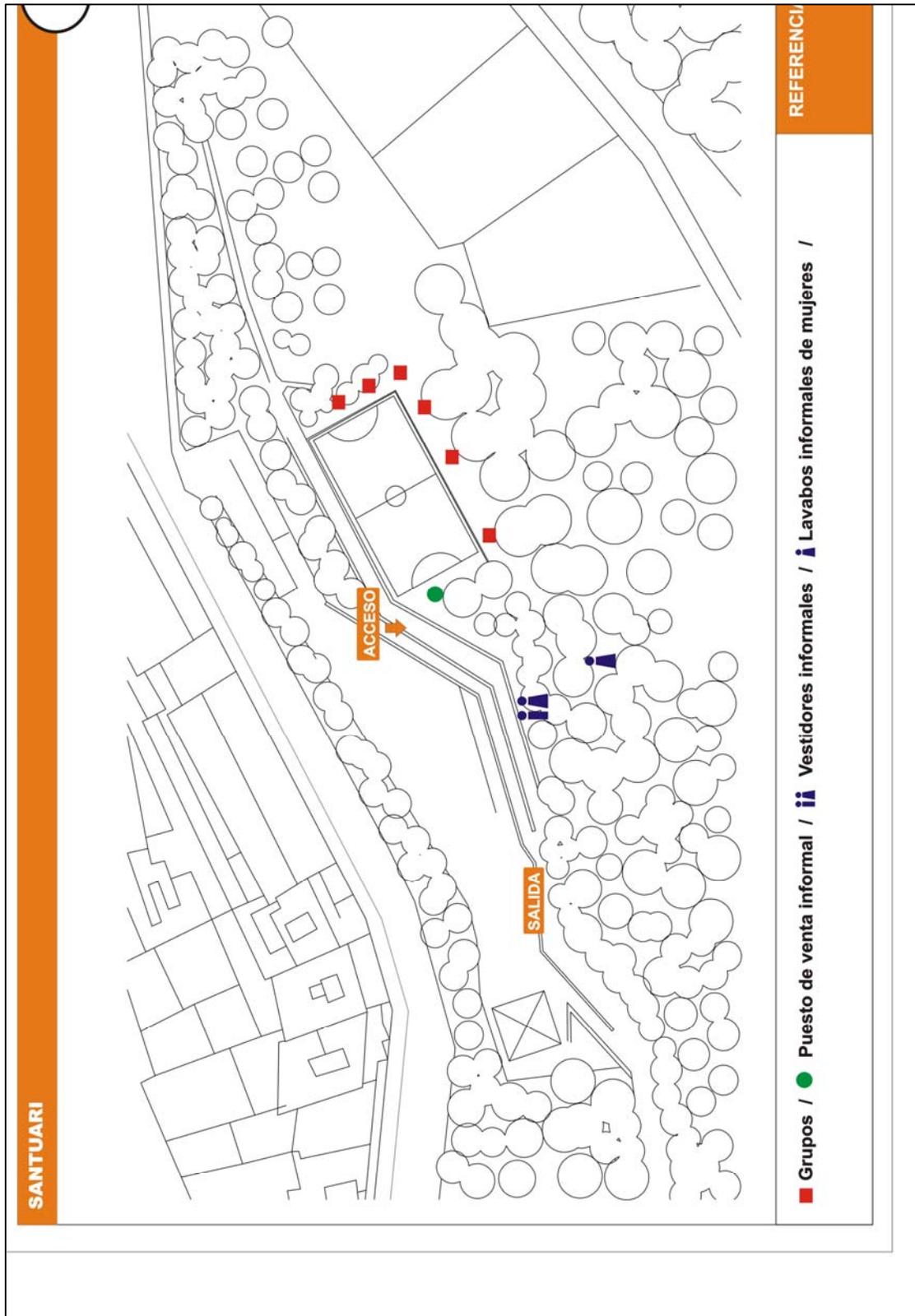


Fig. 17 Plano general del espacio y sus zonas anexas principales.

La rampa, que en forma de zigzag comienza en el Parc de la Roda junto a la calle Mare de Déu dels Àngels, no permite en primera instancia prever el interesante lugar que se podrá observar. El espacio se encuentra en una zona silvestre, ubicada en el barrio del Carmel, parte del cual se inmersa en el distrito de Gràcia. Este espacio discreto, casi invisible, parecería tener poca repercusión sobre el vecindario excepto en su parte norte, donde la pendiente de la montaña cae abruptamente hacia la calle Mare de Déu dels Àngels. Allí, separado por una profunda depresión coincide en altura y cercanía con los pisos altos de los edificios de enfrente de la misma. Por el sur, montaña arriba, se accede subiendo entre matorrales a la calle Morató, en la cual se intuye que por su desordenado planeamiento, fueron precedidas por otras precarias en la época de la migración interna.

La pista de fútbol sala no tiene las medidas reglamentarias, sus dimensiones reducidas de diez por treinta metros y el estado del cemento sin los requisitos mínimos para aquello que aquí en destino se considera una práctica adecuada, podría favorecer la práctica de unos pero no de otros. En el córner noroeste, la anchura de la pista se estrecha y la obliga a conformar un chaflán, estropeando la necesaria estructura rectangular. Parece ser una pista generada en otros tiempos, cuando la voluntad del Ayuntamiento por ceñirse a los espacios reglamentarios no era tan rigurosa como en la actualidad. Sin embargo esas deficiencias estructurales nunca fueron un impedimento para que los nuevos ocupantes las utilizaran. De hecho, diferentes espacios que incumplen con muchos de los requisitos que aquí pudieran considerarse indispensables para una práctica adecuada, son usados sin reparos por los migrantes cochabambinos. No parecen tener similares pretensiones en equipamientos al resto de los latinos, como si la elección de sus lugares dependiese de otras variables.

La limpieza y mantenimiento de la pista, así como del parque y aledaños, está a cargo de los servicios del Ayuntamiento, no obstante después de los partidos de los domingos los propios ocupantes se encargaban de la misma, ya que la suciedad que se generaba durante el día era excesiva y superaba las previsiones que de un uso menos intensivo para el cual estaba destinado. Se ha de tener en cuenta que se realizaban casi veinte partidos por jornada, participando aproximadamente trescientas personas deportistas a las que se debían sumar amistades y familias que les acompañaban. Eran días festivos, donde se comía y bebía a discreción, hecho que generaba desperdicios que siempre era mejor retirarlos antes de que pudieran tener quejas de los vecinos o de los propios trabajadores de la limpieza del Ayuntamiento. Por su parte, si bien la limpieza estaba

compartida, la transformación del espacio por las personas ocupantes no fue significativa como en otros lugares. La misma se limitaba a marcar la pista, porque si se hacían evidentes otras actuaciones, argumentaban que tenían temor a que supiesen “los del Ayuntamiento”.

“Las porterías, como ves, son de plástico: las compré en Decathlon”, decía Edwin Torres, un boliviano procedente de Sucre que llevaba la liga desde 2004. “Cuando finalizamos la jornada las cargo en la furgoneta y me las llevo”. Las medidas del campo tampoco entraban en las normativas oficiales del deporte y los tiempos de los partidos no superaban los veinte minutos; a veces era necesario acortarlos para que pudieran jugar todos los equipos mientras la luz del sol lo permitía, adaptándose a las posibilidades que tenían.

En 2009 se habían inscrito más de veinticinco equipos masculinos y quince de mujeres, pero la regularidad no se mantuvo y, al finalizar el mismo, solamente había diez equipos femeninos y quince masculinos que sumaban casi trescientas personas. La causa de esa disminución de participantes fue la escisión de esta red deportiva: algunos encabezados por Ángel, originario de Santa Cruz, se marcharon al campo de La Clota, porque no estaban conformes con la forma de llevar la liga por parte de Edwin Torres.

Sin embargo el periplo de ese grupo escindido duró poco, porque una vez en el nuevo espacio, si bien el campo era mejor y los accesos más fáciles, los gastos eran mayores. Además de pagar por el uso del espacio (algo que en el espacio ocupado no hacían), las relaciones con la familia ecuatoriana que lo gestionaba no fueron tan fluidas como pensaban. De manera que a fines de 2009, Ángel ya estaba en tratativas con Edwin para volver al Santuari con los equipos que le habían acompañado.

El carácter de Edwin, afable y cercano, facilitaba la relación. Siempre parecía estar dispuesto a hablar sobre lo que allí sucedía. Hacía años que vivía en El Carmel, como muchos de sus paisanos habituales del lugar, pero no daba la impresión de estar habituado a determinadas gestiones con la administración, de ahí que siguiendo un protocolo no explícito de intercambio de favores que suelen realizar algunas personas bolivianas, convenimos en colaborar con algunos trámites ante la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona. La primera gestión fue averiguar sobre los requisitos necesarios para dar de alta su entidad deportiva en la oficina de la Generalitat de la calle

Casp; la segunda era saber qué perspectivas de futuro tenía ese espacio en medio del parque, el cual, durante el verano de 2009, estaba siendo objeto de limpieza por Barcelona Neta, la empresa del Ayuntamiento de Barcelona. Edwin creía que se refaccionaría el lugar y no se le permitiría continuar con la actividad deportiva que a él le interesaba. Pasado el verano, con fecha 8 de octubre de 2009, recibimos la información solicitada. En ella se especificaba que el destino de la pista era el mismo que tenía hasta ese momento, información que tranquilizó a Edwin, porque podía continuar con su proyecto ya que no había una remodelación en marcha como él había pensado.

Como sucede en la mayoría de los casos de las redes del altiplano, no había relaciones con los otros vecinos del barrio mientras se desarrollaban las actividades deportivas. Muchas personas bolivianas que residían en las inmediaciones eran las que practicaban en ese lugar y sus cercanías se daban mayormente entre amistades y familias del mismo origen. También se daban otras relaciones derivadas; la proximidad con los vecinos de la calle dels Angels, cuyos pisos más altos están a la misma altura que la cancha, favorecía que el ruido producido en el espacio repercutiese en los mismos, de manera que Edwin para evitar conflictos establecía los primeros partidos de los domingos a partir de las diez. Entre la montaña y estos edificios hay una depresión importante que amplificaba el sonido generado en el espacio. Parecería que los problemas que tuvieron al principio de la ocupación con los vecinos no fueron a mayores, porque la medida de atrasar los partidos de la mañana tuvo consecuencias positivas. Aquí se observa un ejemplo de autorregulación de conflictos mediante una posición dialogante con el vecindario.

El porcentaje de presencia entre collas y cambas mantenía las mismas proporciones que en otros espacios cochabambinos: siempre había más personas de origen andino. Manteniéndose una característica suficientemente contrastada en los demás espacios, los cambas tendían a juntarse con originarios de Bolivia y de otros países, mientras que los collas plasmaban cierta homogenización social y cultural, relacionándose con personas preferentemente andinas. Las oposiciones de origen se seguían manteniendo, formándose grupos minoritarios de cambas que solían expresar sus resistencias; entre ellas, la malograda escisión del grupo de Ángel, cuya experiencia poco fructífera le hizo desistir en su apuesta emancipatoria.

El espacio tiene un muro de contención en su lado sur, donde la montaña acentúa su pendiente. Durante la observación tenía graffitis que promovían la idea de ocupaciones

temporales de jóvenes que dejaban esos indicadores de su presencia, pero además daba evidencias de ser un lugar de interacciones discretas. Sobre ese muro decorado, la gente espectadora de los encuentros futbolísticos solía sentarse a modo de grada. Es un muro alto que no llega a los dos metros, y su anchura, obligada por su función de sostén, facilitaba la comodidad de estar en primera fila. A partir del muro, la subida entre zarzas se acentúa y la vegetación no permitía que los espectadores se sentasen más allá. De manera que la gente, sentada una a continuación de la otra, emulaba aquellas acciones de contacto físico que detectamos cuando estuvimos en Cochabamba. En los campos deportivos, en los transportes públicos y por lo general en cualquier recinto que obligase a mantenerse en contacto unas personas con otras por un tiempo, no parecían tener reparos en tocarse unos con otros aunque fuesen extraños. Moverse en determinados lugares de la Cochabamba rural favorece la impresión de que los lugareños se incluyen en una misma forma de proxemia, en la cual las relaciones corporales se dan de una manera diferenciada a las que se pueden dar en otros lugares como Barcelona, donde la gente mantiene mayores distancias corporales.

El muro del lateral sur continúa en forma de ele hacia la detrás de la portería de la zona este. En el lateral opuesto, el de la zona norte, el reducido espacio entre la pista y la valla metálica que protegía a los jugadores de la profunda depresión, no permitía que los espectadores se ubicasen allí, de manera que el lateral sur solía estar vacío; solamente le presidían los terrados de las viviendas de enfrente, con la calle y el desnivel en medio.

Además de los lugares de densidad significativa ya expuestos, la ubicación de la gente asistente se daba principalmente en la entrada, detrás de la portería oeste, en grupos cuya aglomeración e interacciones contrastaba con otras zonas del recinto. Allí solían charlar cerca del puesto de venta informal de comidas y bebidas típicas que tenía una señora ya mayor, de aspecto originario y rural. Las relaciones cara a cara se favorecían especialmente en ese espacio reducido de menos de veinte metros cuadrados.

Los flujos de personas dentro del espacio se daban únicamente cuando el juego estaba interrumpido. La morfología del espacio acotaba los lugares y no permitía desplazamientos mientras se disputaban los partidos, pero una vez estos se interrumpían, la gente buscaba el espacio central, el de la pista de fútbol, para ocuparlo momentáneamente, cambiar de lugar, estirar las piernas o charlar con aquella persona que le apetecía. Desde allí era fácil interactuarse con las demás personas que se

mantenían sentadas sobre el muro. Una vez el partido comenzaba, la zona central daba cabida a las evoluciones deportivas y los ocupantes momentáneos debían retirarse de ese lugar central, limitándose en cierta medida las relaciones sociales para atender quizá algo más a la escena aparentemente justificante de sus presencias: las evoluciones futbolísticas.

En ese momento las apreciaciones menos personales pasaban a ser más públicas, los gritos hacia los destinatarios que se enfrascaban en una disputa deportiva habitualmente vehemente, eran correspondidos con acciones motrices que a veces tenían más énfasis en la técnica y otras veces en la actitud, pero en pocas oportunidades contestaban a los espectadores de otra forma. El jugador o la jugadora de turno se convencían de su rol, aparentando hacer caso omiso al estímulo generado desde el público.

Las zonas aledañas al campo, rodeadas de vegetación, se transformaban en lugares idóneos para usar como vestuarios improvisados, porque el entorno ganaba en discreción. La vegetación frondosa favorecía cierta intimidad, aunque no parecía que hombres y mujeres tuviesen demasiado reparo en cambiarse de ropa delante de las demás personas, siempre –eso sí- con la discreción y espontaneidad de un acto natural inmerso en el marco deportivo, como si este incluyese esa discreta exhibición. En el mismo camino de acceso a la pista era habitual encontrarse un grupo de chicas cambiándose antes de comenzar a jugar. Tampoco parecía que tuviesen demasiada aprehensión a ser vistas haciendo sus necesidades entre las zarzas. Lo hacían como “allá”, de ahí que probablemente el concepto de pudor pasa por otras variables menos rigurosas que las de destino, como si aquello tan privado para algunas personas como es la intimidad tuviese un significado distinto y se llevase de manera ciertamente natural.

La economía informal, motivo por el cual la Guardia Urbana de Barcelona había llamado la atención alguna vez a Edwin Torres, no dejaba de practicarse. La señora que se ubicaba en la entrada vendía bebidas típicas en bolsas de plástico con una cañita inmersa en la misma, al mejor estilo Valle Bajo cochabambino. Además de los refrescos típicos (y a veces algunas cervezas) lo más vendido era el *mocochinchi*, la bebida típica a base de zumo de melocotón con canela. Las empanadas salteñas, en cuyo interior se ponía un relleno de aceitunas, patatas y huevo, era el alimento más requerido. Por un euro y medio se podía adquirir una, el mismo precio que valía un refresco.

Además de los ingresos de puntuales negociantes, estaban los que proporcionaba la liga a Edwin Torres que, bien administrados, podían generarle un sueldo extra. La inscripción por equipo subía a cincuenta euros y además cada equipo tenía que pagar doce por el arbitraje de Yildo Quiroga, a quien anteriormente hicimos referencia y quien vinculaba los espacios de Montjuïc, el Santuari y Sant Genís, especialmente en 2009.

No parecía haber demasiados indicios de relación entre las personas que conformaban redes sociales del espacio de Montjuïc y el Santuari, de la misma manera que podía haberlos con otros espacios. Pero esta impresión había de ser tomada con las precauciones del caso, porque siempre suelen haber lazos de conexión que no están al alcance de una investigación con las limitaciones del caso. Ambas colectividades provenían en sus comienzos de los barrios aledaños: Montjuïc, preferentemente del Raval, y el Santuari, como se ha señalado, de El Carmel. De ahí que la única relación conocida de continuidad fue la de Yildo Quiroga.

DIRECCIÓN	Calle Mare de Déu dels Àngels, 45
TIPO DE RED	Preferentemente de familia, amistad. (Con referencias de origen)
INDAGACIÓN PREFERENTE	Observación y entrevistas informales.
LOCALIZACIÓN DENTRO DEL ESPACIO	Concentrada, densidad alta en derredor de la pista durante el juego y en el campo cuando este se detenía. Alta aglomeración en la zona de entrada.
ACCESOS	El metro está lejos, pero hay buses en la misma calle de ingreso.
RELACIONES MORFOLOGICAS CON EL ENTORNO	Las relaciones morfológicas llevan a la idea de un espacio de relativa invisibilidad.
RELACIONES SOCIALES CON EL ENTORNO	No había relaciones mientras estaban en el espacio, excepto algunas negociaciones puntuales para subsanar el problema del ruido en los pisos colindantes.
GRUPOS	Informales.
EVOLUCIÓN	Comenzaron en 2004. Hubo una escisión a finales de 2009 que se vio truncada, regresando después de 3 ó 4 meses.
ORIGEN GEOGRÁFICO	Boliviano exclusivamente.
TIPO DE ESPACIO	Instalación deportiva no reglamentaria, más cercana a un descampado que a un espacio convencional.

GESTIÓN	Edwin Torres
NOMBRE DE LA ENTIDAD	No llegó a consolidarse.
SITUACIÓN LEGAL	Durante el período de estudio en proceso de regularización que nunca llegó a cristalizar.
EDADES	De 20 a 40; la media osciló en los 30 años.
NÚMERO DE MIEMBROS	De 250 a 300 personas
GÉNERO	Práctica masculina, sociabilidad mixta.
DEPORTE	Fútbol sala.
NORMAS DE USO	Las normas eran impuestas por el responsable. La confección de los calendarios los realizaba Edwin, de manera que se ajustaban a aquello que habitualmente él proponía, aunque las reticencias de algunos grupos podían hacer variar las mismas.
HORARIOS DE USO	Habitualmente comenzaban a las diez de la mañana. Por la tarde finalizaban cuando la luz impedía la práctica. Durante el día se mantenían en el lugar.
FORMAS DE ORGANIZACIÓN	Los partidos están previstos en sorteos que realiza la organización: primero jugaban todos contra todos para finalmente hacer un play off de cuatro equipos.
ECONOMÍA	Cada equipo abonaba una cantidad para cada liga. Durante los partidos, además, debían pagar un dinero para el arbitraje.
ESPACIOS ASOCIADOS	Viloma Montjuïc, Can Vidalet, Sant Genís
ESTRUCTURA DE LAS REDES	Lazos fuertes que se fueron generando y dispersando en función de la llegada y también, más tarde, por el regreso de muchas personas que volvieron a Bolivia.
MANTENIMIENTO Y LIMPIEZA	Ayuntamiento BcNETA y los mismos ocupantes una vez finalizada la actividad
MOVILIDAD	Preferentemente personas de origen colla que vivían en la zona
FUNCIÓN	Diversión, encuentro, económica, informativa...
RELACIÓN ENTRE LOS GRUPOS	Hubo distintos momentos. En general parecía ser buenas.
TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO	Muy poca, simplemente se pintaban las líneas del campo

Fig. 18. Ficha del espacio del Santuari.

VI.2. Can Buxeres, espacio cochabambino de fútbol autoorganizado y sociabilidad restringida

El singular espacio de Can Buxeres fue ubicado cuando se trataba de indagar en las prácticas sociales y deportivas de los espacios convencionales contiguos (anexo, p.404 y 453). Se encontró por casualidad, no sabíamos del mismo. Su localización estaba fuera de la valla que separa esas instalaciones deportivas convencionales del resto del parque.

Junto al camino que atraviesa el parque desde la calle Estronci, en este espacio especial observado en 2009, el fútbol se realizaba de manera autoorganizada a semejanza de aquellas evoluciones en el parque de la Alhambra de Hospitalet. Pero en este caso se podría decir que mantenía mayores coincidencias con origen, porque la elección por la que habían optado era un terreno baldío, sin ningún tipo de aditamento más que el de la naturaleza intersticial, aquella donde crecen las hierbas sin ser cuidadas y cuyo mantenimiento, si es que lo tenía como espacio dentro de un parque, no se evidenciaba de manera notoria.

A diferencia de otros espacios donde se empleó la observación participante, en este espacio fue preferentemente no intrusiva. Las relaciones entre el investigador y las personas no se daban habitualmente cara a cara. Se trataba de observar aquello que pasaba, que no era muy distinto a otros lugares, pero que tenía una particularidad física: el espacio era totalmente diáfano, el lugar de concentración reducido y no había ningún recorte espacial que distorsionase la visión, condiciones que favorecían la observación de las evoluciones de las personas con mayor exposición a las demás que en otros espacios.

La propuesta participante, pensamos, podía incidir en la desnaturalización en la inclusión del observador. Sin la progresión relacional necesaria, podríamos caer en la desconfianza por parte de las personas actuantes. Estamos persuadidos de la fuerte incidencia que el entorno ejerce en la indagación. Las apariciones que fuimos haciendo en otros espacios donde se podía pasar inadvertido por momentos, parecía bastante difícil de conseguir aquí. El grupo se mantenía geográficamente tan diferenciado porque no había límites geográficos que inhibiesen su visibilidad, que cualquier inmersión en el mismo implicaba la detección inmediata por parte de las personas actuantes, hecho que podría generar desconfianza.

De manera que se optó por un estudio sin contactos para conseguir algunos indicadores que pudieran favorecer la comparación: la visibilidad, las interacciones y sus espacios, las relaciones de género y su participación, o el cumplimiento de las normativas de estar en la calle. Como se observará, se han podido conseguir algunos datos coincidentes con los demás espacios, además de otros que le dan a este lugar unas características especiales.

El Parque de Can Buxeres, construido en el barrio de Can Serra en 1970, fue el primero en Hospitalet de Llobregat. Antiguamente, la finca era propiedad de la familia Alemany, cuya masía fue transformada por sus propietarios en un palacete neoclásico a comienzos del siglo pasado; actualmente pertenece a la ciudad. Está limitado al norte por el municipio de Esplugues de Llobregat, al este por la carretera de Esplugues, al oeste por la calle Estronci y al sur por la vía del tren. Con una longitud de aproximadamente quinientos metros, su anchura es variable, teniendo en su parte más ancha más de trescientos metros.

Está situado en un barrio con una importante densidad de población, aunque menor que la de los barrios colindantes de su parte oeste. El acceso desde los mismos es fácil, así como la concurrencia de otras personas de otros lugares de Barcelona, porque a pocos metros está la línea cinco del metro de Can Boixeres⁹. Rodeado de edificaciones de altura, hace de pulmón espacial cubriendo las necesidades de naturaleza y de estar de buena parte de las personas del entorno. Es un parque agradable, que ha sido objeto de distintas remodelaciones y la diversidad de sus lugares favorece una amplia gama de relaciones sociales.

Desde la calle Estronci sale el camino principal con su entorno arbolado que se disfruta durante todo el año, especialmente durante la temporada estival por la sombra de los mismos. La variedad de colores que cambia con las estaciones, incrementa el disfrute del paseante durante más de cien metros. Dejando a la izquierda el muro que separa las instalaciones de Transports Metropolitans de Barcelona, al final del camino de entrada se encuentra un lugar para juegos infantiles que separa la zona de césped donde se ubicaban los grupos de personas cochabambinas en los momentos de sociabilidad. Inmediatamente y hacia el norte, estaba el descampado de tierra que usaban como campo de fútbol.

⁹ Si bien el Ayuntamiento de Hospitalet de Llobregat ha aceptado la denominación del parque como Can Buxeres, Transports Metropolitans de Barcelona ha preferido mantener el apelativo de Can Boixeres para su estación de Metro.

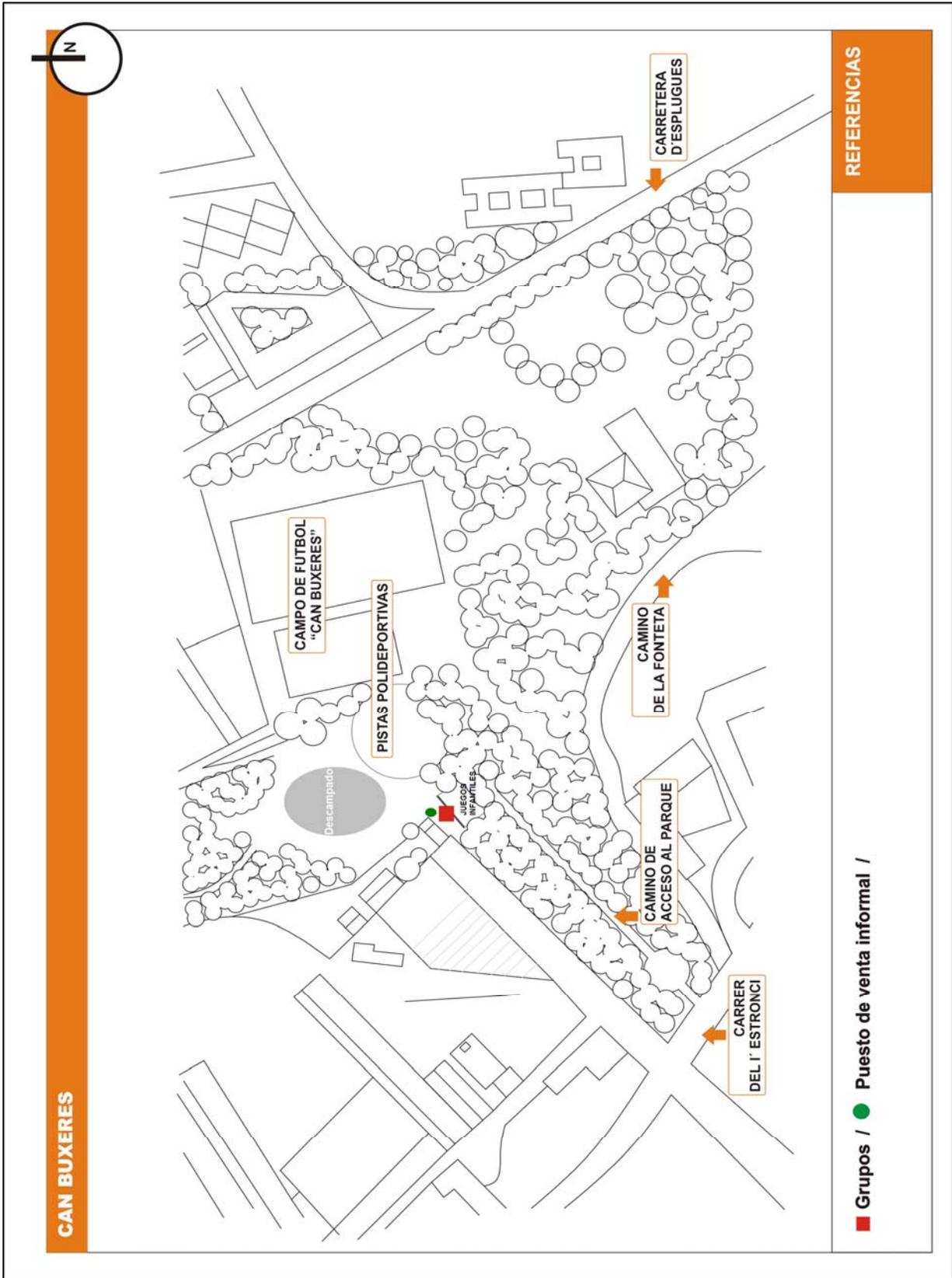


Fig. 19 Plano de las principales estructuras del parque

Desde los diferentes lugares de los espacios anexos era visible la aglomeración en el reducido espacio de césped. Su longitud desde el muro que separa la instalación de Transports Metropolitans de Barcelona (TMB) hasta una zona central circular donde hay dos pistas polideportivas, no tiene más de veinte metros. Su anchura, desde el descampado a la zona de juegos infantil, aproximadamente diez. En ese espacio reducido y cuidado (contrariamente a lo poco cuidado del espacio de juego) se daban la mayoría de interacciones de sociabilidad, prolongaciones de aquellas de origen, donde la necesidad de contacto con los elementos naturales parece muy extendida. En los espacios abiertos y descampados de Cochabamba se acostumbra a sentarse en el césped, recreación que parecía evidente en Barcelona.

De manera que en este espacio se detectaban dos zonas con finalidades distintas: una zona para el encuentro social, de hierba y con la sombra favorecida por dos árboles de espeso follaje y la otra soleada, deportiva, de tierra y con poca hierba en sus zonas circundantes, donde el trasiego de jugadores no tenía la intensidad de su parte central. El deportivo era solamente ocupado por hombres, el social mayoritariamente por mujeres, además de los hombres que esperaban su turno para jugar.

No parecería que entre las personas inmigradas y “autóctonas” fueran habituales las relaciones de cercanía. No lo parecía ni en el parque propiamente dicho, ni en la instalación deportiva anexa inmersa al mismo. Los espacios eran diáfanos, no había lugares ajenos a la vista de todas las personas como se daba en Viloma Montjuïc o El Santuari: se podía observar a las personas actuantes desde distintos puntos del entorno, hecho que nos lleva a pensar que la morfología no parecería ser un impedimento a esas relaciones. Sin embargo, esa exposición de grupo compacto en un terreno de reducidas dimensiones, ¿podría interpretarse como una forma de autoexclusión o quizá de resistencia?

Se observaban mujeres vendedoras de alimentos y bebidas. Solían acercarse al muro que delimita el espacio de césped y las instalaciones de TMB. Las restricciones que ejercía el consistorio de esta ciudad mediante la Policía Municipal para restringir este tipo de prácticas y controlar los grupos que bebían en el espacio público no tenía demasiadas contemplaciones, o eso es lo que parecía el día que coincidimos con sus actuaciones.

DIRECCIÓN	Calle Estronci 4
TIPO DE RED	Preferentemente de amistad y familia.
HERRAMIENTA DE INDAGACIÓN PREFERENTE	Observación no obstrusiva.
LOCALIZACIÓN DENTRO DEL ESPACIO	Concentrada en espacio de 200 m. ambos sexos con preferencia de mujeres. En descampado anexo práctica exclusivamente masculina.
ACCESOS	Fácil con metro y bus.
RELACIONES MORFOLÓGICAS CON EL ENTORNO	Espacio abierto, diáfano, visible desde zonas alejadas. Conecta con parque infantil y pistas polideportivas.
RELACIONES SOCIALES CON EL ENTORNO	No se han detectado
GRUPOS	Informales
EVOLUCIÓN	Poca continuidad
ORIGEN GEOGRÁFICO	Andino
TIPO DE ESPACIO	Descampado
EDADES	De 20 a 40; la media osciló en los 30 años.
NÚMERO DE MIEMBROS	No superaban las 50 personas en momentos puntuales del día.
GÉNERO	Ambos
DEPORTE	Fútbol
NORMAS DE USO	De forma autoorganizada, las mismas parecían generarse en el momento.
HORARIOS DE USO	Fines de semana, especialmente por las tardes.
FORMAS DE ORGANIZACIÓN	Adecuadas a la ocasión, usando diferentes formas.
ECONOMÍA	Informal (venta de comidas y refrescos). No tenemos indicios de que hubiese apuestas.
ESPACIOS ASOCIADOS	Can Buxeres
ESTRUCTURA DE LAS REDES	Lazos fuertes

MANTENIMIENTO Y LIMPIEZA	Ayuntamiento de Hospitalet
MOVILIDAD	No detectada
FUNCIÓN	Diversión, encuentro, económica, informativa...
RELACIONES ENTRE LOS GRUPOS	No había indicadores de relaciones con grupos externos, las relaciones de los grupos de la red parecían buenas.
TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO	Ninguna

Fig. 20. Ficha del espacio de Can Buxeres

VI.3. Sant Genís: la indagación primigenia en un espacio convencional

Siguiendo esa línea de intercambio entre el investigador y su postura empática y las personas objeto de estudio que propone Vasilachis de Gialdino (2006, p. 7), San Genís fue uno de los lugares con cuyas personas participantes mantuvimos mayor reciprocidad. Partiendo del conocimiento e interacción con las mismas, se realizaron muchas charlas que generaban siempre nuevas preguntas, a veces respondidas en el momento y otras veces satisfechas la semana siguiente, cuando los interrogantes aparecían más tarde, fuera del campo, durante la reflexión en el proceso de repaso posterior. La comunicación horizontal con las personas actuantes facilitaba la profundidad en temas que solían acabar inconclusos, aspecto que animaba nuestra curiosidad en otros encuentros. Porque aquí se daba esa reciprocidad difícilmente conseguida en otros lugares, tal vez porque la afinidad con las personas del campo tuvo una fluidez especial desde el principio del trabajo.

El barrio nació en los alrededores de la iglesia de Sant Genís del Agudells, del actual distrito de Horta-Guinardó. Está limitado por la carretera de la Rabassada por el sur, la Ronda de Dalt por el este y la Ciudad Sanitaria del Vall d'Hebrón por el noreste. El resto, desde el noroeste al suroeste, se extiende hacia la sierra de Collserola incrementando su pendiente. Sant Genís incluye al barrio de Montbau creado en 1957 por el Patronato Municipal de la Vivienda (PMV), cuyo propósito era la construcción de núcleos urbanos completos. A diferencia de las políticas urbanísticas que se habían dado hasta ese momento, cuya preferencia era la construcción de edificios de manera dispersa, el PMV

eligió la periferia de Barcelona, donde se podían encontrar terrenos de gran superficie y generar barrios para la nueva inmigración de la época (Fundación Docomomo 2012).

El impulso del barrio y su promoción económica sobrevino cuando se construyó la Ronda de Dalt. Hasta ese momento, el Paseo Vall d'Hebrón (donde se perforó la Ronda), ni siquiera tenía aceras en parte de su recorrido, porque sus laterales eran de tierra. El barrio se mantenía en la periferia, con deficientes conexiones con el centro de la ciudad. El metro más cercano era el de la plaza Ibiza, en Horta, desde donde se tenía que coger un autobús que dejaba a los pasajeros en la actual Ronda de Dalt.



Fig. 21. Imagen aérea del espacio en 2008. (A) Camino de entrada; (B) aparcamiento; (C) escalera (en rojo) y zona alta con vestidores y bar (en amarillo); (D) grada norte, lugar de mayor densidad de personas; (E) Colegio.

La zona este del espacio donde se ubica el campo de Sant Genís, fue cedida por los propietarios de una masía cuyo edificio aún existe; su parte este, en la zona más baja de la ladera de la montaña, por el Ayuntamiento. Esta posibilidad que tuvieron las personas del barrio en cristalizar una zona deportiva, promovió el esfuerzo común, transformando el lugar a pico y pala para la construcción del campo de fútbol, que fueron terminando a mediados de los años sesenta.

Durante la época de la creación moderna del barrio como tal, promocionado por el Patronato Municipal de la Vivienda de la época franquista, comenzaron a llegar personas inmigradas de otras partes del estado español, mayormente andaluzas, extremeñas y murcianas. Uno de los fundadores del Club Deportivo Penitentes fue Martín, de origen murciano e integrante de la familia de los “carboneros”, que trabajaba en la Ciudad

Sanitaria. Aprovechando algún material que sobraba de la construcción del reconocido centro sanitario, fue construyendo junto a sus vecinos una instalación deportiva que ha servido para generar un entramado social y deportivo de ese barrio obrero periférico.

A partir de 2006, los migrantes cochabambinos comenzaron a utilizar las instalaciones del campo del club Penitentes mediante la gestión de uno de ellos: Célier García. Varios meses antes, este joven boliviano visitó distintos espacios convencionales: Guineueta, Canyelles, etc., pero no había manera de poder organizar la liga con ocho equipos que tenía prevista porque los campos solían estar ocupados. Finalmente habló con un responsable del Club Deportivo Penitentes y llegaron a un acuerdo.

Célier no tenía sus documentos en regla, hecho que no permitió hacer un contrato oficial, sin embargo ambas partes fueron cumpliendo con lo pactado manteniéndose la estabilidad de la liga. Se consolidaba así una continuidad en la cual los antiguos inmigrantes internos disminuían el uso y los nuevos usuarios cochabambinos generaban otros con mayor cantidad de personas. A partir de 2010, cuando comenzó a mermar la afluencia de gente cochabambina que iba dando por finalizada su diáspora en Barcelona, el mayor uso respecto a los “autóctonos” de los fines de semana se mantuvo.

La irregularidad del suelo en el entorno del espacio contribuía a las conformaciones de los distintos lugares para relacionarse. Tal es el caso de la escalinata que conecta el campo de fútbol situado en una profunda depresión de la parte alta, casi treinta metros más arriba, de donde están los vestuarios y el bar. En un plano intermedio de la misma se accede al aparcamiento de tierra, como si las diferentes nivelaciones del terreno que se tuvieron que hacer para aprovechar este lugar, se hubiesen ido superponiendo unas a otras, haciendo coincidir lo más práctico y conveniente con la orografía de esa falda tan particular de la montaña.

Esa rampa-escalinata de cemento serpenteante en medio de árboles, en cuyo recorrido la vegetación favorece la sombra que se agradece en verano, no solamente servía para un desplazamiento, sino también para promover distintas maneras de encuentros. Porque en ambos lugares de estar (vestuarios y bar en la parte alta, y gradas y campo en la baja) las relaciones se diferenciaban, contrastando con ese lugar transitorio de interacciones efímeras. Como un lugar de paso, con pocas acumulaciones y muchos flujos de personas que iban de arriba para abajo y viceversa, tenía un constante ir y venir de personas:

jóvenes con indumentaria deportiva, familiares de deportistas que asistían a ver los encuentros, parroquianos de la zona que se dirigían al bar. La escalinata de encuentros fortuitos daba para mirarse y sonreír, practicar la desatención a que hace referencia Goffman, quedar para otro momento, o dilucidar las cosas en ese instante. También era el escenario de los jugadores que subían comentando cómo se había desarrollado el encuentro, o reprochándole con algún comentario pendiente a un adversario, pero no detectamos trifulcas como en otros tiempos sucedió entre autóctonos. Sin duda esta fue, y sigue siendo, una escalinata emblemática de interacciones fugaces.

Abajo en el campo y seguidamente a la escalinata, los grupos, principalmente de mujeres, se ubicaban de manera más convencional. Una a continuación de la otra cuidando a sus bebés, continuaban su expansión por la línea de fondo primero y el lateral norte después, llegando hasta la mesa de control que habitualmente estaba ubicada en la parte media del lateral del campo.

Durante las finales se llenaban casi todos los espacios, excepto el que está detrás de la portería del noreste, cerca de la escuela. Algunos grupos de hombres se retiraban a lugares menos centrales donde charlaban y bebían, buscando cierta privacidad. En el lateral sur había grupos de hombres que se reunían cerca de los banquillos de los jugadores suplentes; allí la densidad era menor, porque el lugar estaba más lejano al punto de concentración, más amplio y cercano a la entrada al campo.

Durante un tiempo, la entidad Bolivianos Residentes en Cataluña (Boreca) cuyo principal representante era Célier García, tenía un convenio con la asociación de árbitros Cafilare quienes les proporcionaban el servicio arbitral, un grupo de árbitros gestionado por Jorge Obando, originario de Quito, Ecuador. Posteriormente esa relación se rompió y, a partir de 2008, eran otros árbitros quienes se ocupaban de esa labor, entre los que había algunos escindidos de la misma Cafilare. Entre ellos se encontraba Yildo Quiroga, Jorge Muñoz (quien regresó a Cochabamba en 2010) y Wilson Vargas, a quienes hemos hecho mención en el capítulo anterior.

Durante 2008 Célier García llegó a un arreglo con un comerciante español que tenía una empresa de servicios deportivos para la organización de eventos, especialmente ligas de fútbol para personas españolas. En tanto Célier tenía experiencia en este tipo de organización, el empresario vio la posibilidad de tener una persona competente que

gestionase sus ligas. No obstante esa relación no acabó bien; según parece, hubo problemas de impagos por parte del empresario, de manera que el acuerdo se rompió.

Las rivalidades que se mantenían en esos momentos de encuentros sociodeportivos, eran las de origen. Los enfrentamientos entre collas y cambas se solían manifestar habitualmente. Sin embargo, ya pasado el período de estudio y habiéndonos encontrado nuevamente con Célier, nos comentaba que cuando la crisis hizo que muchos tuvieran que regresar, las divergencias fueron mermando, como si hubiera habido una conciencia de que aquello que les unía era más importante de lo que les separaba. Tenía que ser de esta manera, en épocas de verdaderos problemas se aparcan aquellos que en situación no deberían ser los principales. La recreación de las divergencias pasaba por el tamiz de la sensatez: si la mayoría de estas personas tenía las mismas preocupaciones y compartían dificultades, tenía menos sentido ahondar en las divergencias de origen, siendo más fructífero llegar a buenos entendimientos durante sus momentos de recreo e interacción.

La orografía del terreno no facilitaba las comunicaciones ni la visibilidad con el entorno, el campo está en una depresión. Los vecinos de la zona no accedían a observar los partidos de la liga boliviana como tiempo atrás iban a ver al equipo del barrio, el club de fútbol Penitentes. Los pocos residentes de la zona no bolivianos que se acercaban al bar del campo a compartir momentos con sus vecinos eran una minoría. Los equipos del club Penitentes no coincidían en el espacio con los de la liga de Boreca. Cuando finalizaban los partidos de la liga catalana, se generaban flujos de personas que se cruzaban, unas que salían -las “autóctonas”- y otras que entraban -las bolivianas- sin apreciarse vínculos estrechos ni de otro tipo, salvo en algunos casos excepcionales.

Durante el período 2006 - 2007 se practicaba el fútbol convencional. Participaban hombres de todas las edades y no había liga femenina. En 2008, una vez puesto el césped artificial y como estrategia de reclamo, se organizó otra modalidad de práctica futbolística, el fútbol siete, dirigido al público masculino de más de 35 años y al femenino sin limitaciones de edad. A mediados de 2009, con la idea de consolidarlo en 2010, se comenzaron a organizar ligas de fútbol siete para menores de esa edad, dejando definitivamente el fútbol convencional. La idea de Célier García era ofrecer un servicio que tuviese aceptación, pero además que fuese rentable económicamente. Esta especialidad

se practicaba transversalmente al espacio, confeccionándose dos canchas en cada mitad, hecho que favorecía la rentabilidad del espacio.

Cada equipo debía estar conformado por personas de nacionalidad boliviana. Se permitía -según la temporada y por razones que a veces respondían menos a aquello común que a las necesidades individuales- que jugasen dos o tres personas “extranjeras” por equipo, es decir personas que no fueran bolivianas y que habitualmente eran inmigrantes.

Si bien las primeras veces que le conocimos Célier parecía convencido de que el espacio podía ser el lugar donde se podían llegar a contraprestaciones con la sociedad de acogida, convencido de que los bolivianos podían enseñar el quechua a los catalanes y estos el catalán a los bolivianos, los beneficios económicos que se proyectaban en una diversificada estructura de venta informal, gestión de la liga y arbitrajes era lo que primaba. De esa generación de recursos económicos no estaban ajenas las personas españolas responsables del bar, porque la liga atraía a potenciales clientes que la instalación había perdido en el correr de los años. La concesión del bar, que hasta 2009 la había llevado Martín, se traspasó a otra familia española que, contando con la clientela, había incluido algunas comidas típicas bolivianas. Hasta llegaron a contratar a una señora boliviana que les ayudaba en los quehaceres del bar, como promoviendo cierta adaptación a la demanda de esas nuevas personas que asistían al espacio.

Desde 2006 hasta 2008 se desarrollaba la venta informal de bebidas y empanadas por parte de Dalita, la mujer de Célier García. Pero en 2009 Martín llegó a un acuerdo de no competencia. Él le daría las bebidas para que ella las vendiese abajo, junto a la cancha, y ella le añadiría sus beneficios, pero esta opción no parecía conformar a la joven boliviana porque el margen que le dejaba era insuficiente¹⁰. Hasta 2008 Dalita podía hacer y deshacer optando por estrategias de venta acordes a las circunstancias, pero una vez le

¹⁰ Coincidí con Dalita cuando subía pesadamente la cuesta de la calle de tierra por donde se accede al campo. Le dije que esperara, que aparcaría la moto y yo llevaría el carro con su hija Kenia de tres años. Me dijo que no, que ella podía. Al llegar al aparcamiento y para acceder al campo hay que bajar la escalinata, de manera que las esperé para ayudar a Dalita a bajar a la niña. Cuando fui a levantar el carrito con la niña adentro no pude. Hubo un momento de incertidumbre: no entendía cómo era posible que no pudiese levantar a la niña con el carro. Dalita riéndose me dijo: “es que abajo hay 75 latas de cerveza”. De esa forma disimulada, Dalita se las ingeniaba para poder entrar al campo las bebidas que le permitirían sacarse un sobresueldo durante el fin de semana.

llegaron las restricciones de Martín, las mismas disminuyeron, hecho que no dejaba indiferente a la joven.

La liga cobraba una cantidad por equipo participante que les permitía jugar durante los tres meses de duración de la misma. En las ligas de 2007, para soportar el presupuesto, cada equipo debía pagar cien euros. Además, antes del partido, el representante de cada equipo debía abonar en concepto de arbitraje y campo 75 euros en el fútbol convencional (disponían de tres árbitros) y veinte por partido y equipo en el fútbol siete, ya que solamente arbitraba una persona. Las tarjetas amarillas o rojas que fueran sacadas a los jugadores participantes pagaban una multa que oscilaba entre los tres y los cinco euros. Además, cada jugador pagaba un carnet que le acreditaba como tal, por el cual debían abonar diez euros.

Si esas relaciones para la mayoría implicaban encuentro, diversión, información, apoyo emocional o incremento del capital social, para otros como Célier, los árbitros y la propia entidad catalana de la Unió Deportiva Penitents, también implicaba beneficios económicos.

El árbitro que conectaba este espacio con el de Montjuïc era Yildo Quiroga, los demás no actuaban en este, aunque sí lo hacían en otros de Barcelona y Hospitalet de Llobregat, estableciendo conexiones con sus movi­lidades, informando aquello que sucedía, conformando puentes de relación que facilitaba ese entramado en red.

DIRECCIÓN	C/ Cànoves 9
TIPO DE RED	Preferentemente de familia, amistad (Con referencias de origen)
INDAGACIÓN PREFERENTE	Observación participante. Entrevistas informales.
LOCALIZACIÓN DENTRO DEL ESPACIO	Dispersa. Divididos en grupos, se ubicaban en la zona norte del espacio preferentemente, además de detrás del gol oeste.
ACCESOS	De difícil acceso por la lejanía con el metro (L3) y la pronunciada subida. Desde la carretera de l'Arrabassada no se ve y el ingreso, por el barrio de Monbau, se dificulta por la asimetría de las calles y del terreno.
RELACIONES MORFOLOGICAS CON EL ENTORNO	El espacio se encuentra ubicado en la falda de la montaña del barrio de Sant Genís. La pendiente en esa zona va de este a oeste. El campo, ubicado en un rellano de la misma, está rodeado de vegetación y bosque. La zona este limita con un colegio. El resto del espacio está encajado en la montaña y su acceso se dificulta por una pendiente muy pronunciada.

RELACIONES SOCIALES CON EL ENTORNO	Los habitantes que han ocupado esa zona pertenecen a la generación de inmigrantes españoles; no parecía que hubiese generalizadas relaciones de lazos fuertes.
GRUPOS	Informales
EVOLUCIÓN	En 2006 comenzó con amistades del responsable y la práctica deportiva era solamente masculina. En 2008 con el nuevo campo de hierba artificial, participaron mujeres de diversas nacionalidades. A partir de 2011 nuevamente volvieron a jugar exclusivamente hombres, pero solamente fútbol siete.
ORIGEN GEOGRÁFICO	Mayoritariamente bolivianos.
TIPO DE ESPACIO	Instalación deportiva convencional
GESTIÓN	Bolivianos Residentes en Cataluña –BORECA-
NOMBRE DE LA ENTIDAD	Unió Esportiva Penitents.
SITUACIÓN LEGAL	Durante el período de estudio Boreca estaba en proceso de regularización. Célier García no tenía regularizada su situación, situación que se extendió hasta 2012.
NÚMERO DE MIEMBROS	300 a 350 personas.
GÉNERO	Ambos sexos desde 2008 hasta 2011. Proporción 1 a 4 aproximadamente.
DEPORTE	Fútbol y fútbol siete
NORMAS DE USO	Los equipos de la entidad responsable del espacio tenían un calendario previsto en la competición catalana, dejando libre el campo los domingos después de las 14 hs. y a veces todo el día si el equipo amateur de la U. E. Penitents no lo usaba. Esto favorecía el uso de la entidad cochabambina.
HORARIOS DE USO	Generalmente los domingos por la tarde, pudiéndose usar algunos domingos todo el día.
FORMAS DE ORGANIZACIÓN	Los partidos estaban previstos en sorteos que realizaba la organización
ECONOMÍA	Cada equipo abonaba una cantidad para cada liga. Durante los partidos, además, debían pagar un dinero para el alquiler del campo y el arbitraje.
ESPACIOS ASOCIADOS	Viloma Montjuïc, Can Vidalet
ESTRUCTURA DE LAS REDES	Se fueron generando y dispersando en función de la llegada y también de muchas personas que volvieron a Bolivia. Las relaciones eran buenas.

MANTENIMIENTO Y LIMPIEZA	U. E. Penitents, aunque después de los partidos de la entidad cochabambina se daba un repaso a las instalaciones.
MOVILIDAD	Asistían a jugar de diferentes lugares de Barcelona
FUNCIÓN	Diversión, encuentro y económica.
TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO	El espacio fue transformado a partir de 2007 por el Ayuntamiento. Se colocó el césped artificial. Los usuarios no incidieron en el mismo.

Fig. 22. Ficha del espacio de Sant Genís en Horta Guinardó.

VII. El espacio de Viloma Montjuïc

Aquí pasamos horas, construimos afectos y también otras cosas. El desapego como propósito tuvo debilidades, porque salirse del entorno costaba más. Aquí conjugamos más de tres años que, aunque con años, nos hicieron.

En la escalinata del campo de Sant Genís, durante la tarde del domingo 10 de diciembre de 2006, en esos encuentros fugaces anteriormente mencionados, conseguimos la información que llevó a la génesis de este trabajo. Un joven cochabambino llamado Grover, nos informó sobre el lugar que, posteriormente, involucraría nuestros esfuerzos.

- Por favor, ¿sabes de otra liga boliviana en Barcelona?
- Sí, en Torrassa
- ¿Dónde exactamente?
- En el campo del Hospitalet. Ya hace ocho años que están...
- ¿Es una liga de gente boliviana exclusivamente?
- Sí, son solamente bolivianos; también juegan mujeres...
- ¿Sabes del algún otro espacio deportivo?
- En Montjuïc. Es un campo pequeño que no se ve. Tienes que tomar el metro, bajarte en Paralelo y después el funicular. Al salir hay una avenida (Av. Miramar) y en seguida viene un callejón que va haciendo así por la montaña (indicaba con sus gestos que el camino serpenteaba). Hay que bordear eso y está justo abajo. No se ve desde ningún lado.

Anteriormente, en las incursiones por los distintos espacios sociodeportivos, tuvimos la oportunidad de conocer a Javier Céspedes, a quien hicimos mención en el capítulo V. La primera vez que charlamos fue en el campo de Ciutat Meridiana (anexo, p.360 y 445), cuando gestionaba la Liga Naciones Unidas, patrocinada por la Fundación Juan Pablo II. Posteriormente coincidimos en otros campos como los de Bon Pastor, en el distrito de Sant Andreu (anexo, P. 379, 381 y 449) una de las tantas instalaciones que gestionaba la entidad latina mencionada. No tardamos en mantener una buena relación y, durante un tiempo, Javier fue nuestro principal valedor de relaciones con personas de origen boliviano.

Con su ayuda empezamos a conocer su versión de un país que nos era ajeno. Las charlas que íbamos consolidando parecían satisfacer sus expectativas, así como también

satisficían las nuestras, de manera que conformamos una dupla de favores correspondidos: él podía introducirnos en algunos núcleos cuyas personas tuvieran ciertos reparos por nuestra condición de investigadores sociales no bolivianos y nosotros tratábamos de corresponderle facilitándole aquello que estuviera a nuestro alcance.

El domingo 4 de febrero de 2007 nos encontramos con Javier al mediodía, frente al teatro El Molino, en la avenida del Paral·lel. Entramos en un bar de la misma avenida para almorzar y comenzamos a charlar sobre su manera de ver esa realidad tan diversa y compleja que es la Bolivia de hoy. No faltaron las incursiones en política porque se estaba celebrando la Asamblea Constituyente en la ciudad de Sucre con el objetivo de redactar la nueva Constitución, que sería promulgada posteriormente por Evo Morales el 9 de febrero de 2009. En la misma se trataba de rescatar los derechos indígenas, hecho que promovía verdaderas disputas entre quienes querían mantener ciertos privilegios enquistados en el tiempo y aquellos defensores de esa gran población no hegemónica reivindicada por las distintas nacionalidades de ese país. Quince días antes, la Asamblea había sido interrumpida por la muerte de algunos representantes del Movimiento al Socialismo a manos de la oposición, hecho que no le era indiferente a Javier. Esta implicación política no era habitual en la mayoría de los inmigrantes bolivianos, que parecían estar más preocupados de su presente inmediato en Barcelona que de aquello que sucedía en origen.

Una vez finalizado el almuerzo nos dirigimos a Montjuïc, donde ambos pensábamos que podría encontrarse el campo. Subimos por la calle Poeta Cabanyes hasta llegar a la avenida de la Exposició; el recorrido de setecientos metros exige cierto esfuerzo físico porque la pendiente se acentúa dos calles más arriba de la avenida del Paral·lel. En la avenida de la Exposició, precisamente donde comienza el parque, la pendiente vuelve a acentuarse. Para salvarla, accedimos por la rampa en forma de zig-zag que sale prácticamente al lado de la escuela Carlos III y lleva a la entrada del norte del campo de Satàlia. Bordeamos éste por el único camino posible paralelo al lateral mar y dimos, casi sin querer, con el camino de ingreso al espacio buscado, que, encajado entre dos lomas de la pendiente, hace dos curvas antes de visibilizarse. Fueron los gritos de la gente y el sonido del silbato del árbitro quienes nos alertaron sobre que allí había algo distinto a lo habitual.

A partir de ese momento crucial para ambos excursionistas novatos, se nos abrió un interesante mundo interpretado de manera distinta por ambos, de manera que comenzamos a asistir con regularidad cada fin de semana, aunque Javier no mantuvo la misma regularidad a pesar de haber visto la posibilidad de encontrar clientes para su nuevo trabajo. Tenía contactos en Bolivia que le podían agilizar los papeleos para tramitar la residencia en Barcelona de los nuevos migrantes y había visto la oportunidad de coincidir en los campos con mucha clientela que difícilmente podría encontrar de otra manera. Allí llegaban de forma ingente personas cada día festivo: estábamos en el primer trimestre de 2007.

Desde un primer momento, aquello que se nos presentaba proponía una indagación, porque las características de las personas y sus vínculos parecían especialmente distintas a otras realidades sociales. Ese espacio tenía más semejanza a aquella terminología de *espacio cochabambino* que hemos hecho referencia al hablar del espacio de Can Buxeres.

La realidad del lugar no se ceñía a la de los ocupantes del fin de semana, de manera que comenzamos a incursionar en el mismo en horas distintas durante varios días de la semana. Fue de esa manera que el espacio también empezó a tener un significado especial para nosotros: allí se podía conseguir la tranquilidad necesaria no solamente para tomar notas, también, cuando era imperioso un momento de tranquilidad, se usaba el espacio para conseguirla. Es un lugar verde, con una interesante vista hacia Barcelona, cobijado por la montaña que lo abraza en forma de “U”. Sus desniveles y recovecos favorecen nuevas interpretaciones del mismo en función del lugar que se opte por estar; allí se puede liberar la imaginación, basta con proponérselo, porque según la perspectiva visual por la que se opte, nadie diría que está a pocos minutos andando de la avenida del Paral·lel.

El espacio cambia constantemente por quienes le ocupan, desde el ruidoso fin de semana a lo desangelado que las noches de los días laborales, da la impresión de no ser el mismo. Además, la vegetación que varía en los distintos meses del año, hace que nunca se parezca a sí mismo. De ahí que nos deberíamos resistir a llamarlo en singular, porque son muchos espacios a la vez, tantos como la escenografía de objetos y personas que lo reconfiguran constantemente en la distinta propuesta de las estaciones. Allí se cambiaba de lugar en verano, ocupando las zonas más cubiertas por la montaña que sube

abruptamente en la parte sur, donde los árboles también colaboran con la orografía para dispensar la sombra necesaria. Por el contrario, en invierno, la zona norte previa al desnivel que da a la escuela Carlos III se llenaba de gente para aprovechar el calor del mediodía.

En tanto que la crisis económica no parecía inminente, cada fin de semana asistían al espacio nuevas personas recién llegadas de Bolivia tratando de adelantarse a las condiciones restrictivas para el ingreso que la Unión Europea iba a imponer a España a partir del 1 de abril de 2007. Probablemente esta condición hizo que el primer trimestre de ese año fuese inestable. Se fueron formando nuevos grupos y reestructurándose los que ya estaban y, a su vez, generando nuevas redes que tenían conexiones aquí y en Bolivia, conformando un entramado social transnacional de regeneración constante.

Después de haber abandonado un espacio convencional de la Zona Franca, las redes sociales de familias y amistad cochabambinas llegaron a un acuerdo con los gestores del campo de Satàlia por el alquiler del campo durante dos horas los fines de semana. Esa instalación estaba gestionada hasta ese momento (más tarde lo haría la Unió Esportiva Sants) por el Poble Sec, un club de fútbol de categoría regional. En desacuerdo con el precio que tenían que abonar por el alquiler, los chicos dejaron de pagar, hecho que produjo desavenencias con el cuidador del espacio.

María Eugenia fue quien junto a sus amigas encontró el lugar. Era de las más activas de la autodenominada “comunidad”. Nos explicaba así, en mayo de 2007, la experiencia del descubrimiento:

“Al principio, en el campo de aquí al lado, el de Satàlia, nos cobraban para jugar. Era mucho el alquiler por dos horas las tardes de los sábados y domingos y no podíamos pagarlo. Un día vinimos a jugar las chicas y nos botaron del campo porque los chicos no habían pagado el alquiler después de haber jugado el domingo anterior. Pensando que nos iban a dejar jugar, entramos, pero nos dijeron que nos fuéramos al darse cuenta que éramos las mujeres de los chicos. Sin saber qué hacer, mientras buscábamos un lugar para ir al lavabo entre las zarzas, encontramos la higuera de la entrada de este campo, después de entrar por el camino. Lo descubrimos mi cuñada y yo y luego llamamos a las otras amigas. Nos pusimos a comer higos y cuando vimos las dos canastas de baloncesto nos pusimos a jugar... La zona alrededor de las mismas estaba poco

limpia, sólo había pequeños trocitos de lugares limpios. Fue un domingo. El lunes era fiesta y decidimos venir a limpiar el espacio junto con los chicos, porque estaba muy deteriorado. Tenía muchas malezas, zarzas, piedras y chatarra. Al principio solamente eran dos tercios de lo que es actualmente, lo demás estaba en muy malas condiciones, pero poco a poco fuimos limpiando el terreno y ganando espacio hasta el muro que da a la vía del funicular”.

Dos meses antes, el domingo 17 de marzo de 2007, César Mejías, uno de los interlocutores más cercanos, nos comentaba que fue en agosto de 2005 cuando comenzaron a transformar el terreno, después del descubrimiento de las chicas. Cuando el espacio estuvo apto comenzaron a jugar entre ellos, alternando la participación de los equipos en función del tiempo jugado o los goles realizados. El juego no tenía demasiadas normativas, porque éstas salían del ajuste momentáneo a la práctica que desarrollaban. Posteriormente, en febrero de 2006, la competición tuvo mayor estructura, organizando campeonatos entre los que habitualmente usaban el espacio. Al principio fueron diez equipos masculinos que después llegarían a un máximo de veinte, además de algunos equipos femeninos menos formales que terminarían siendo diez cuando la liga funcionaba de manera periódica.

El número de personas que asistía de forma habitual durante los fines de semana era variable y fue aumentando con el tiempo, llegando a ser máxima durante el primer trimestre de 2007. Durante una jornada se podía sumar cerca de cuatrocientas personas. El lugar se llenaba los mediodías con buena climatología, donde no solía haber menos de cien personas simultáneamente.

Las condiciones morfológicas del espacio condicionaban el desarrollo de los vínculos personales y de los grupos que se gestionaban en el mismo. El contingente y el contenido se imbricaban en una fusión de distintos grados de elasticidad relacional, alejándose y acortándose en una infinita serie de intenciones vinculantes. Contenido y contingente, por cierto, que dejaban de ser locales en tanto las personas vivían en la continua dualidad, gestionando en destino aquello que atañe a variados espacios físicos, valorando estrategias en ese lugar que incidían en sus familias de destino y origen.

Como si de un caldo de cultivo se tratase, el espacio físico local favorecía la generación de un espacio social privado (Lofland 1998), mediante una conquista precedida por parte de las redes transnacionales que sus miembros gestionaban en función de objetivos

diversos. Allí se daban lazos entre personas del mismo origen manejando sus momentos y ajustándose a determinadas normativas poco habituales en sus lugares de procedencia, pero también esos vínculos entre “no distintos” se regían por estructuras a veces no explícitas, independientes de los propios agentes, porque eran parte de unas maneras de hacer que traían consigo.

A partir de ese lugar físico, las personas creaban un mundo convergente dándole una perspectiva común, no en el sentido de propiedad, sino en el sentido simbólico. Decía Augé (2000 [1992], p. 50) que “el dispositivo espacial es a la vez lo que expresa la identidad del grupo (los orígenes del grupo son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar la que lo funda, lo reúne y lo une) y es lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido”. En nuestro caso, si bien los ocupantes podían llegar de distintas zonas de Bolivia, conservaban ciertas coordenadas socioculturales comunes, especialmente aquellas redes que llegaban del Valle Bajo. El lugar, quizá con más énfasis, pasó a ser aquello que Augé llama un espacio identitario.

Era en los encuentros del espacio donde esa comunidad transnacional iba tomando forma en un feedback constante con origen, más que en la porosidad que se permitieran con aquello de destino; allí iban asentándose, olvidándose de las indecisiones propias del desconocimiento del recién llegado, asegurando su determinación de salir adelante cuando verdaderamente estuviese en territorio ajeno: el de la calle, el trabajo, o las instituciones.

“Sí nos detenemos un instante en la definición de lugar antropológico, comprobaremos que es ante todo algo geométrico [...] En términos geométricos, se trata de la línea, de la intersección de líneas y del punto de intersección. Concretamente, en la geografía que nos es cotidianamente más familiar, se podría hablar, por una parte, de itinerarios, de ejes o de caminos que conducen de un lugar a otro y han sido trazados por los hombres; por otra parte, de encrucijadas y de lugares donde los hombres se cruzan, se encuentran y se reúnen [...]” (Ibíd. p. 57)

La orografía del terreno promovía unas actuaciones con maneras adquiridas en origen. Había un huerto creado por ellos, árboles frutales heredados de anteriores ocupaciones, montaña, tierra y naturaleza aparentemente nativa que aparecían condicionando o modelando ex profeso esas “líneas y puntos de intersección”. Y además, gracias a esas

fronteras más o menos geométricas como la generada por la vía del funicular y las otras de la montaña, la percepción de una seguridad difícilmente concebible en otros lugares. Con el tiempo fue más allá de un espacio social, poco a poco fue convirtiéndose en un espacio territorializado por su condición temporal de exclusividad, pero también porque sus ocupantes fueron capaces de hacerlo funcionar imprimiéndole rasgos culturales propios.

Después de varios años de evolución, cuyo cambio más importante de los últimos tiempos comenzó con la erradicación de las barracas allí existentes antes de los Juegos Olímpicos del 92, no tuvo cambios estructurales de consideración hasta el Campeonato Mundial de Natación, realizado del 12 al 27 de julio de 2003, donde la organización dispuso un lugar adecuado para los periodistas acreditados para el evento.

Durante la evolución anterior a las apropiaciones de las redes sociales cochabambinas, el espacio, ubicado al oeste de la vía del Funicular de Montjuïc y en un plano inferior a las Piscinas Municipales por el desnivel de la montaña, ocupaba una extensión aprovechable de casi mil metros cuadrados de suelo llano. Durante el transcurso de este estudio la catalogación catastral cambió sustancialmente. En la referencia catastral solicitada en agosto de 2007 se presentaba en la Av. Miramar 17 una “parcela con un único inmueble” de 180 metros de construcción para uso comercial, con una superficie de suelo de 23.531 metros. Más tarde, en diciembre de 2011, con la misma referencia catastral, aparecía como uso principal “suelos sin edificar, obras de urbanización y jardinería”, sin especificar alguna construcción y con una superficie de 19.694 metros. La primera catalogación databa de 1930, mientras que la segunda no especificaba la fecha.

VII.1. Montjuïc, la montaña históricamente apropiada

La montaña de Montjuïc, emblemática para Barcelona, accidente geográfico de más de cuatrocientas hectáreas y algo menos de doscientos metros de altura, se ubica junto al mar en la parte sur de Barcelona. Durante siglos fue un lugar estratégico para la defensa de la ciudad y desde la época romana sus canteras de roca arenisca le suministraron las piedras y gres para la construcción de los edificios e infraestructuras más importantes, como la muralla que la rodeó, proveyendo abrigo y seguridad a sus ciudadanos durante siglos.

La montaña incrementa su pendiente a setecientos metros de la avenida del Paral·lel, donde se ubicaba la muralla construida durante los siglos XIII y XV y derribada a mediados del siglo XIX, cuando la ciudad superaba el temor a la apertura espacial y comenzaba el desarrollo industrial (Punzano 2007).

En la ciudad, templos, calles, infraestructuras edilicias de signos diversos para cuya construcción se emplearon las piedras de Montjuïc, aún hoy nos regalan su añeja belleza y función. En la montaña, algunas construcciones históricamente emblemáticas, como parte del antiguo cementerio judío del siglo XI, se mantienen ocultas debajo de otras que les siguieron. Por el contrario más actuales como el Castillo de Montjuïc, construido como tal a fines del siglo XVII, han ido cambiando de finalidad.

Los lugares utilizados para el pastoreo y el cultivo, las canteras que la horadaron, los caminos solitarios de tierra aptos para acciones secretas con gente de paso o que convenía el encuentro, o los escondites donde seguramente se urdían traiciones y compromisos eran, probablemente, escenografías habituales desde que comenzó el proceso de la ciudad actual. Militares, bandoleros, viajeros y cuántos otros hubiera, se apropiaron de los lugares tan diferentes a lo que hoy es Montjuïc, un parque turístico, cultural y deportivo.

“En todos los tiempos han existido ilotas, colectivos aparcados en los suburbios, sin papeles. Incluso normas formales o factuales que excluían a sectores de la población de avenidas, de barrios residenciales, de equipamientos de prestigio. En todos los tiempos, la ciudad como aventura de la libertad ha hecho del espacio urbano un lugar de conquista de derechos” (Borja 2003, p. 26).

Así históricamente, Montjuïc fue un enclave de apropiaciones de diversa índole. Los primeros ocupantes desde que comenzó a integrarse en la ciudad, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, fueron los trabajadores que vinieron ante gran demanda de mano de obra generada por el derrumbe de la muralla, cuando nuevos pueblos periféricos de la ciudad que hoy son barrios de la misma, como Gracia y Sants, necesitaban ser incorporados mediante vías y barrios intermedios.

Fue así que los ocupantes de diversos espacios públicos comenzaron a proliferar, aumentando de forma exponencial las construcciones informales durante los primeros

años del siglo anterior. Según datos recogidos en la exposición “Barraques. La ciutat informal” del MUHBA (2008), el “primer barraquismo” tratado como tal se dio a partir de 1914, donde habían censadas un total de 1.200 barracas, llegando a 6.000 en 1929. El segundo período, desde los años cuarenta a los sesenta, la miseria de la postguerra favoreció esa creación de viviendas informales:

“El barraquismo creó una ‘ciudad informal’, parte substancial de la ‘normalidad barcelonesa’. Un paisaje urbano que las autoridades del régimen intentaban ocultar. Pero a pesar de la represión política se escuchaban voces críticas desde algunos colectivos profesionales y sectores de la Iglesia católica. En la Semana del Suburbio, organizada por la Iglesia en 1957, se calculó que en Barcelona había 10.352 barracas. A principios de la década de los sesenta ya eran cerca de 20.000” (Ibíd.).

Parte de esos forasteros que llegaron en distintas épocas en busca de trabajo fueron instalándose en la ladera de Montjuïc, generando una creciente formación de asentamientos precarios desde la avenida de la Exposició hasta las cercanías del Castillo de Montjuïc. En tanto se fueron creando los vínculos que generaba la convivencia vecinal, cada lugar tomaba el nombre de las personas más representativas del núcleo familiar. No mucho antes del gran desalojo para la remodelación de la montaña antes de los Juegos Olímpicos de 1992, la zona que más tarde sería ocupada por las personas de Bolivia y que llamarían Viloma Montjuïc, estuvo habitada por dos familias que durante años ocuparon ese lugar; una era la de Can Geperut y la otra la de Ca la María. Ubicaban sus chabolas y los huertos correspondientes entre las instalaciones que hoy conforman el campo de Satàlia y las piscinas municipales.

Según decía con aparente añoranza una de las personas con quien tuvimos oportunidad de charlar, algunas de esas familias fueron reubicadas en el barrio de La Mina. De la misma manera, con anterioridad, en un plan municipal iniciado por el gobierno franquista de 1949, otras personas fueron trasladadas al extrarradio de la ciudad, como el complejo habitacional Ciutat Badía en Sabadell. Sin embargo, Montjuïc ha seguido siendo un lugar de continuas apropiaciones espaciales, probablemente antes con mayor duración que en la actualidad, pero siempre con esa característica natural de conferirle un sentido adecuado a las necesidades de los ocupantes. Muchas personas han sido reubicadas y otras han podido mantener sus casas construidas con mayor solidez que las barracas que les precedieron, manteniéndose a expensas de lo que suceda en el futuro.

VII.1.1. Entre el “modelo imperante” y la imperante necesidad de un modelo.

¿Qué debe ser Montjuïc? ¿En qué medida las administraciones han favorecido el disfrute de este parque emblemático a la ciudadanía? ¿Qué funciones debería cumplir? Las controvertidas negociaciones que finalmente dieron como resultado la última modificación del *Pla General de la Muntanya de Montjuïc* en febrero de 2011, se alargaron durante casi veinte años. Desde marzo de 1990 hubo un silencio administrativo sobre el Plan General Metropolitano aprobado definitivamente once años más tarde, en el Boletín Oficial de la Provincia del mes de abril de 2001, volviéndose a modificar en 2005 (DOGC núm. 4347 - 21/03/2005).

Durante el año 2008, la ex edil del distrito de Sants-Montjuïc, Imma Moraleda, se comprometió a presentar el Plan Director de Usos de Montjuïc, en el que trabajaba desde hacía tiempo junto a otras personas del Área Municipal de Urbanismo: “Abriremos un proceso participativo vecinal, ya que es básico crear dos grandes puertas de acceso a la montaña desde el Poble Sec y la Marina” (El Periódico, 06-03-08). El proceso de debate había comenzado a partir de un documento elaborado en julio de 2006, creándose una comisión de participación ciudadana al año siguiente. En 2008 se fueron desarrollando distintas reuniones basadas en los seis ejes temáticos de la montaña de Montjuïc: cultura, educación, barrios, deporte, medioambiente y parque central.

Uno de los retos era rentabilizar, entre otras, las grandes infraestructuras de Barcelona 92, donde se debían tomar decisiones estratégicas sobre pabellones, pistas, piscinas y otras instalaciones que no podían infrutilizarse. Para ello, en 2002 se había creado Barcelona Serveis Municipals, empresa consistorial que, entre otros proyectos de gestión de la ciudad en ámbitos de la movilidad, las actividades y los espacios, canalizaría la proyección de “un gran parque central de la ciudad con una oferta atractiva de cultura, naturaleza y deporte”. (B-SM, 2008).

El proceso volvió a mantenerse estancado por las discrepancias de las entidades involucradas, de manera que Moraleda propuso al Consell de Ciutat elaborar un dictamen sobre el mismo en diciembre de 2010, dejándose constancia en el Acta de la Comissió Permanent del Consell de Ciutat. Dos meses después, en febrero de 2011, se presentó la “Modificació del Pla General Metropolità a l'àmbit de la Muntanya de Montjuïc”, para su aprobación inicial, donde se prevén actuaciones en ámbitos diversos para que la montaña

se incorpore como un ente único, sin fragmentaciones, al servicio de la ciudad. En esas bases se destacaban los temas de espacios libres y áreas de interés natural, tratamiento de los equipamientos, tratamientos de otros usos, accesibilidad y movilidad y relación de contacto con los barrios.

Las organizaciones políticas, las entidades que relacionadas con Montjuïc y las personas que tienen algo que decir en aquello referente a lo urbano, han polemizado durante años sobre los usos que correspondían al espacio verde más importante cercano a los núcleos densos de Barcelona. Así lo anunciaba el arquitecto Josep Maria Montaner en su artículo “La acrópolis parcelada”:

“El Plan de Usos de Montjuïc, presentado por el Ayuntamiento de Barcelona en julio de 2006, pendiente del proceso participativo antes de su aprobación inicial, no va más allá de poner orden al estado de la cuestión, legitimando la evolución seguida en las últimas décadas como lugar de ocio, consumo y turismo, y como reserva para ir construyendo, y no afronta las tres mayores dificultades: la excesiva subdivisión y privatización, su problemática accesibilidad y relación con los barrios colindantes, y la amenaza a parte de su memoria y a sus valores medioambientales” (El País, 27/09/2007).

La evolución de ocio consumo y turismo a que se refiere Montaner parecería ratificarse cuando en declaraciones al periódico La Vanguardia (15/06/2004), el entonces alcalde de la ciudad Joan Clos, se pronunciaba a favor de “hacer de Montjuïc el Central Park de Barcelona”. Pero posteriormente, cuando el Plan de Usos fue revisado, se cambió esa idea inicial que promulgaban algunos representantes del consistorio por uno más realista y menos comercial y privatizador de servicios de espectáculos. Fue así que se renunció “casi por completo a la vieja idea de los responsables municipales de seguir llenando el mal llamado Central Park de Barcelona de construcciones y nuevos atractivos para el turismo de masas...” (APCE 2011).

Los edificios y las vías, esos “espacios circulatorios”, lugares de comunicación que sirven de soporte a un parque comprometido con “la ciudad cívica”, suelen ser ocupados por personas que no siempre atienden a los fines para lo que esos espacios han sido creados. Además de los usuarios turistas, hay muchos que su condición de extranjeros les delata como inmigrantes que vinieron a Barcelona en busca de mejores oportunidades. Esta dualidad de segmentos de usuarios está relacionada con el

tratamiento de las personas y de grupos que se mueven en Montjuïc. Los ocupantes circunstanciales recatalogan espacios dándoles un uso que seguramente sus promotores jamás habrían pensado, y los paseantes, deportistas o turistas generan diferentes colonizaciones de corta duración. Hay que observar los caminos interiores, aceras y jardines para constatar la riqueza de apropiaciones de distintos tipos que caracteriza a Montjuïc. Algunas más prolongadas, otras simplemente de instantes, pero todas, de una manera u otra, le dan ese carácter absolutamente cambiante y poco asible de realidades efímeras.

Porque el parque se traduce como algo más que lugar de ocio y encuentro de personas de diferentes orígenes (turistas que pasean o practican “jogging”, pakistaníes que juegan al cricket, bolivianos y bolivianas practicantes del fútbol, entre otros tantos grupos), el parque es generador de dinámicas humanas, embrión de otras socializaciones diversas, promotor constante, inacabable e inacabado de nuevas formas de tejido social.

VII.1.2. El parque hoy. Usos puntuales y apropiaciones de relativa permanencia

En Montjuïc da la impresión que, especialmente en las zonas verdes, predomina la armonía, como si los recorridos y las puntuales apropiaciones en el parque estuviesen en consonancia con un saber hacer no pactado que se traduce en comportamientos regulados por normas no explícitas. La creatividad en el parque, generada por los encuentros, parecería estar dispuesta con comportamientos y actuaciones pasajeras. El proceder en Montjuïc parece construirse con la plasmación de necesidades distintas a la de la urbe propiamente dicha; allí se transita en una búsqueda de equilibrio con un paisaje que puede colmar ciertas expectativas porque tiene lugares que favorecen la evasión.

Las mismas personas que a veces suelen perseguir el propósito de pasar inadvertidas, van yendo de un lugar a otro construyendo escenarios y recomponiendo con sus andares diferentes coreografías que nunca se repiten de la misma manera. La mayoría de las veces los tránsitos sincronizados en las aceras de Montjuïc tienden a perder sincronía cuando se internan en los caminos rodeados de verde con mayor soledad. De ahí que las apropiaciones espaciales en Montjuïc tengan diferentes puestas en escena que pasan de un decorado a otro, de lo público a lo privado, de lo étnico a lo “autóctono”, de la acción manifiesta que habla de quien la ejecuta, a la posibilidad de ser una persona más sin

datos aparentes que la definan como distinta, porque en el parque, al final, *los otros* no son más que otra versión de ellos mismos.

En Montjuïc encontramos adolescentes enamorados que juegan a ser mayores eligiendo la privacidad de lo público y así, perdiéndose en lugares más o menos visibles, componer finalmente lo que otros hicieron y volverán a hacer. Jóvenes que encuentran en el parque un lugar escondido a la vista de los paseantes que finalmente terminan encontrándoles a la vuelta de un camino, justamente cuando expresan en un entorno ideal, con miradas de ida y vuelta, lo que creen sentir. Las parejas de enamorados participan de una realidad en construcción, donde simulan coquetamente sus competencias y disimulan sus incapacidades en el teatro más natural de árboles y pájaros cuyos cantos y chillidos son el telón de fondo de los ruidos buenos, los de la gente, y de los otros ruidos, los de los coches y autobuses que parecen no tener piedad con el entorno natural.

Unos extranjeros, los turistas, para quienes el parque tiene mucha de su temática construida especialmente, se desplazan por la avenida Miramar caminando dispersos, en grupos o en parejas, muchas veces mapa en mano. Estos sí que no pueden disimular su condición por sus características fisonómicas, su vestimenta y también porque su andar impreciso sugiere que buscan aquello que parecería a veces que les da igual encontrar, deambulando sin rumbo aparente. Otras veces sí encuentran lo que andaban buscando, preparan la cámara y se fotografían poniendo buena cara aunque sea un momento, expresión que es también otra escena de la más importante de la obra, que es descubrir nuevos lugares. Son como exploradores en búsqueda de nuevas vistas, monumentos o jardines de interés que traducen en un “pasear por pasear” diferente al de la gente que sabe a donde va. Pasear significa también eso, ir descubriendo el camino que antes no pisaron, algo que también pasa con los otros usuarios, que se internan en nuevas vías de los jardines ya emblemáticos del parque o en las zonas verdes poco concurridas.

Pasean extranjeros inmigrantes que juegan a ser turistas, disimulando su condición de trabajadores poco cualificados que se alojan en pisos compartidos, porque el atuendo y porte para quien no atiende, cumple muchas veces con los requisitos de lo que quieren representar. Allí, en la calle, disfrutan de una posibilidad excepcionalmente creativa para sentirse otros y ser en definitiva actores, en tanto que parecen estar realmente convencidos del papel que pretenden mostrar.

También hay grupos de jóvenes latinos que se apropian de lugares que otros han querido adecuar, transformando los espacios de quienes les precedieron. O aquellos que por sus andares delatan tener un destino fijo, como si su objetivo no fuese pasear una mañana de domingo, sino llegar a un lugar a la hora prevista porque se desplazan presurosos a jugar a ese lugar cochabambino.

Porque en definitiva Montjuïc ha sido y sigue manteniendo una continuidad de apropiaciones y, como tales, de resignificaciones de nuevo cuño. Basta con mirar el paisaje para darse cuenta de que lo que se aprecia parece que nada tiene que ver con la realidad, que a menudo sólo concuerda con lo que muda sin parar. La vegetación silvestre insiste en salir donde no debiera, convirtiéndose en la manta que cubre la realidad de otros momentos en esos espacios de la montaña que fueron y que ya no son, como las trampas al pisar en falso entre las zarzas porque hay escombros bajo la vegetación. Estas no son más que pruebas de que allí, en tiempos no lejanos, gente no de paso le imprimió un sentido. Se observan árboles no autóctonos que se disimulan entre enredaderas que les quieren, como las higueras de madera blanca o el laurel, vestigios de antiguas apropiaciones de gente que estuvo en ese lugar y durante un tiempo lo hizo suyo.

La naturaleza irreverente no entiende de significados con veleidades artísticas; en tanto puede escabullirse de sus verdaderos depredadores, se renueva constantemente. Por eso no es lo mismo una estación del año que otra, cuando la fuerza de la primavera cambia en verano para hacerse realmente plácida en otoño. Estas características del terreno condicionan las acciones de la gente que lo ocupa, aspecto al que no están ajenas las redes sociales objeto de nuestro trabajo.

Los caminos previstos son también resistidos por las personas paseantes, que se encargan de crear nuevos senderos invadiendo las zonas de césped y promoviendo atajos para llegar antes o caminar menos. Parecería que los planificadores de los jardines se empeñan a veces en hacer caminar más a los paseantes haciéndoles contornear zonas que no llevan al lugar en línea recta, pero estos, seguramente sin otra intención más allá que hacer lo práctico, gestionan sus incursiones por lugares espontáneamente lógicos que terminan siendo el verdadero camino por donde pasea la mayoría.

En la parte baja de la montaña, la que linda con la avenida de la Exposició, el barrio del Poble Sec se extiende pendiente abajo. El mismo continúa dando nuevas generaciones

de jóvenes que no se resignan a apostar por el olvido y emulan las resistencias del pasado, diferentes, con otros tintes y ritmos, pero reivindicativas al fin de derechos quizás nunca conseguidos. En los muros con graffitis de las instalaciones deportivas del Poble Sec, así como en la baranda de la rampa de acceso que sube desde la avenida de la Exposició, alternan pintadas con aerosol, como se usa, y no con pincel o carbón, como se usaba, sobre los enemigos de toda la vida que ellos consideran propios. Con grafemas de colores indicadores de que existen, se atreven a aprovechar las noches para llenarlos con consignas de resistencia como otros lo hicieron antes. Otros transgresores artistas de lo urbano no pretenden más que decir que allí están, sin proponer otra cosa que su presencia, compitiendo entre ellos probablemente con la intención de que sus graffities se mantengan un día más y así, quizás ingenuamente, perpetuarse.

VII.2. Entorno y descripción morfológica del espacio.

En este apartado nos proponemos dejar constancia de aquellas condiciones físicas que lo conforman, registrando de manera descriptiva las diferentes partes del mismo vinculadas al ambiente, los espacios, sus formas y los objetos –algunos deportivos- que se combinaban con el entorno, así como algunas prácticas sociales que faciliten el entendimiento del conjunto.

Cada camino, recinto o lugar, puede dar lugar a diferentes usos, que no siempre se adecuan a aquello para lo que fueron diseñados. Probablemente este espacio fue uno de los reinterpretados con mayor atrevimiento e imaginación de todos los que observamos. Sus usos, impensados para los responsables de la administración por la osadía de sus ocupantes, mantenían cierta dosis de ingenuidad ante lo que se les podía responsabilizar por las transformaciones del espacio realizadas y sus maneras de estar.

La clasificación que exponemos a continuación especifica claramente dos tipos o categorías:

“Los espacios físicos de la ciudad se pueden agrupar en dos categorías: los recintos, lugares o centros, donde se llevan a cabo actividades particulares; y las sendas, caminos o rutas, que conectan unos recintos con otros [...] Esta clasificación permite ubicar el problema de estudio en la órbita de sendas públicas, que son reconocidos como espacios públicos; es decir, los lugares donde ocurren las vivencias colectivas; o

espacios abiertos donde las personas se socializan y se recrean” (Velásquez de González y Meléndez Urdaneta 2003, p. 72)

Siguiendo esa clasificación, deberíamos estudiarlo diseccionando esos lugares de actividades particulares y aquellos que les conectan a otros lugares de estar, donde se promovían vivencias colectivas de diferentes tipos. Es importante este tipo de análisis porque, entre otros aspectos, como espacio de titularidad pública, tiene unas características administrativas que condicionan sus diferentes ocupaciones, aunque sean transitorias. La “Ordenança de mesures per a fomentar i garantir la convivència ciutadana a la ciutat de Barcelona”¹¹, promueve una serie de restricciones que limitan los usos espontáneos o informales. La llegada masiva de personas extranjeras acostumbradas a estructuras de control del espacio público menos estrictas, y teniendo mayores urgencias de todo tipo, puso en evidencia una problemática con matices distintos.

VII.2.1. El contexto: edificios emblemáticos, accesos y lugares.

Las características morfológicas, condicionadas por los límites del espacio, hacen que los accesos solamente puedan hacerse por dos lados: uno es desde el sur, por la avenida Miramar, en la parte alta de la montaña y el otro es por el norte, desde la avenida de la Exposició, donde la montaña incrementa su pendiente. El ingreso desde el sur incluye atravesar o circunvalar parte de un espacio atractivo, el mirador de Satàlia, ubicado frente a la estación intermedia del Funicular de Montjuïc. Algunos paseantes durante 2007 y 2008 solían aparcar allí sus coches, (restringiéndose el acceso en 2010), para comenzar algún itinerario a pie.

En el mirador era frecuente observar a los turistas que se fotografiaban con la ciudad a sus espaldas desde esta situación privilegiada, aprovechando la vista panorámica. A partir del Poble Sec -que es lo inmediato- se abre a la vista la gran ciudad. Los edificios emblemáticos del paisaje han visto generar nuevos competidores, transformando la panorámica del conjunto edilicio fácilmente observable desde lo alto. Los grupos de turistas colmaban su curiosidad ante un gran collage de nuevas estructuras que no siempre se articulan estéticamente con las antiguas, dejando entrever distintos intereses.

¹¹ El *BUTLLETÍ OFICIAL DE LA PROVÍNCIA DE BARCELONA*, con fecha 24-1-2006, artículo 50: És prohibida la venda ambulants en l'espai públic de qualsevol tipus d'aliments, begudes i altres productes, llevat de les autoritzacions específiques. En tot cas, la llicència o autorització haurà de ser perfectament visible.



Fig. 23 Imagen de la avenida Miramar dejando el mirador de Satàlia a la derecha.

En el mirador los usuarios utilizaban algunas de las mesas rústicas dispuestas en el lugar para consumir reuniones de distintos tipos, a veces con una vianda que traían preparada. Durante la semana, por las tardes, las reuniones de padres y madres de los niños que asistían a las Escuela del Bosc solían realizarse después de finalizadas las clases, en el espacio rodeado de árboles junto al bar Marcelino, instalado en una caseta a modo de chiringuito. Mientras sus hijos alternaban en los juegos infantiles dispuestos junto a las mesas de madera rústica, madres y padres charlaban durante el tiempo que consideraban adecuado, quedándose algunos más de la cuenta, mientras que otros, en distintas ocasiones, se disculpaban al tener que marchar porque sus obligaciones así lo requerían.

La Escuela del Bosc, creada en 1914, fue la primera escuela al aire libre. Se ubica desde entonces al oeste del mirador, en la antigua finca de Josep Laribal, un abogado de reconocido prestigio de la época. Los jardines que la envuelven tuvieron desde fines del siglo XIX mucha aceptación popular: allí se hacían entre otros encuentros, los de la Colla de l'Arròs, una sociedad recreativa y obrera con sede en el edificio del actual Museo Etnológico de Barcelona, en el cual antes de 1929 se planificaron los jardines. Hoy en día algunos le darán un carácter formal, artístico, monumental y otras personas pueden atender a la naturaleza allí combinada, pero en todo caso parecería evidente que la belleza del entorno de los mismos no puede pasar inadvertida para la mayoría.

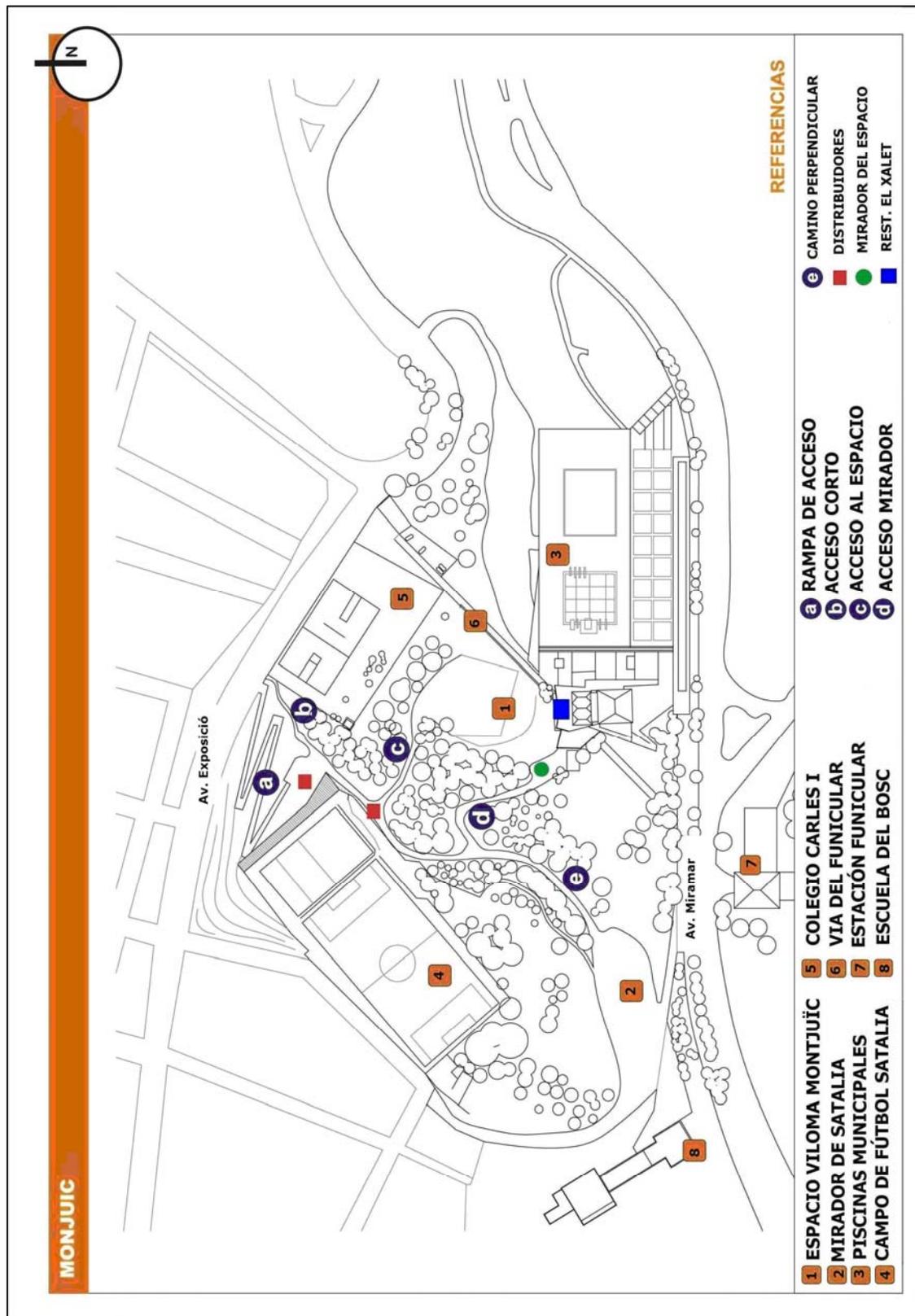


Fig. 24. Plano general del entorno del espacio de Viloma Montjuïc.

Posteriormente al fallecimiento de Laribal en 1908, el Ayuntamiento se hizo cargo de los jardines y de la residencia de estilo árabe que el abogado había hecho construir. Siete años más tarde, ante la propuesta de algunos regidores del Ayuntamiento, se puso en marcha la escuela caracterizada por su ideario republicano y su pedagogía activa, de calidad y gratuita. La escuela pretendía facilitar el acceso a una educación moderna a niños de familias que no podían permitirse la educación privada. Entre sus docentes más destacadas estuvo Rosa Sensat, quien ejerció la dirección de la escuela de niñas desde la inauguración hasta 1930 (AJ. BCN 2006).

Manel Pérez Franco (2006), contaba así sus experiencias cotidianas en su niñez de los lugares adyacentes a la Escuela del Bosc:

“Tal vez sea esta escuela la que ha dejado una huella más profunda en mi memoria. Para acceder a ella utilizaba el funicular, que todavía existe, y que estaba cerca de casa, en el Paralelo. En la clase, cuando sonaba la alarma, nos hacían salir rápido pero ordenadamente y, campo a través, nos dirigíamos a un refugio antiaéreo situado en la base del Teatro Griego, al que acudía sobre todo gente de la parte alta del Pueblo Seco y de sus alrededores. En muchas ocasiones, debido a la distancia, antes de llegar al refugio, asustados por el estruendo de las baterías del Castillo de Montjuïc, cuyos proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas, no nos quedaba más remedio que agazaparnos en el bosque y esperar a que pasara la alarma”.

La importancia de la Escuela del Bosc para las personas mayores que encarnan esa memoria histórica que probablemente sea ignorada por la mayoría, la ha transformado en un lugar emblemático. Por las vicisitudes que tuvieron que pasar los integrantes del colectivo educativo durante la Guerra, por el método vanguardista que se implantó, por ser una institución al servicio de los niños de todas las clases sociales, la Escuela del Bosc no fue una escuela más.

El Museo Miró se encuentra un poco más al este de la escuela, abrazado por los jardines que parece que lo empujan hacia la avenida Miramar. Abierto al público desde el verano de 1975 se ha afianzado como un museo dinámico, moderno y diverso en las exposiciones que presenta. Si bien no influye directamente en el segmento de población que tratamos en este trabajo, sí que de manera tangencial podría tener ciertas

coincidencias. El uso de los turistas del funicular y de aquellos que asisten al museo condiciona una mezcla de socializaciones durante un tiempo limitado pero real.

Hay que cruzar la avenida Miramar para llegar a las remodeladas instalaciones del Funicular de Montjuïc, el cual desde la inauguración en 1928 y hasta nuestros días, prestó un servicio discontinuo. Durante muchos años cumplió con una finalidad social; fue utilizado por los escolares que iban a la Escuela del Bosc y, a partir de la Guerra Civil, cuando los precarios asentamientos de la gente venida de otros lugares de España tuvieron su máxima expresión, fue utilizado hasta principios de los años setenta, hasta que la erradicación del barraquismo en Montjuïc hizo disminuir el número de viajeros...” (Ibíd.). En 1972 asumió la gestión Transports Metropolitans de Barcelona teniendo algunos períodos de inactividad hasta que se reabrió por la proximidad de los Juegos Olímpicos de Barcelona en junio de 1992. Finalmente la última modernización cristalizó en el mes de marzo de 2007, precisamente en el momento de mayor uso por parte de las personas de origen boliviano.

Actualmente, la finalidad principal es principalmente acercar a los turistas que visitan la ciudad de las construcciones que se hicieron con motivo de los Juegos Olímpicos de 1992, reconvertidas en infraestructuras de ocio, deporte y cultura, así como a otros lugares de interés turístico más antiguos, como los Jardines Joan Maragall, el Museo Joan Miró o el relativamente nuevo Museu Olímpic de Barcelona.

Frente a la estación del funicular se presentan disimuladas en su majestuosidad las Piscinas Municipales, una obra de envergadura arquitectónica que no influía en las interacciones de sus usuarios con nuestro segmento de población objeto de estudio, pero sí en las limitaciones del espacio. Remodelada dos veces desde su construcción en 1929 (para los Juegos del Mediterráneo en 1955 y posteriormente para los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992), limita el espacio apropiado por el sureste, lindando con el restaurante El Xalet, cuya terraza hacía de tribuna preferencial de las evoluciones deportivas unos cuantos metros más arriba.

VII.2.2. Los accesos

Una vez se deja el Mirador de Satàlia se desciende en dirección al espacio por el que hemos llamado *camino perpendicular*, cuyos portones de madera eran más simbólicos que eficientes porque no siempre tenían cerrojo, de ahí que fuera habitual observar

coches abajo, en el espacio de las redes cochabambinas. El camino serpentea suavemente flanqueado por árboles que le dan un aspecto bucólico; a su lado izquierdo el muro del campo de fútbol se mantiene casi paralelo al mismo, aunque con cierta propensión a converger más adelante, precisamente en el *camino de acceso* al espacio. Su importante desnivel dificulta el ascenso hacia la avenida Miramar.

Probablemente la particularidad más interesante de este camino es la de incluir encuentros de corta duración. Durante nuestro estudio era interesante observar las oposiciones momentáneas de gente que subía y otra que bajaba. Probablemente los viandantes no tenían posibilidades de reparar entre ellos, porque lo abrupto del recorrido hacía que prestasen más atención al firme que a las personas que en el mismo se encontraban. No era lo mismo caminar unos metros más arriba en la avenida de Miramar, donde el paseo sobre el firme favorecía andar sin pensar en ello, que en este camino de tierra, pedregoso y accidentado cuyo desnivel dificultaba la marcha.

Las características del terreno condicionaban las acciones de la gente y no parecía resultar indiferente para quien lo recorría: había que prestarle atención, porque si la subida generaba un aumento del ritmo cardíaco, la bajada promovía el sofisticado funcionamiento de los receptores del equilibrio. Estas acciones se veían dificultadas en algunas personas en primavera cuando las gramíneas se hacían notar. Sin embargo, parecía que las personas bolivianas hiciesen el camino con la naturalidad de estar adaptadas a esas circunstancias. Ni siquiera las madres con sus bebés en los carritos se amedrentaban con el traqueteo desequilibrante. Indudablemente que la juventud de las mismas favorecía los trayectos, y aunque no nos atreveríamos a decir que su condición física pudiera superar a otras personas de similar condición, sí que la actitud no parecía darle oportunidad a las renunciadas.

A partir de marzo las lluvias comienzan a promover la flora y los caminos de tierra que delimitan espacios verdes hacen pensar a la naturaleza que puede ocuparlos. El empuje de la vegetación, difícilmente controlable por las personas responsables del mantenimiento de esas zonas verdes, ofrece resistencia a esa transformación artificial, porque la naturaleza no entiende de significados artísticos, y en tanto puede escabullirse de sus verdaderos depredadores, se renueva constantemente. Por eso no es lo mismo una estación del año que otra: la fuerza de la primavera cambia por la quietud y el calor

en verano, se hace plácida en otoño y, en muchos momentos, verdaderamente dura en invierno.

El *camino perpendicular* tiene un desnivel considerable. La bajada desde el Mirador de Satàlia transcurre durante más de un centenar de metros, haciendo primero una curva a la izquierda y otra a la derecha antes de la llegada al *camino de acceso al espacio*. Antes de este, a la derecha según se baja, desemboca el *camino del mirador del espacio*. Su sinuoso recorrido con cierta pendiente y rodeado de vegetación, lo hacen atractivo para quien lo recorre.

Después de avanzar unos metros, antes de llegar a los almacenes del restaurante el Xalet y en la orilla norte del camino, está ese mirador natural que hemos llamado *mirador del espacio*, un lugar de dimensiones reducidas y rodeado de malezas. Allí accedían muchas personas de distintos lugares, paseantes habituales con sus perros, jóvenes curiosos (generalmente turistas) que por sus andares delataban que poco sabían del lugar. Su verticalidad favorece unas vistas particulares de la ciudad, así como de aquello que se generaba en el espacio. Es un lugar idóneo para observar sin interferir en aquello que pasa, desde donde se podían ver las evoluciones deportivas y también las otras de sociabilidad, los recorridos y las zonas de mayor densidad de personas.

30 de marzo de 2008. Dos chicas jóvenes de aspecto centroeuropeo, que previamente habían descendido desde la avenida Miramar, giraron a la derecha por el camino que da a una repisa natural a modo de mirador. Durante su trayecto, las ondulaciones del terreno y la vegetación emergente de la primavera, hacía que desapareciesen por momentos de mi vista, para volver a aparecer entre la arboleda discontinua. Decididas, una adelante y la otra detrás, iban en busca de algo que -se me ocurre- no sabían bien qué. Tal vez podían intuir que la vista en esa ascensión sería interesante. La panorámica desde lo alto de esa repisa favorece una vista general y cercana de Barcelona. Entre el camino y la parte más próxima al desnivel, desde donde se consigue la mejor vista, las zarzas limitaban el acceso al paseante, dificultad que las chicas resolvieron sin problema. La irrupción fue lo suficientemente pausada como para verse sorprendidas por el paisaje. O eso era lo que parecía. Sus miradas en el plano horizontal, concentradas, se mantenían atentas a la ciudad, sin muestras de ningún tipo de emoción. Tampoco parecían atender al bullicio proveniente de veinte metros más abajo, donde un grupo de jóvenes inmersos en un partido de

fútbol se jugaban mucho más de lo que cualquier persona ajena a su entorno podría pensar. Momentos más tarde, manteniéndose una al costado de la otra y sin ninguna expresión particular, una de ellas comenzó a observar a esos jugadores que con tanta decisión representaban su rol. Mientras tanto le hacía a su compañera algunos comentarios, a los que esta no parecía atender porque seguía observando a lo lejos, sin darle ninguna pista a su compañera sobre la atención que le prestaba. Ésta, después de un momento, atendiendo a los comentarios, focalizó igual que su compañera el grupo de jugadores y las personas que les rodeaban. La atención sobre ese acontecimiento las mantuvo concentradas durante unos segundos, mientras mantenían una tranquilidad que probablemente no hubiesen tenido abajo, donde la atención de la mayoría les distinguiría como distintas.

El lateral este del campo de Satàlia está en un nivel inferior y corre en diagonal al *camino perpendicular*, manteniendo la mayor proximidad en la confluencia de éste con el *camino de acceso* al espacio. En esa intersección se daban con frecuencia diferentes tipos de interacciones, especialmente cuando los usuarios del espacio se marchaban. Allí hacían los últimos comentarios antes de despedirse, para después dirigirse unos en dirección de la avenida Miramar y otros hacia la avenida de la Exposició.

Siguiendo el descenso hacia el norte por el camino perpendicular y habiendo dejado atrás el camino de acceso al espacio, se llega en pocos metros a un amplio rellano, desde donde se accede a las instalaciones deportivas de Satàlia; es un gran espacio en forma de explanada que ejerce de recibidor para aquellos que bajan por el *camino perpendicular* y los que suben por el *camino corto* o la *rampa en forma de zig zag*¹². En el interior del recinto deportivo que da a ese espacio exterior, se encuentran las zonas de mayor concentración de personas: vestuarios, bar y almacén de material. Junto a estos *espacios complementarios* según la nomenclatura oficial, ya en el exterior pero dentro del recinto, se encuentran los dos campos de fútbol; uno más pequeño ubicado junto a los espacios complementarios, cuya longitud coincide con la anchura del grande, y más hacia el sur el

¹² “Se ha construido una nueva rampa de 700 metros de longitud que permite comunicar la avenida de la Exposició con el Complejo Deportivo de la Satàlia. Se ha hormigonado todo el pavimento, se ha construido una cuneta para el agua y se han instalado barandillas de madera. Esta obra forma parte del proyecto de remodelación del campo de la Satàlia, iniciado en el año 2002 con el objetivo de mejorar las características especialmente difíciles de este emplazamiento. Precisamente, en el terreno hay fuertes desniveles topográficos, que obligaron a llevar a cabo reestructuraciones para conseguir que el equipamiento estuviera al alcance de todos los públicos. Para poder ampliar el terreno de juego y posibilitar la descongestión del equipamiento han tenido que hacerse movimientos de tierra en el campo de la Satàlia, que está gestionado desde el año 1996 por la Asociación de Vecinos del Poble-Sec”. (web del Aj. Barcelona, 2006)

convencional. En el pequeño jugaban los chicos y chicas cochabambinas antes de trasladarse al espacio público contiguo.

La *rampa en forma de zig zag*, construida en 2006 por el Ayuntamiento tiene una longitud mucho mayor que el *camino corto*. Pavimentada, permite el acceso a la montaña a pie y, en muchos casos, algunos vehículos de dos ruedas incursionan por la misma. Pero por el *camino corto*, de poca longitud y escarpado, es por donde subía la mayor parte de las personas cochabambinas, como si el recorrido cobrase importancia en tanto el tiempo en recorrerlo disminuye aunque la dificultad aumente. Una vez más parecería que esa condición del firme, verdaderamente inestable, rocosa y empinada no les traía más dificultades que aquellas a las cuales podían estar acostumbrados por su procedencia.

VII.3. Escenarios y escenas del espacio.

Para Spradley (1980, p. 39-52), cada situación social puede ser identificada mediante tres elementos primarios: el *lugar*, los *actores* y las *actividades*. Durante la observación participante se puede observar a los actores, la distancia entre ellos y hasta podemos encontrarnos envueltos entre los mismos participando en algunas de las actividades que desarrollan. Estos tres elementos no son suficientes para agotar un estudio cultural y social, pero sirven como fundamento en la comprensión de los mismos.

La base de las situaciones sociales está en el lugar o espacio físico, donde se presentan distintas actividades. Los lugares de encuentro fuera del espacio, los accesos que llevan al mismo, o aquellos relativamente discretos en los cuales se producen distintos tipos de acciones como cambiarse de ropa o ser usados como servicios alternativos, pueden darnos indicadores de cómo se relacionan, de las estructuras que traen consigo, de aquello que prefieren y que puede contrastar con lo que se lleva en destino.

Por el otro lado, las actividades están compuestas por actores, personas que en la escena imprimen determinadas características a la misma en función del tipo de actuación que representen. En esos caminos de ingreso a los espacios la gente se cruza, se detiene, plasma actuaciones que no siempre son las mismas, en tanto el lugar, la hora, el tipo de actividad (recreo, trabajo, etc.) marcan aquello que los actores hacen. Alternando la descripción de las zonas espaciales, se exponen algunos relatos relacionados con el lugar que se descubre, escenas expuestas de forma casi aleatoria, sin responder a un criterio

que vaya más allá de la significancia de una acción que cumpliera la función introductoria del lector a la zona y sus actividades.

Para detallar las características del espacio hemos creído conveniente dividirlo en seis zonas. A partir del análisis segmentado se podrá observar el relieve del terreno, sus zonas arboladas, las visibilidades de las cuales pueden ser objeto sus ocupantes, así como determinadas instalaciones características que condicionaban las interacciones entre las personas. Había lugares más ocultos desde donde se podía observar la entrada principal y estar al tanto de quienes accedían al espacio y otros lugares donde las personas podían ver interrumpida cualquier actuación no permitida, sin tener tiempo para disimularla antes de ser descubierta. Estas categorías no parecían tener una constancia temporal: habitualmente –y según sus necesidades- eran transformadas.

La variedad de posibilidades que hacían del espacio físico un *lugar*, iba más allá de aquello estanco y con menos variación del concepto de Mauss basado en la “tradición etnológica de cultura localizada en el tiempo y en el espacio” (Augé 2000 [1992], p. 40), en este caso estaba imbuido de nuevas interpretaciones: la zona física, el momento del día, las estaciones del año o las propias personas constantemente regeneraban distintos tipos de encuentros, que si bien parecían tener un hilo conductor, también improvisaban.

Las zonas segmentadas para su análisis son:

- a. El camino de acceso, lugar de flujos de personas con pocas densidades.
- b. La zona noroeste inmediata al camino de acceso, escarpada y prácticamente sin espacio entre la ladera de la montaña y línea de gol del campo de fútbol.
- c. La zona norte, amplia y multifuncional que se extiende en una pronunciada pendiente hasta la escuela Carles I.
- d. La zona sur, preferencial y abrupta con la repisa que ocupa el tercio oeste de ese lugar.
- e. La zona sureste que hace de frontera con la vía del funicular en su parte este.
- f. La zona deportiva propiamente dicha, cuyo eje longitudinal iba de noroeste a sureste.

VII.3.1. El camino de acceso

El microclima que favorece el sendero tenía en cada época del año su atractivo y también su contrario. Si el calor era bien recibido en los estertores invernales, podía convertirse en desagradable un domingo de agosto. Si la vegetación se generaba con un impulso poco previsible en primavera promoviendo un ambiente fresco y verde, durante el invierno pasaba inadvertida, desanimada, seca y con rastros permanentes que no siempre se sacaban. Pero además de esas sensaciones que podían promover el entorno, el camino generaba a las personas cochabambinas la ilusión de entrar en un espacio propio, en el cual la seguridad interna contrastaba con aquella inseguridad exterior de más difícil manejo. Pasar por ese lugar era entrar en un espacio propio dejando aquello donde siempre se jugaba de visitante.



Fig. 25. Vista del espacio desde el este. Se observa la conformación protegida por montaña en los lados oeste y sur. El punto 2 señala la zona desde donde se realizaban las observaciones no obstrusivas.

Su singularidad también radica en ser el único lugar de comunicación directa con el exterior: sólo se puede entrar y salir por este camino, cuyo recorrido va desde el *camino perpendicular* hasta la entrada al espacio propiamente dicha, en las inmediaciones de la higuera. Hay otros lugares que podrían servir como salida, pero son de tal difícil incursión que poco se pueden considerar.

En el camino se habla, se transita, se detiene, se orina, se besa, se discute, se cruzan los despistados “autóctonos” con aquellos que saben a dónde van y de dónde vienen. A veces hay bolsas de basura; desperdicios no dispersos rescatados del espacio que no quieren llevar más allá. Es un camino peatonal en plena zona verde, angosto, pero puntualmente transitado por coches que sonorizan el ambiente natural, olvidándose que la circulación motorizada no está permitida o, simplemente, no ajustándose a esa norma.

Es cierto que es un espacio público especial, con mayor cantidad de gente extranjera los fines de semana, pero se podría decir que habitualmente, como en cualquier espacio público, lo que sucedía no variaba de forma notoria. Era un lugar de paso, donde podían darse fugazmente pasajes de cualquier obra sin restricciones; si había algo de control estaba regulado por las intencionalidades de quienes lo cursaban, ajustando determinadas acciones al límite o, en el caso de verse sorprendidos, obviándolas, como si aquello fuera algo natural.

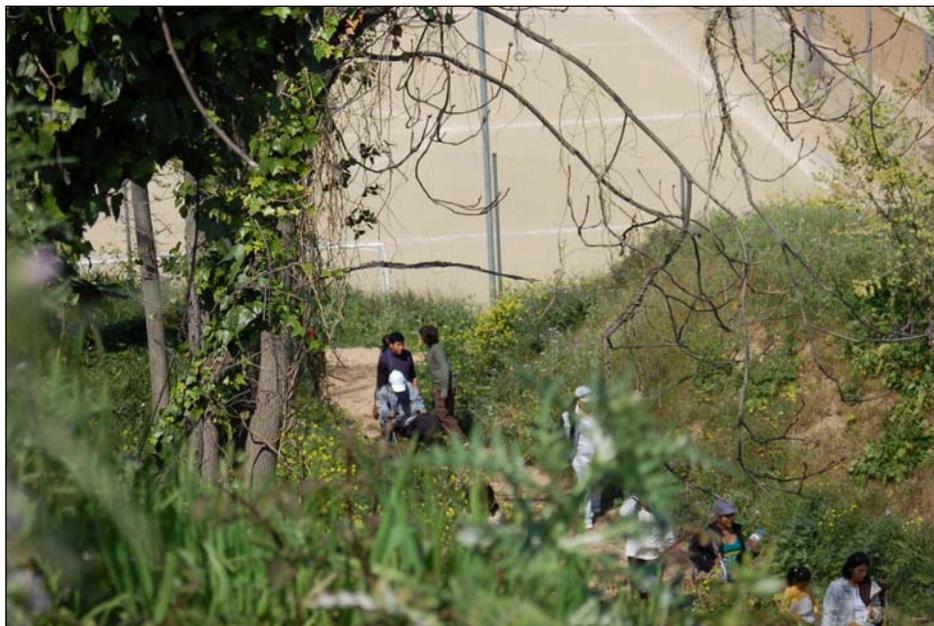


Fig. 26. El camino de acceso y al fondo el campo de Satàlia.

Escena 1: lugar de acceso también reservado a otras acciones. La madre y el niño ingresan al camino que conecta el exterior con el interior en el campo de Montjuïc. Mientras ella le habla se detienen, desde atrás lo arroja entre sus piernas y mirando hacia el lateral norte, lo ayuda a ponerse en la tarea de orinar. Ella, que siente la misma necesidad, debe pasar más desapercibida y se dispone a ocupar el lugar destinado para ello. Un sendero por el lado sur cae

casi vertical perpendicularmente al camino, justamente en medio de este. Hay que subirlo, son dos o tres metros, después, entre las zarzas la cuesta se aligera. Habitualmente su importante desnivel desanima a los caminantes a entrar cuando éstos son capaces de darse cuenta que existe. La vegetación casi lo invisibiliza y hace de ese lugar una zona de difícil acceso. Si el lugar del niño tiene muy poca privacidad en tanto que puede ser invadido por gente que accede o se marcha del espacio, el improvisado sendero afluyente del camino principal que va cambiando de forma por el uso y la época del año, es más discreto. El proceso de la madre lleva más tiempo, de manera que el niño lo utiliza para jugar mientras espera. Una vez ella está pronta, baja y le recoge, animándole a que el pequeño la siga para entrar al espacio.

Escena 2: las mismas acciones quizá menos apropiadas. Jhonny y sus amigos se marchaban por el camino de tierra. Ya había pasado el mediodía. Los comentarios de unos y otros se sucedían, no paraban de cambiar impresiones: eran cinco en total. Al llegar al camino perpendicular, el que llevaba sudadera gris se puso a orinar sobre el lado sur, otro que le había precedido ya lo estaba haciendo en medio del camino, también en ese lado, y un tercero se dispuso a efectuar la misma acción en el lado norte, junto a la entrada, casi en el camino perpendicular. Probablemente la acción incluía dos motivaciones: la propia necesidad y la inducción que pasa entre la gente cuando alguien tiene una necesidad y otra toma la iniciativa. El recodo del lado norte es lo suficientemente brusco como para toparse con alguien que allí se detiene si se accede desde el Poble Sec. Pero el alivio circunstancial probablemente era superior a la importancia que podían darle a ser descubiertos in fraganti o a la situación molesta que le podría causar a la otra persona. Usaban ese lugar en base a una apropiación de corta duración, pero no parecía lo más apropiado.

Ya en la confluencia con el camino perpendicular, se detuvieron el tiempo suficiente para terminar con los últimos comentarios antes de separarse. De repente, Jhonny se percató de mi presencia en la parte alta de la ladera sur del camino de ingreso. Comenzaron todos a saludar, algunos con más entusiasmo que otros. Jhonny parecía el que más. Les fotografié.

Escena 3: un ingreso habitual. Una madre joven entraba con sus dos niñas de pocos años al espacio llegando por el camino perpendicular desde el Poble Sec. A la mayor, que tendría unos ocho o nueve años, la madre le pasaba el brazo derecho sobre sus hombros mientras la pequeña, más atrás, iba caminando con

la descoordinación propia de su edad, probablemente aumentada por un instrumento que llevaba en su mano y con el cual parecía estar absorta. Pasaron como si más. Seguramente adentro, en el espacio privado de todos y todas, las niñas gestionarían sus relaciones con otras de su edad, mientras la madre jugaba el partido que le tocaba.

Escenas 4, 5 y 6: descubriendo aquello que no buscaban. Mientras pronosticaba cuánto tardarían en deshacer el camino aquellos “autóctonos” o turistas que se vieran sorprendidos en territorio ajeno, la mayoría de la gente boliviana iba y venía. A veces se formaban tenues aglomeraciones, otras veces había que esperar a que alguien incursionase porque no pasaba nadie. De repente, un señor mayor de aspecto cuidado, llegó al espacio con paso firme, como sabiendo a donde se dirigía. Sus gafas e indumentaria parecían insistir en darle una apariencia de persona intelectual. Caminaba con un aire de distinción natural y sin ninguna afectación. Su altura y cabello gris le daban una presencia disonante con la juventud de la gente del lugar al cual iba a incorporarse. Una cazadora azul marino cerrada hasta el cuello escondía debajo su camisa blanca. El pantalón gris marengo se complementaba con unos zapatos de vestir negros. La indumentaria desentonaba con el entorno natural.

Dos jóvenes que parecían turistas accedieron de la mano. Con ropa adecuada para el paseo se dejaban llevar sin compromiso por la situación que parecían recrear, regalándose moderadamente algunas sonrisas, como si el entorno, verde y plácido, favoreciera con su decorado esos mensajes recíprocamente bien recibidos.

Enseguida entró una pareja, esta de apariencia “autóctona”, con dos niños varones de menos de doce años. Iban muy mudados. De la misma manera que el señor mayor, y a diferencia de la pareja que se profesaba miradas con aparente sentimiento, parecía que sabían a donde se dirigían por su paso firme y decidido.

Había calculado aproximadamente el tiempo de respuesta de esas personas al encontrarse con un entorno que no buscaban. Era el tiempo que tardaban en llegar hasta el inicio del espacio, entender o no lo que ahí sucedía, e inmediatamente deshacer el camino andado.

Las actuaciones descubrían probables formas de comportamiento de personas externas al lugar y de las usuarias migrantes. Mientras estas, en su mayoría provistas de indumentaria adecuada para el entorno, cumplían con sus formas adquiridas en origen desatendiendo algunas normas habituales en destino, las personas externas al espacio parecían no saber aquello que se les presentaría. Sus incursiones no daban pistas de estar cargadas de aventura. Generalmente entraban con decisión y una vez se percataban de que aquello que se les presentaba no les interesaba, deshacían sus andares.

Los incumplimientos de determinadas normas de aquí de las personas cochabambinas, no eran incumplimientos en origen. Allí parecen ser habituales algunos actos que contrastan con aquello que en destino se tiene como inadecuado. Sin embargo unos y otros se gestionaban de manera eficaz. No había problemas entre los distintos actuantes, porque conseguían una regulación que hacía de ese espacio un lugar donde se podía circular, aunque las acciones fuesen diferentes.

VII.3.2. La zona noroeste inmediata al camino de acceso

Inmediatamente a la entrada, junto a la higuera que ejercía de elemento referencial, algunos árboles proveían de sombra a las personas que se ubicaban en el lugar, entre ellas, muchas jóvenes madres con sus bebés, porque esa zona resguardada propiciaba un lugar más adecuado para ellas.

La higuera era uno de los lugares referenciales desde donde parecían vincularse los otros espacios reducidos ocupados por grupos que, según la hora, solían ser siempre los mismos. Cada grupo tenía a su recaudo una pequeña porción del espacio total, como una pequeña apropiación de lo apropiado.

Hasta 2008 cerca de la higuera había una mesa de ping pong que desapareció de un día para el otro y, según decían, apareció quemada; los servicios de mantenimiento del Ayuntamiento la sacaron, hecho que favoreció ganar un metro de ancho a la cancha de fútbol.

Desde 2008 y hasta 2010 algunos vendedores informales colocaron en esta zona un puesto de venta de comidas y otro de discos compactos, sin mantener la regularidad de los vendedores de otras zonas del espacio.

Desde esa esquina noroeste, siguiendo la línea de gol del campo hacia el sur, había dos canastas de baloncesto que había dispuesto en esa zona el Ayuntamiento de Barcelona. Muy pocas personas las utilizaban cuando los nuevos ocupantes no accedían al espacio, y cuando estos estaban tampoco jugaban. Eran aquellas que le llamaron la atención a María Eugenia y sus amigas al acceder por primera vez al recinto. En dos ocasiones estas canastas fueron desplazadas por los ocupantes hacia el oeste, es decir hacia la montaña, para aumentar la longitud del campo. El primer desplazamiento de las mismas fue antes de 2007 y el segundo se realizó en 2008. La reubicación de las mismas fue muy profesional: los cimientos de cemento tenían muy buena sujeción, probablemente mejor que la que tenían cuando fueron colocadas por primera vez, pero esto no podía llamar la atención, muchos de los jóvenes cochabambinos trabajaban en la construcción y sabían como hacerlo.



Fig. 27. Construcción de las nuevas porterías de fútbol (izq.) y un descanso después del traslado de la canasta de Baloncesto (der.)

Hasta 2008, las porterías del campo de fútbol estaban confeccionadas de tubo de hierro, pero su diámetro reducido no las hacía suficientemente fuertes. Además eran portátiles; cada domingo se colocaban en los agujeros de una plataforma de hormigón construida a tal efecto. Una vez finalizada la jornada los mismos eran camuflados en un “almacén” entre las zarzas, junto al muro del funicular, al final de la zona sureste y en una parte de difícil acceso por su altura.

En verdaderas acciones de sabotaje, las infraestructuras del campo eran estropeadas por aquellos que no veían bien la presencia de estas personas los fines de semana. Entre estas, también se hacían cargo de esos tubos. Habiendo descubierto el almacén, los doblaban o los hacían desaparecer, de la misma manera que se encargaban de desperdigar la cal prevista para marcar el campo que allí se almacenaba.

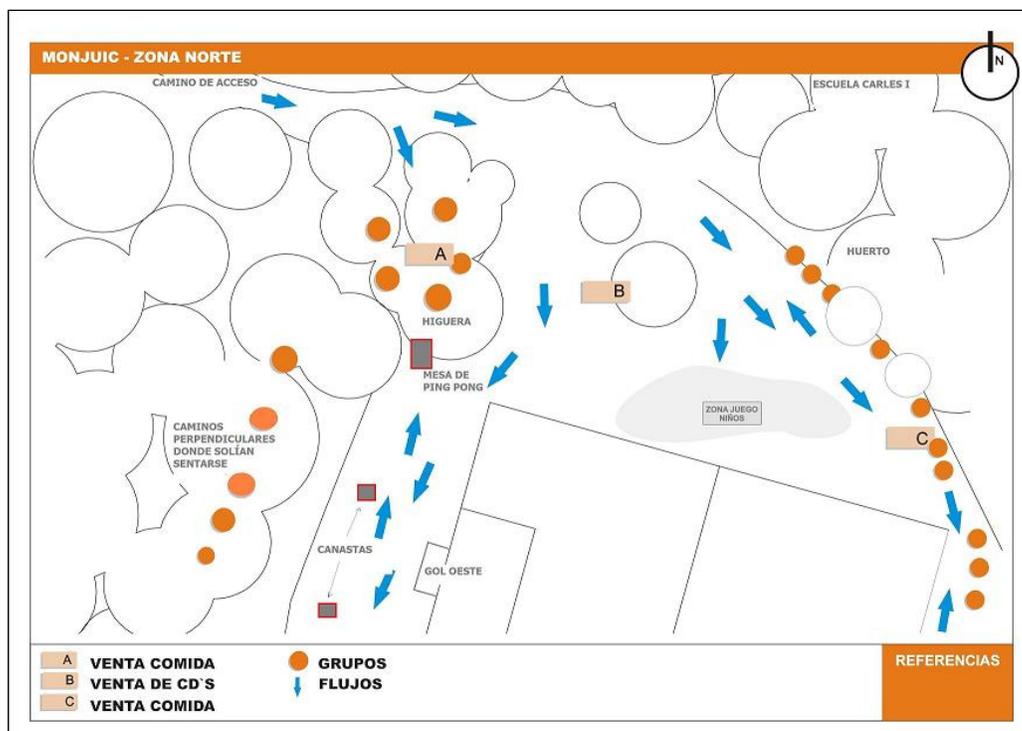


Fig. 28. Lugares, flujos y densidades de las zonas norte y oeste.

Por esta razón no tuvieron más remedio que volver a hacer otras porterías. Pero estas, realizadas en abril de 2008, eran prácticamente antivandálicas. En la imagen de la figura 27 se aprecia cómo trabajaban en la soldadura de las porterías, allí en el mismo espacio, donde trabajaban. El grosor de sus tubos de acero y la sujeción definitiva al suelo le dieron una firmeza tal que permanecieron allí hasta que se finalizaron las actividades en el espacio, en noviembre de 2011.

Detrás de la portería del gol oeste la pendiente se incrementaba facilitando desde allí una buena visión de las evoluciones del juego y del total del espacio. Al mismo tiempo se podía mantener cierta distancia con el resto de la gente, como si coadyuvase a la intimidad de ciertos grupos pequeños. El uso había generado caminos transversales en la falda de esa pendiente que, además de favorecer el ascenso, servían como grada. La disposición de unos a continuación de los otros no favorecía los posicionamientos frente a frente, manteniendo las características proxémicas de origen.

El extremo sur de esta zona oeste lindaba con la zona de los árbitros, conservando el alejamiento entre las personas de un lado y del otro por las condiciones del terreno. Las

estrategias comunicacionales, de visibilidad manifiesta, se concretaban en voz alta y con gestos ampulosos porque no había posibilidad de acercarse.

Escena 7: reinterpretao la mesa de ping pong. Durante la primera época, desde 2007 y hasta 2009, una mesa de ping pong de las que el Ayuntamiento ubica en exteriores era reinterpretada con múltiples usos. Las mujeres se reunían y charlaban entre ellas algunas sentadas en la misma, otras a su alrededor. No podría saber a ciencia cierta los temas que trataban, pero sus acciones nunca se alejaban del cuidado de sus hijos. A veces usaban una mitad de la mesa y en la otra los otros niños algo mayores jugaban a lanzar la pelota de fútbol transversalmente. Algunos se subían a la misma y dedicaban actuaciones a quienes quisieran verles. Otras veces las madres dejaban sobre la mesa sus pertrechos: habían bolsos y biberones, mantas y comidas, aunque lo habitual era que utilizaran la parte inferior de la misma para otros bultos mayores, que se mantenían a buen recaudo, alejados de aquella persona que no fuese del grupo.

Cuando la mesa desapareció decidieron ocupar la zona oeste, más cercana a la higuera, donde comienza la empalizada en forma de talud pronunciado. Había algún equipo de chicas que se cambiaba en esa zona, lo que no era impedimento para que algunos chicos compartiesen ese lugar, pero siguió siendo “el lugar de las madres”.

Escena 8: el riesgoso lugar de venta no impedía que igualmente lo usasen.

Una familia procedente de Cochabamba vendía empanadas y cervezas junto a la higuera. No era un puesto estable, había domingos que se presentaban y otros que no. Su osadía iba más allá de la trasgresión automotora cuando llevaban los suministros, porque el lugar era inevitablemente detectable al estar junto al camino de acceso y, si llegaba la policía, no tenían tiempo de disimular su puesto de venta informal. No obstante, el pacto no explícito que tenía Gualberto con la jefa de la Guardia Urbana sobre el cumplimiento de las normativas, parecía resguardarles del control que tenían otros lugares sociodeportivos. La Policía Municipal sabía aquello que se generaba, pero mientras no llegaba seguían haciéndolo.

En 2007, una chica que habitualmente parecía orgullosa por su procedencia de la ciudad de Cochabamba vendía cerveza y no parecía entender que si la detectaban, el perjuicio no iba a ser solamente para ella, sino también para los

demás ocupantes. María Eugenia intercedió convenciendo a la joven para que desistiese de la venta de cerveza. Al poco tiempo dejó de asistir.

Escena 9: El vendedor de cd's. Jorge, procedente de Santa Cruz, en esa época no tenía más de treinta años. Durante el período que iba al espacio (entre 2008 y 2009) contrastaba en su forma de estar con las demás personas que le rodeaban, en la manera cómo vestía, en sus modales. Había estudiado económicas en Santa Cruz, pero, como decía: “soy economista y mira en qué tengo que trabajar”. Su mujer estaba embarazada de una niña y él, casi simultáneamente, se había quedado sin trabajo, de manera que realizaba este trabajo de la venta de cd's y vídeos para subsistir. Solía estar solo y no hablar con nadie. “Es mejor que me ponga aquí abajo, porque si me coloco en la avenida Miramar estoy más expuesto a que me coja la policía”, sostenía. La dificultades laborales las iba llevando gracias a la ayuda que había conseguido mediante Cáritas Diocesana; allí le daban comestibles, apoyo, lo vinculaban a otras personas y hasta le consiguieron, más tarde, un trabajo.

Los niños, especialmente, se acercaban a observar las carátulas de los cd's de películas infantiles que Jorge disponía en el suelo al estilo “top manta”. Las vendía a tres euros. Siempre me pregunté cómo era que se ubicaba en una zona tan proclive a ser detectado. Probablemente era por ser zona de potencial clientela, los grupos de madres e hijos pequeños estaban al lado.

VII.3.3. La zona norte, amplia y multifuncional

Desde la línea del lateral norte del campo de fútbol y hasta las piedras de grandes dimensiones colocadas por los usuarios para sentarse y probablemente como límite de seguridad porque allí comenzaba la pendiente, el espacio tenía una amplitud que oscilaba entre los quince y los veinte metros. La longitud, desde la higuera hasta la vía del funicular, era más del doble. A partir de las piedras y hacia el norte comenzaba el desnivel profundo que finalizaba en la escuela Carles I.

La zona llana entre el campo y el límite de las piedras albergaba, preferentemente en invierno, la mayor cantidad de personas. Como la cantidad de árboles era insuficiente, durante el verano habían más desplazamientos de personas que evitaban mantenerse estancas bajo los rayos del sol; allí jugaban algunos niños simultaneando sus partidillos con los de los mayores. Algunas veces este espacio servía de aparcamiento para los

coches de los osados que se atrevían a descender por el camino perpendicular desde la Av. Miramar.



Fig. 29. Colocando las piedras para separar la depresión del espacio llano de la zona norte.

Más allá de ese espacio, en el profundo desnivel en dirección norte, no solía haber gente, porque desde la misma no se podía alternar con otras personas espectadoras y tampoco apreciar el desarrollo de los partidos. La vegetación crecía en abundancia en esa zona no transitada, de manera que, ocasionalmente, los ocupantes se dedicaban a las tareas de mantenimiento. Se organizaban por grupos, conformados por los integrantes de un equipo. Cada grupo tenía encomendada una franja de tierra para limpiar a la que llamaban “suyus”, recreando así costumbres ancestrales que aún se mantienen en las comunidades andinas para los trabajos en la agricultura o las transformaciones de los canales acuíferos, entre otras tareas comunes comunitarias.

En el desnivel, entre diferentes especies de árboles, había un ciruelo, cuyos frutos muy pequeños y dulces eran un atractivo más del espacio para aquellos que sabían que existía. Cuando la ocasión lo requería aparecían disimuladamente con recipientes llenos de ciruelas; así lo hacía Gualberto en las reuniones más privadas de la familia hegemónica.

El extremo de esta zona que da a la vía del funicular tiene un foso longitudinal a la pared que impide el ingreso en la vía. Con el tiempo los ocupantes fueron rellenando el lugar con escombros y tierra que sacaban del extremo oeste del campo a medida que lo nivelaban.



Fig. 30. El desnivel de la zona norte. Se aprecia a los jóvenes usuarios del espacio organizados por grupos (suyus) realizando labores de limpieza.

Muy cerca de ese lugar, donde el campo conforma la esquina del este, hay un pequeño árbol debajo del cual se ubicaba una pareja que vendía empanadas y cervezas. José Luis es originario de La Paz y había vivido cerca de diez años en Santa Cruz antes de llegar a Barcelona, conformando esos trayectos que suelen empezar primero en el territorio nacional. Su mujer había migrado a Cochabamba, pero es originaria de Oruro. Junto a ellos, casi en el córner noreste y detrás de algunas piedras que prácticamente no cubrían más arriba de las rodillas, algunos jugadores solían cambiarse de ropa, habitualmente eran los mismos equipos que se cambiaban en ese lugar.

Escena 10: el trabajo en grupo. Agosto de 2008. El desnivel que separaba la pendiente del llano donde se proponían distintas acciones, tenía como límite una hilera de piedras de importante tamaño. Las mismas habían sido colocadas por los ocupantes en las diversas obras de transformación espacial. No era fácil transportarlas, necesitaban varias personas en dicha acción además de algunos

útiles, como los listones de madera necesarios para hacer palanca. La necesidad de un espacio acorde implicaba este tipo de transformaciones, porque las piedras, además de ejercer de límites de espacios más amplios, también servían como punto de encuentro de los grupos pequeños, conformando espacios más reducidos ocupados por personas con vínculos más fuertes. Allí se colocaban para cambiarse algunos equipos. El de César Mejías era uno de estos.

Escena 11: el huerto de especias usadas en origen. Final del período de estudio (2010). Durante la semana y no en domingo, se podían efectuar acciones menos visibles. Entre estas estaba el cuidado del huerto. La mujer de Gualberto tenía allí el suyo que cuidaba con esmero pero de forma de que pasase desapercibido, por esta razón no tenía canteros, ni estaba pulido; era un huerto entre zarzas difícilmente detectable para quien no supiera de su existencia. Aquello que plantaban eran especias, especialmente quinquina, que podía ser atractiva para otras personas de la comunidad porque son difícilmente obtenibles en Barcelona. La quinquina es una especia que usan para los condimentos de las comidas típicas bolivianas: se utiliza en ensaladas y especialmente en la salsa picante con tomate, muy habitual en la mesa originaria.

Escena 12: de juegos infantiles. Los niños jugaban en el lugar donde a veces aparcaban los coches. Era la zona que quedaba entre el lateral del campo y donde se ubicaba la gente espectadora. No parecía ser la zona más adecuada porque los pelotazos provenientes del campo de los mayores solían cruzar este espacio contiguo. Sin embargo los mayores dejaban a los niños estar, sin contemplar esa posibilidad de riesgo. No había –especialmente al principio del estudio- niños que sobrepasasen los seis años. La mayoría tenía menos y algunos bastante menos. Pero no eran juegos organizados, así como jugaban se dispersaban y realizaban otro tipo de juegos en otras zonas.

Escena 13: la tarde se alargaba en tertulias nocturnas. José Luis, *el Paceño*, vendía comida en la zona cercana a la vía del funicular y se había quedado bebiendo hasta tarde esa noche del sábado estival. Su mujer, cochabambina de adopción y orureña de nacimiento, se encargaba de traer las latas de cerveza que la pareja vendía a quienes habían decidido quedarse a beber esa noche.

Los sábados el uso del espacio era más abierto a otras personas que no pertenecían a la comunidad, no se realizaba la liga e iban rotando de distintas

maneras: a dos goles, a un gol, etc. El juego era autoorganizado y con asiduidad, José Luis –que era un buen central- jugaba hasta que el sol se escondía. Más tarde las pláticas soliviantadas por el alcohol, se extendían sin que pareciese que quedase algún tema por tratar. Allí también se generaban estrategias, se consolidaban pactos, se urdían a veces actuaciones que no siempre iban en consonancia con las del grupo hegemónico.

Escena 14: el lugar servía como vestidor al equipo de César. El último equipo en que César Mejías participó se ubicaba junto al tenderete disimulado de José Luis. Era un buen portero y en función de la temporada fue cambiando de equipos, porque su carácter no le permitía demasiadas condescendencias con aquellos que pudieran poner en duda su competencia. El equipo en que duró más tiempo fue el Cosmos, de camiseta negra y roja. Habitualmente tomaba la iniciativa en los entretiempos dando consignas tácticas, aunque mayormente se esmeraba en las anímicadas. Marcaba especialmente las debilidades de los contrarios y las de su equipo, de manera de ajustar tanto la defensa como el ataque. Se jugaban mucho, porque los premios al primer clasificado rondaban los mil euros.

VII.3.4. La zona sur, preferencial y abrupta

Aquí, la orografía del espacio parecería que se mantenía parecida a cómo la dejaron en su momento los antiguos ocupantes. En ese lado sur la montaña se pronuncia de manera notable, probablemente veinte metros o más. En el lado oeste de la misma hay una especie de repisa de unos treinta metros cuadrados de superficie y cuatro o cinco de altura, conformada por dos muros de soporte: uno que es paralelo al campo de juego y otro perpendicular al mismo, que comienza en la pared de la montaña. Durante el tiempo de nuestro trabajo fue poco utilizada, a lo sumo algunos subían para usarla como lavabo.

No parecía haber sido construida por los antiguos ocupantes, porque su muro de contención frontal es una obra que probablemente superaría las posibilidades de aquellos. Es el mismo muro donde en su parte de abajo se sentaban los árbitros. “Allí arriba mis tíos tenían una chabola, ellos eran los ‘okupas’ de antes de manera continuada, de la misma forma que esta gente lo es durante los fines de semana...” sostenía Paco, uno de los jóvenes que llevaban a pasear a sus perros durante la semana y también algunos sábados por la tarde. Paco, contrariamente a otros paseantes de perros, parecía tener simpatía por los jóvenes ocupantes.

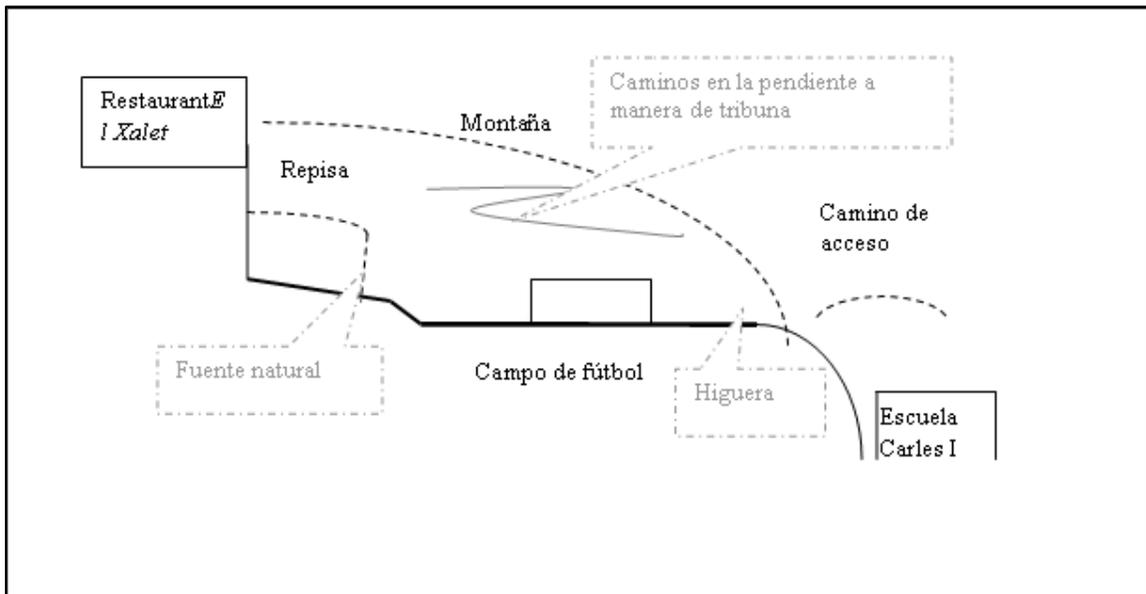


Fig. 31. Corte transversal observado desde el este; a la izquierda, la zona sur.

Para acceder a la repisa hay que subir una escalera de doce escalones de hormigón, angostos y medio derruidos, entre dos paredes del mismo material pobladas de zarzas y enredaderas. La humedad provocada por las fuentes naturales de agua la humedecen y habitualmente el barro no facilita la incursión. Desde la parte superior se podían apreciar las evoluciones de las personas que jugaban al fútbol, además de tener una buena visión panorámica de todo el espacio.

En el fondo de la repisa, la pared sur de este espacio a modo de entresuelo sigue elevándose unos cuantos metros más hasta la cima, donde se ubica el mirador del espacio, junto al restaurante El Xalet. La repisa estaba llena de plantas silvestres y, habitualmente, tenía restos de basuras de algunas personas que furtivamente solían habitarla. Colchones viejos se disimulaban entre las zarzas que también escondían escombros de anteriores construcciones precarias.

Junto a la escalera de acceso encastrada en el muro de sostén, un manantial natural vertía un hilo de agua que salía de la montaña por un agujero horadado en la pared. Es habitual encontrar en esta zona diferentes acuíferos de dudosa pureza, porque las sustancias contaminantes que se desprenden del entorno actual, seguramente inciden en la composición del agua. Pero esa probable contaminación no era óbice para que los usuarios la bebieran o se refrescaran cada vez que finalizaba un partido.



Fig. 32. Plano de la zona sur desde la zona de los árbitros a la vía del funicular.

Durante un tiempo, los jóvenes ocupantes canalizaron ese manantial con un tubo de plástico que terminaba en un grifo. Solían retirarlo cuando se acababa la jornada deportiva y al llegar por la mañana de cada domingo, quitaban el tapón a rosca que le habían puesto para que el agua no se perdiese y colocaban el grifo. Habitualmente, la mayoría de las veces que llegaban ese tapón no estaba. Era la manera de oponerse a esa ocupación que tenían sus adversarios, aquellos que no querían que estuviesen en ese lugar. Cada domingo pasaba lo mismo y no había manera de encontrar a los profanadores del espacio. El agua se vertía sobre el campo, dejando la mitad sur totalmente embarrada, hecho que perjudicaba el desarrollo de los partidos, especialmente por el contraste con las zonas áridas y polvorientas de la zona norte, donde el agua no llegaba.

En los dos tercios restantes a partir del muro perpendicular de la repisa el espacio es mayor, con lo cual favorecía mayores acumulaciones de personas. Esos dos tercios de espacio tienen árboles cuya sombra favorecía su ocupación para charlar y reunirse. Además, en tanto que es una zona más alta que el campo, facilitaba la observación de los

partidos. Junto a esos árboles se instalaban habitualmente dos puestos informales de venta de comidas típicas: uno de origen colla y el otro de origen camba.



Fig. 33. Vista de la zona sur donde se aprecia el restaurante El Xalet en la parte alta, la repisa cubierta de enredaderas y el muro donde se ubicaban los árbitros. A la izquierda la zona más profunda en forma de talud arbolado, en cuyo extremo se aprecia el muro que separa la vía del funicular.

El extremo oeste, limitado por el muro frontal de la repisa, deja un pasillo de un metro para estar entre el campo y el muro. Allí se ubicaban algunos equipos para cambiarse, aunque era la zona preferida y lugar casi propio de los árbitros. En ese muro de contención a partir de 2008 los árbitros habían pintado “CIUBB” (Centro de integración Unamos Bolivia Barcelona), con un dibujo alegórico a la escuela de fútbol Zapatos Rotos que nunca llegó a concretarse del todo. Pero los tiempos cambian y las ilusiones también, de manera que durante el verano de 2009 ese antiguo mural estaba casi tapado por las enredaderas de hojas verdes y flores lilas que caían desde la repisa cuyo muro sostiene.

El otro extremo, junto al muro del funicular, más profundo, también tenía graffities de otras personas ocupantes provisionales de otros momentos. El muro se interna en dirección a la pared del fondo del espacio, dejando un lugar a mayor altura donde se ubicaban algunas personas. Siguiendo el recorrido del muro e internándose hacia arriba en medio de zarzas hay otra repisa pequeña, casi inaccesible si no fuera por un camino que los mismos ocupantes hicieron. Ese lugar medio escondido entre vegetación y oscuridad fue

el que durante un tiempo se usó como almacén, depositando las porterías, las redes, la cal para pintar el campo de juego y algunas herramientas.

En el medio de la zona sur había otro lugar preferente que competía con el de la zona de ingreso junto a la higuera. Hasta 2010, en esa zona sur había una valla metálica vieja y oxidada que utilizaban como mesa de control. A modo de banco disponían de un tablón, resquicio de las antiguas pistas de petanca que anteriormente se ubicaban en el terreno, con dos piedras debajo que lo sostenía. En ese lugar los responsables de la coordinación llevaban las planillas de los partidos. Pero además de este uso, la valla metálica tenía otro: servía para alisar el terreno de juego. Enganchándola a un coche la llevaban de un lado a otro del campo, dejando el mismo en condiciones para jugar.

En 2010 esa precaria mesa de control ya no se utilizó como tal, sustituyéndose por una gran mesa de cemento, muy similar a un altar, donde se ubicaban los gestores de la liga que no siempre eran los mismos. Los bancos también los habían hecho de obra, ya no tenían que sentarse en un tablón. Allí se reunían, presentaban las credenciales previo a los partidos, hacían los pagos en metálico y se dirimían las cuestiones de la competición.

Escena 15: reunión familiar de un sábado cualquiera. Un sábado al mediodía Oscar, María Eugenia, Gualberto y su mujer -además de otros componentes de la familia y sus niños- hacían fuego en la zona de los árbitros, junto a la pared de la repisa. Con sombra y la fuente natural a pocos metros, el lugar parecía adecuado para tal menester. La carne asada se complementaba con ensaladas. De repente llegó Gualberto con un cubo lleno de ciruelas verdaderamente ecológicas porque pertenecían al árbol ubicado en el desnivel de la zona norte; aunque de tamaño reducido, tenían un gustoso sabor dulce que animaba a repetir la consumición.

Escena 16: Nela y la familia asociada. Probablemente quienes tuvieron mayor regularidad en el campo fueron los vendedores informales procedentes de Santa Cruz. Era una sociedad entre Nela y su hijo y otra familia compuesta por una pareja y dos jovencitos. El grupo funcionaba de forma eficiente: cuando Nela no podía asistir porque durante la semana trabajaba como doméstica y su familia contratante se trasladaba de vacaciones, lo hacía la pareja que habitualmente tenía en sus hijos una ayuda en la venta y también en el transporte de los comestibles.

Nela es argentina, pero desde hace muchos años se trasladó a Santa Cruz, donde vivía con su marido cruceño. Las cosas no fueron bien y él marchó a los Estados Unidos. De los cuatro hijos del matrimonio tuvimos la oportunidad de conocer en Santa Cruz a Pablo, quien con poco más de veinte años se hacía cargo de su hermana menor. Al otro hermano lo conocimos en Barcelona.

Llegar hasta la ubicación donde tenían el puesto implicaba un esfuerzo mayor del que podía significar acceder a la entrada del espacio. Había que cruzar el campo y subir el talud, para después pertrecharse detrás de un precario mostrador. Habitualmente llegaban con un carrito de la compra lleno a rebozar y otras bolsas llenas de alimentos complementarios. En la parada, cuya estructura se afirmaba sobre una tabla a modo de mostrador bajo, solía haber un pote de mayonesa, otro de salsa picante y una jarra de moco-chinchi; desde debajo del precario mostrador sacaban las empanadas o la carne preparada que el cliente alineaba a discreción con los condimentos expuestos en primera fila.



Fig. 34. El puesto de venta de Nela y su familia asociada.

Escena 17: el talante más impositivo de algunos cambas. El equipo de los cambas se cambiaba en esta zona sur. Allí solía haber más barullo de lo habitual. Daban la impresión de estar siempre contentos y habitualmente no pasaban desapercibidos. Parecía que la actitud reservada de los collas, en muchos casos llevada casi hasta de introspección, contrastaba con esa alegría medio impostada de los cambas. Los componentes de la mesa de control parecían estar ciertamente tensos, había habido un problema con una decisión

arbitral en contra de ese equipo. Uno de ellos se acercó a la mesa y de manera autoritaria le increpó al chico que llevaba la organización ese momento. Sus palabras fueron muy duras y tenían que ver con la condición de uno y otro.

Escena 18: una “broma” cargada de prejuicios. En esta zona se daban las mayores interacciones entre collas y cambas. Si bien parecía que todo se llevaba con normalidad, cada vez que podían, unos y otros manifestaban sus disconformidades con los integrantes “del otro lado” de Bolivia, incluso diciéndose cosas a la cara. En una charla en grupo, uno de los jóvenes collas en tono de broma dejó caer: “¿sabes?, cuando a una mujer cambia le dices siéntate, ella se echa...”, dejando constancia de esa idea preconcebida que algunos del occidente entienden sobre la mujer cambia. Pero esa “broma” machista no es patrimonio exclusivo de unos; por lo general la mayoría, de un lado y de otro, suele tener este tipo de prejuicios.

Escena 19: nuevas problemáticas entre unos y otros. César observó que los jugadores del equipo cambia tenían un balón de su propiedad, de manera que le dijo a uno de los jugadores cruceños -mientras éste hacía la presentación de documentos en la mesa de control-, que se la devolviese.

El otro le contestó:

- ¿No ves que la tenemos nosotros?
- Sabes que es nuestra, el otro día se nos cayó en la vía.
- Haberla ido a buscar, ahora es nuestra.

César se calló, quizá pensó que no valía la pena seguir la discusión.

VII.3.5. La zona sureste que hace de frontera con la vía del funicular en su parte este.

La pared de obra que cierra el espacio por el este protegiendo a las personas de la vía es contundente, parece infranqueable. Tiene además una prolongación mediante una valla de metal que aumenta su altura. Los trenes del funicular suben y bajan constantemente y el espacio en la vía es reducido, de manera que si alguna persona se atrevía a entrar estaba en verdadero peligro. Hubo algunos chicos cochabambinos que la traspasaron para ir a buscar las pelotas que caían en la vía, pero a partir de finales de 2007 las autoridades responsables del funicular aumentaron la altura de esa valla superponiendo otra aún más alta. A partir de ese momento la mayoría de los jóvenes se vieron disuadidos porque fueron tomando conciencia del riesgo a que se enfrentaban, no porque

no la pudieran saltar; no obstante siempre hubo algunos más osados que saltaban igualmente.

Como mencionamos antes, previo al muro había un foso paralelo que los ocupantes fueron rellenando desde el comienzo de la apropiación. Con el tiempo fue perdiendo profundidad porque la tierra que removían de la zona oeste, más alta, iba a parar a ese foso que les venía ideal como lugar de almacenamiento de tierra. La depresión era peligrosa para la seguridad física de los jugadores cuando por la velocidad adquirida en el fragor del partido se sobrepasaba unos metros más de la cuenta la línea de gol. Pero si bien hubo alguien que terminó en el foso, no podía decirse que ese lugar fuese verdaderamente peligroso.

Las ocupaciones aleatorias durante la semana alternaban también las formas y el decorado del espacio. El muro era un aliciente interesante para los grafiteros que fueron cambiando la fisonomía del mismo durante el período en que nos tocó convivir en el espacio. Los emblemas y leyendas fueron diversos, al principio eran grafitis más convencionales con dibujos llenos de colores, pero al final del período de trabajo dejaron alguna leyenda más comprometida políticamente, responsabilizando a los políticos de turno de los problemas que la crisis había traído a las clases trabajadoras.

La cercanía del muro con el campo se hacía mayor a medida que se avanzaba hacia el sur, es decir hacia el lateral preferente donde aumentaba la pendiente. En este lugar la distancia entre la línea de gol y el muro no superaba los tres metros, mientras que en el córner noreste era de siete u ocho metros aproximadamente.

Escena 20: recreando ritos andinos. María Eugenia solía presumir de la sabiduría de su madre, quien le había transmitido el ritual de la Q'oa. Los primeros viernes de cada mes, por las tardes, se acercaban al espacio a realizarlo. Las lesiones que habían ido sucediéndose en esa esquina sureste no presagiaban algo bueno, había que tomar algunas previsiones. “Los viernes hacemos la Q'oa para que nos vaya bien. Ese lugar es problemático, ha habido muchas lesiones. También para que nos traiga dinerito”. Pero no quería hacerla otro día que no fuera viernes, “el día del Señor”. Para eso le traían los preparados que su mamá le mandaba desde Viloma: confites, la hierba aromática que se quema, serpentinas... “todo bien guardadito para ofrecerle a la Pachamama”. Ella iba a cuidar de que no se volvieran a lesionar en esa esquina.

Cuando estuvimos en Viloma, su madre nos dio el preparado que le trajimos a María Eugenia.



Fig. 35. Junto al muro del funicular, Félix comprando en el puesto de venta cochabambino.

Escena 21: la competencia; el puesto de venta de comidas cochabambinas.

A pocos metros del puesto de venta de comidas cruceñas había otro que llevaba una señora cochabambina y su hija. El mismo, junto al muro que delimita la zona y detrás del cual pasa la vía del funicular, tenía su clientela habitual, pero habitualmente lo que hacía la gente era alternar en ambos puestos; a veces le compraban a la señora cochabambina y otras a Nela y sus socios.

No parecía que hubiese buena relación entre ellos, la competencia era difícil de sobrellevar. Sin embargo siempre cuidaban las formas. A partir de 2008 la señora cochabambina regresó a Bolivia y, cuando parecía que no iba a haber más competencia, después de unos meses, apareció la hija a rescatar ese lugar de venta. No le hacía gracia al socio de Nela, pero no tenía demasiado que decir, la hija de la señora estaba en su derecho. No obstante había una especie de pacto no explícito: si el grupo de Nela vendía comida cruceña, estas personas expendían comida típica de Cochabamba.

VII.3.6. La zona deportiva

El campo no dejaba de ser remodelado, sus últimas dimensiones de cuarenta metros por treinta parecía que conformaban las expectativas, porque las modificaciones siempre iban

en pos de una mejora que permitiese una práctica adecuada. Al comienzo, el firme tenía un desnivel que aumentaba hacia el este, y el propósito de los ocupantes habitualmente pretendía mejorar este problema con los traslados de tierra comentados anteriormente.

En el mismo, además de las evoluciones futbolísticas alternadas entre hombres y mujeres, hacían otro tipo de actividades, entre ellas, algunas organizadas por el grupo de los árbitros, que solían ir por cuenta propia. En esos momentos de actividades compartidas el espacio central pasaba a ser de todos: jugadores, público, niños y acompañantes. También ese espacio tomaba relevancia cuando se realizaban las entregas de premios. Los flujos de las personas mantenían ciertos hábitos adquiridos y si tenían que trasladarse de norte a sur o viceversa, solían hacerlo pasando por detrás de las porterías, aunque el juego no estuviese en activo.

Escena 22: la única reyerta de que tenemos constancia. El fútbol se desarrolla en su máximo esplendor. Habitualmente hombres y mujeres jugaban sin dejarle demasiada opción a la reserva, poniendo mucho de sí, porque no se jugaba solamente por jugar; allí en el campo se dirimían muchas veces otras disputas pendientes. Un domingo de julio de 2007 se jugaba la final de la liga y, mientras Yildo se ocupaba del arbitraje en el lateral norte, Jhonny lo hacía del lado montaña, en el sur. La tarde ya había comenzado a insinuarse, también los efectos del alcohol, porque por las tardes, siempre, sin excepción, los efectos del alcohol son mayores. Es durante las tardes, donde el relajamiento parecería que anima al consumo sin medida, como si por una norma no explícita estuviese mejor visto dejarse caer en una cerveza tras otra porque después no habrá partidos y sólo queda llegar como se pueda hasta el domicilio particular.

A Miranda, del Vichama, le golpearon con el codo en la mandíbula y se quejó a Yildo, enseñándole que sangraba. Otros jugadores se acercaron, pero no parecía que fuese a ir a mayores.

Un grupo de cambas, no los de siempre del Real Camba habitual en la liga, sino otros pertenecientes a un equipo que puntualmente había participado, estaban fuera del campo lo suficientemente bebidos y quejándose de un arbitraje anterior, en el cual decían haber sido perjudicados. Según decía Jhonny, los cambas aprovecharon el jaleo organizado por el incidente de Miranda, invadieron la cancha y empezaron a repartir golpes a diestra y siniestra, como si el lío fuera con ellos. Poco a poco se fueron generando diferentes grupos de

peleas dispersos en el campo de juego. “Las mujeres cambas cogieron palos, y amenazantes, los levantaban como si nos fueran a golpear”, sostenía Jhonny. Según sostenían otras personas, Gualberto intentó poner cordura y recibió más de la cuenta, terminando en el foso junto al muro del funicular. Yo estaba en Bolivia y me había perdido la única escena de violencia importante que se había generado en el espacio.

La revuelta duró pocos minutos. Se acabó cuando se escucharon las sirenas de los coches de policía. En ese momento, todos como si estuviesen coordinados, se dispersaron en pocos minutos. Solamente el camino de acceso comunica con el exterior. ¿Habrían utilizado otras salidas? Probablemente. Las vías que pueden utilizarse en una situación de emergencia suelen ser las más inverosímiles.

Como se ha podido observar, en el espacio y sus rincones se recreaba aquello que traían consigo y se generaban nuevas formas de darle sentido a sus vidas. En un espacio local cargado de condicionamientos de origen y destino cristalizaban el negocio informal, las discriminaciones de género, la constatación de muchos de pertenecer a familias transnacionales con varios destinos, la rivalidad entre “las dos bolivias”, los distintos usos y las transformaciones espaciales desatendiendo las normativas de destino, las rivalidades y conflictos, las relaciones con la policía y/o las gestiones con las administraciones.

El espacio protegía así un conjunto microsocial imbuido de transnacionalidad carenciada, donde la diferencia con las personas de destino no solamente se reflejaba en las socializaciones que traían, también en esa condición de migrantes pobres. Y es cuando se constata que la necesidad del espacio es primordial, no para “integrarse” solamente, sino también para sobrellevar “esa herida difícil de cicatrizar”, como sostiene Said (2005 [1984]), que es la situación de migración.

VIII. Lugares sociodeportivos en origen.

En este capítulo pondremos énfasis en los espacios sociodeportivos “de allá”, sus entornos citadinos y/o rurales que los condicionan y algunos usos de los mismos que pudieran favorecer el entendimiento de sus recreaciones en los espacios exteriores barceloneses. Inevitablemente salen a relucir nuevamente personas vinculadas a las de Barcelona, como estudio condicionado por la transnacionalidad de las redes sociales; la condición “aquí y allá” está presente en cada momento y en cada lugar.

Esos espacios han sido creados en su mayoría, no de forma distinta a como fueron creados algunos de Barcelona durante la inmigración interna. Las voluntades coordinadas de personas del barrio y del pueblo cristalizaban en esos lugares necesarios. Posteriormente, de la misma manera que en Barcelona, en las ciudades más importantes como Tiquipaya, los municipios se hicieron cargo de continuar con esas voluntades primigenias. Varios de los espacios deportivos del Valle Bajo no han sido el fruto de un proyecto donde los técnicos tuviesen el papel principal, fueron los propios usuarios quienes generaron esos espacios apropiándose primero de los terrenos y cambiándole la catalogación de espacio físico por la de lugar.

VIII.1. Tiquipaya: entre lo rural y lo urbano. Instalaciones deportivas del río Kora.

Las ciudades y pueblos relacionados con este trabajo no tienen las mismas características: Tiquipaya es prácticamente una extensión de Cochabamba, donde hay algunos lugares más rurales y otros donde las clases altas han conformado sus urbanizaciones perfectamente aisladas por muros difícilmente salvables. Pero a medida que se va hacia el suroeste, la ruralidad empieza a observarse en cada persona, no en algunas o en muchas como en la capital. Entonces lo campesino y lo indígena (que para algunos es la misma cosa) se generaliza. Más allá de Tiquipaya está Quillacollo, otra ciudad intensa y si se quiere, más pobre. Es un centro de comunicaciones donde los buses y taxis compartidos hacen sus paradas y desde donde salen para otras localidades; es, además, una ciudad comercialmente importante, en la cual destaca el Mercado de Cereales y cientos de negocios, algunos más oficiales y otros -la mayoría- más informales. A partir de esta ciudad la ruralidad se intensifica, la pobreza se generaliza y solamente se encuentran esparcidos puntualmente en su geografía algunos lugares con indicadores de que la gente de allí lo pasa algo mejor.

Tiquipaya¹³ es un municipio perteneciente a la “tercera sección” de la provincia de Quillacollo, cuya cercanía con la capital departamental, Cochabamba, le ha dado unas características peculiares. Su ingente crecimiento demográfico ha ido transformando en los últimos años una zona eminentemente rural en urbana.

¹³ El municipio de Tiquipaya fue instaurado por el Congreso Nacional -mediante la aprobación de un decreto del presidente Hernán Siles Suazo- el 23 de septiembre de 1950.



Fig. 36. El gran Valle Bajo al oeste de Cochabamba, donde se aprecian las poblaciones vecinas de procedencia

Es habitual cruzarse por las calles de Tiquipaya con gente cuya indumentaria y corporeidad la delata como campesina, alguna de la cual solamente vive con aquello que produce y otra que usa el mercado principal para vender los productos agrícolas que ha generado con su trabajo. También hay quienes parecen tener buena competencia para el comercio y que escenifican un perfil más urbano. Lo atractivo para el forastero podría estar en la diversidad menos difusa de la que puede tener una ciudad europea. Aquí oscila entre personas de apariencia más o menos rural y más o menos urbana.

La planificación morfológica de la ciudad está condicionada por diversos factores que se han traducido a partir de las nuevas políticas en la gestión del suelo, en la distribución de un bien preciado pero no bien compartido como el agua y en la gestión de los espacios de una ciudad que tiene perspectivas de progreso, pero que mantiene muchas deficiencias que urgen y aún se encuentran en proceso de mejora.

La población del municipio según el Instituto Nacional de Estadística de Bolivia (2001) no llegaba a las cuarenta mil personas entre las tres zonas: la rural de los valles, la rural de la montaña y la urbana, mientras que la población proyectada en 2004 superaría ampliamente las cincuenta mil personas. Si bien de la tasa de migración no hay datos fidedignos, como indicador y según nos decía Jhonny Paris, la mitad de su promoción de

medicina está en Barcelona y, a medida que la capacitación profesional es menor, la diáspora económica tiene connotaciones mayores.

En las zonas rurales de altura hay carencias destacables en equipamientos educativos, de salud e infraestructuras mínimas de agua potable. En otras zonas, las del valle, alternan tres ámbitos de realidades: la parte más agrícola, la propiamente urbana y una intermedia que -en esferas de la administración municipal- denominan “en proceso de transformación urbano”. En todas hay verdaderos retos a conseguir en saneamiento, educación, sanidad, asistencia a la producción, infraestructura de caminos, iluminación y también, entre otros, en equipamientos deportivos.

En los espacios deportivos se han podido ir consolidando nuevos logros que, comparativamente, parecen mayores que en otros ámbitos. Uno de estos logros es el estadio de fútbol que, en octubre de 2009, estaba a punto de finalizarse; otro, el “coliseo” (polideportivo) situado en la zona céntrica de la ciudad. Las instalaciones deportivas del Río Kora, a las cuales hemos hecho referencia por las declaraciones de Erasmo y Jhonny, han surgido del empuje de la gente que fue ganando espacios poco utilizados transformados en su tiempo libre. Son lugares de marcado acento social, donde la gente según sus edades se relaciona de distintas maneras.

Junto al polideportivo está el Ayuntamiento, la iglesia, el colegio católico, la plaza principal y el mercado, verdadero centro neurálgico con gran movimiento de personas por las mañanas. Durante las tardes ese discurrir enérgico de su gente comienza a amainar.

El mercado de Tiquipaya. La vida de la mañana es intensa, llena de convenciones aceptadas y con poca previsibilidad de lo difuso que caracteriza a las grandes urbes. El color de las vestimentas típicas modifica el ambiente, dándole un aire pintoresco que el visitante posiblemente es capaz de captar con mayor facilidad que el lugareño. Las frutas no siempre conocidas por aquél, alternan con otros productos cosechados recientemente. No parece que haya una infraestructura de mantenimiento alimenticio como cámaras frigoríficas de gran envergadura, lo que sugiere que los productos son frescos. Verduras, cereales, maíz... mucho maíz, porque es la zona de máxima producción, alterna con los puestos de venta de carne. Es curiosa la manera de exponer los cereales: no los sacan de sus bolsas, sino que abren las mismas enrollando el



Fig. 37. Contexto urbano de Tiquipaya

extremo de la boca hacia el fondo a medida que el producto se va despachando, a la antigua usanza; emulando los mercados antiguos, los productos se enseñan al público a partir de la boca de esas bolsas de arpillera que los contiene. El orden de las mismas, estructurado en hileras, permite ir pasando entre ellas por estrechos senderos que conducen inevitablemente a otro puesto, hasta que se llega al final del recinto, desde donde se vuelve a tomar otro camino paralelo al anterior para volver. En pocos metros los aromas de los productos expuestos se van sucediendo y hacen del paseante momentos agradables que no sólo se remiten a la vista, sino también al olfato.

Entre los grandes montones de frutas -estas sí sin sacos que las contengan y expuestas en forma de pirámide- aparecen los sombreros de las cholitas que suelen estar sentadas en la misma postura simétrica y fetal durante horas sobre bancos bajos que no les cubren la dimensión de sus glúteos. El carácter interiorizado de sus posturas y actitudes podrían dar algún indicio de sus socializaciones corporales comunes.

El mercado, que ocupa un lugar central detrás de la alcaldía cuyo frente da a la plaza, no mantiene la simetría de las calles que le suceden a ésta. Su forma rectangular se impone en medio de las calles de tierra que su propia simetría rectangular dibuja. Es como un parche que corta dos calles dejando la del norte como arteria principal. En esta hay más tránsito que en la que le separa de la alcaldía.

El lado oeste del mercado linda con el Coliseo Municipal Walter Claros, un polideportivo techado, inaugurado en septiembre 2003, financiado por el gobierno venezolano. Es un lugar que se presta para distintos eventos que van más allá de las competiciones deportivas. Un techo de zinc cubre toda la instalación, mientras que los lados, más arriba de las gradas, no tienen protección alguna. Probablemente es porque la climatología augura temperaturas medias; el frío no se hace presente como en otras latitudes salvo en la noche y, habitualmente, es soportable.

Escena de una madre campesina. Frente al mercado, la cholita se acercó al conductor del camión y le preguntó algo señalando la parte trasera; éste asintió. La mujer se aproximó a la parte lateral de la caja y levantó la mano derecha sobre su cabeza para ajustarse el aguayo, donde llevaba un niño muy pequeño que apenas sacaba su cabecita del mismo. Levantó el pie izquierdo ajustándolo a una de las maderas de la caja, se sujetó más arriba con ambas manos y

después de una pausa, tomó impulso quedando en situación de trepar. Enseguida, encadenando el esfuerzo de piernas y brazos se enfiló por los travesaños de madera de la caja del camión que apenas se insinuaban a modo de escalones. La acción de trepar alternando primero un pie y luego el otro estaba coordinada con las sujeciones de las manos más arriba. Al llegar al borde superior de la caja del camión, levantó su pierna derecha procurando que su falda con enagua y encajes no se enganchara y, sin temor aparente, pasó la pierna al otro lado, donde hizo un alto. Arriba, en ese punto más alto del recorrido y sentada a horcajadas, acomodó al niño que se había volcado algo hacia la izquierda de su espalda y, con una destreza poco previsible, se dejó caer hacia el interior de la caja. Mientras tanto, el camionero que estaba al caso de las evoluciones de la joven mujer mirando por el retrovisor, arrancó cuando comprobó que ya estaba segura.

Desde el centro hacia el oeste: el campo Donald Kemper.

A partir del Coliseo y hacia el oeste, una calle lleva al cementerio en veinte minutos de caminata. El paisaje medio urbano, medio rural, se encarga una vez más de darnos una idea de cómo es la vida en esta ciudad. Gente que probablemente se conoce de vista transita por las aceras que no siempre existen. Hay momentos en que éstas se transforman en caminos de tierra ciertamente angostos que permiten el paso solamente a una persona. El tránsito vehicular se limita a algunos taxis y poco más, de manera que caminar por la calle es una posibilidad que se lleva a cabo con frecuencia.

Las canalizaciones a ambos lados de las aceras que bajan el agua desde las montañas del norte, son como acequias que se sotiegan cuando llegan a las esquinas, para volver a aparecer una vez pasada la calle. Hechas de hormigón, tienen más de medio metro de ancho por otro tanto de profundidad. Sus aristas, muy marcadas, pueden tener cierto riesgo para los transeúntes, especialmente por la noche cuando merma el alumbrado.

Más allá del cementerio está el campo de fútbol Donald Kemper. A su lado, entre la vía principal y el gol norte del propio campo de fútbol, hay una pequeña pista polideportiva de carácter eminentemente público, en el cual los chicos de la zona juegan de manera libre a lo que se tercié: fútbol o baloncesto. En el campo de fútbol, según las palabras del responsable de deportes, juegan una liga privada, aunque no tienen que pagar por la instalación ya que la misma es de “la comunidad”.

El campo es de hierba y se mantiene en toda la dimensión del mismo. El tipo de hierba fina hace pensar que tal vez no haya sido plantada, sino que crece de forma natural. El mantenimiento del campo a cargo de la alcaldía se cumple a medias, ya que no parece bien cuidado. El entorno, circundado por eucaliptos y sauces, conforma una imagen ciertamente bucólica. Junto al lateral este y en medio del mismo, hay un cobertizo de ramas secas de eucaliptos con cuatro postes verticales de troncos que le sostienen. Sugiere ser un lugar de privilegio donde se colocan las personas encargadas de gestionar la liga.

Con unas dimensiones más reducidas de lo convencional y algunos espacios de hierba externos y poco cuidados que sirven para acoger al público, el campo se estructura perpendicular a la calle que le acoge por el norte, la misma que viene desde el centro de la ciudad. Tiene una puerta de hierro de la cual cuelga, medio oxidado, un cartel que anuncia “Campo Deportivo Donald Kemper. O.T.B. Collcapampa. La Floresta”. Irónicamente, los laterales no tienen ningún tipo de valla que impida el acceso a la vetusta instalación.

En el campo Donald Kemper jugaban al fútbol de nueve participantes, porque las medidas, aún siendo reglamentarias, eran algo escasas. Es habitual que los organizadores cambien la cantidad de participantes oficiales y regulen la cantidad de personas que participan, manteniendo una relación con el espacio. Así, si es más pequeño, la cantidad de jugadores disminuye. Los organizadores de las ligas populares adaptan las reglamentaciones a las posibilidades que ofrecen las instalaciones. Y estos cambios no son un impedimento para la inscripción de los equipos, al contrario, muchas veces los cambios en el reglamento se proponen para favorecer la participación de un número mayor de personas.

En el espacio de Viloma Montjuïc, las posibilidades del terreno favorecían la participación de seis jugadores y no de cinco, como prescribe el reglamento de fútbol sala; pero esto no era un impedimento, al contrario, jugaban seis y mantenían las otras normas. Los objetivos condicionan las normas y no parece que vayan a cambiar lo que hay para adaptarse a las mismas, sino que hacen lo más fácil: adaptan las normas al espacio con que cuentan, contrastando con la tendencia que parecería que tienen algunos técnicos de las administraciones locales en Barcelona.

Desde el centro hacia el sur: el Estadio Ecológico.

Durante poco tiempo de marcha a pie en dirección sur se llega al Estadio Ecológico, casi afuera de la ciudad. Los promotores del deporte con quienes tuvimos la oportunidad de charlar lo proclaman como una obra de envergadura. Como muchas de las construcciones de la ciudad, estaba medio terminar, inaugurándose en mayo de 2010. En esta instalación mayor se practica el fútbol de la liga organizada por la alcaldía. No es un estadio de uso libre porque las competiciones deportivas tienen un carácter oficial, hecho que limita las posibilidades de desarrollo de este estudio; no obstante es un referente deportivo y, como tal, es necesario dejar constancia de su existencia.

Desde el centro hacia el este; las instalaciones deportivas del río Kora.

La calle norte del mercado continúa hacia el este en dirección a los campos del río Kora. A cien metros del mercado se ubica el hospital de Tiquipaya, donde trabajaba Jhonny Paris. Trescientos metros más allá empieza a divisarse la zona deportiva del río Kora, pedregoso y seco en verano y caudaloso en puntuales momentos del invierno.

En la zona hay cuatro campos de fútbol, una pista polideportiva muy sencilla y más pequeña de lo habitual, dos frontones y dos canchas de ráquetbol. La creación popular incidió preferentemente en los campos de fútbol. Posteriormente, la municipalidad colaboró con las demás instalaciones que no parecen estar destinadas al mismo público.

La zona deportiva oeste: popular y primigenia.

Lejos del primer campo de hierba, el cual tiene dimensiones reglamentarias, las montañas promueven un decorado especial, abrupto, inhóspito e interesante para la vista. Más allá del mismo y hacia el este, el cauce del río le sujeta, como si la naturaleza se encaprichase en poner sus límites. Valle abajo, hacia el sur, se prolonga en otros dos campos más pequeños de tierra que van a dar a la avenida Ecológica, la arteria más importante que comunica con Cochabamba, a diez kilómetros de distancia aproximadamente. Por el oeste, una calle hace de frontera con las construcciones de la ciudad que empieza a ser compacta.

En ese primer campo suelen organizarse los campeonatos para categorías infantiles y juveniles en las ligas oficiales que dependen de la municipalidad. También, en momentos de libre uso, la gente se apropia del mismo para jugar de manera autoorganizada.



Fig. 38. Plano general de la zona deportiva del río Kora

El segundo campo está ubicado transversalmente al campo de hierba. Entre ambos hay un importante desnivel de tres o cuatro metros. En su parte más alta, junto al campo de césped, hay árboles que dan cobijo del sol a la gente que se junta a mirar los partidos. Este campo es de tierra, no tiene la calidad del anterior, las piedras sueltas abundan y amenazan la seguridad de los jugadores, aunque no parece que los mismos reparen demasiado en el daño que se pudieran hacer.

En el mismo se organizan ligas de fútbol con ocho participantes en distintas categorías. No suele organizarlas la municipalidad, sino promotores privados que cobran por las inscripciones de los equipos y posteriormente regalan trofeos y camisetas, similar a como se estila en Barcelona. Parece ser que la alcaldía permite a estos organizadores la utilización del espacio para sus ligas y, como contraprestación, estos organizan ligas para la población, librando parte de esta responsabilidad a la municipalidad.

El juego; una tarde de noviembre. El viento hacía volar la tierra seca del campo del medio, descubriéndose aquellas piedras que parece que allí insisten en aparecer. Son las mismas piedras a que Erasmo hacía referencia cuando charlamos en el espacio de Montjuïc, las que las máquinas ayudaban a sacar de manera grosera y que después, a pico y pala, ellos tenían que mejorar, dándole

un aspecto más pulido y la condición necesaria, esa que debería favorecer el juego colectivo sin poner en riesgo la salud de los jugadores.

El campo mayor, unos metros más alto y al norte, tenía algo de hierba. Estaba ocupado de manera informal por un grupo de jóvenes que en la mitad del lado de la montaña jugaban al fútbol de lateral a lateral. En la mitad sur se desperdigaban algunos niños pequeños haciendo toques con el balón sin oposición, mientras tres o cuatro perros que vagaban por las calles en grupos, se relacionaban corriendo detrás de la pelota y de los niños. Eran niños pequeños, tal vez de cuatro o cinco años. No parecía que alguien estuviese con ellos y sus aspectos, descuidados en su indumentaria y también en su higiene, parecían confirmar su condición de pobreza.



Fig. 39. De norte a sur, donde antes sólo había una pendiente, se generaron los tres campos de fútbol que se aprecian al llegar a la zona desde el centro.

En el talud intersticial, entre los dos campos, se ubicaban las personas que asistían al encuentro como espectadoras. La mayoría parecía tener relaciones de parentesco. Grupos de familias que traían a sus niños en número variable y a los que a veces dejaban solos. Algunos se enfilaban por la parte superior del talud con la inconciencia propia de la edad, sin miedo de caer a la zona del campo de juego, cuatro metros más abajo. Daba la impresión que algunas familias no realizaban el control sobre sus hijos que pudiera haber en otros lugares. Los niños, aún a muy corta edad, tenían mayor autonomía. En la parte alta del talud, los árboles permiten guarecerse del sol. Allí, además de los grupos de familia, se ubicaba un vendedor de comida. Nuestra presencia no era ajena a la atención de la gente. Sin embargo esta vez no nos hacían sentir demasiados forasteros.

El tercer campo más al sur vuelve a ser perpendicular al segundo, el eje longitudinal del mismo corre como la calle que le limita por el oeste y paralelo al río, a cien metros hacia el este. Sus dimensiones son más reducidas que los otros. Durante las visitas realizadas a estos espacios no se pudo apreciar su uso. Su falta de mantenimiento con piedras con

aristas en su superficie seguramente disuade a la gente a utilizarlo. No obstante, después de observar cómo se las arreglan para gestionar sus momentos en lugares que podrían considerarse inapropiados, no se podría asegurar que en este tercer campo no se realice actividad deportiva.



Fig. 40. El talud aglutinador de relaciones entre el primer y segundo campo.

Más abajo del campo, hacia el sur, hay un espacio que no se hace servir, con abundante vegetación y piedras que dan una idea de abandono. No son más de cien metros hasta la avenida Ecológica, a pocos metros del emblemático monumento a la Cholita, que avisa que la densidad urbana es mayor para quien llega en locomoción desde Cochabamba.

La zona este, con diversas infraestructuras deportivas.

El cauce del río sin agua parece tener más profundidad por las piedras y arena extraídas para hacer las instalaciones deportivas del lado este. Las piedras, grises y secas, donde abundan en forma de cantos rodados, le dan al lecho un aspecto desértico. Ambos márgenes se elevan lo suficiente conformando una cuenca profunda, donde algunos, quizá aprovechando la invisibilidad de esa orografía, usan como basurero. Una vez cruzada la depresión del lecho se vuelve a subir hacia las otras zonas deportivas, que parecen destinadas a personas con mayor nivel económico por los deportes que se realizan y porque algunas instalaciones, de deportes menos populares, son de alquiler.

En ese lado del río hay dos frontones, dos pistas de ráquetbol y algo más hacia el sur, una pequeña pista polideportiva de cemento. Junto a las pistas de deportes de raqueta está la residencia particular de los cuidadores, que aprovechan su condición de permanencia para vender refrigerios a las personas que practican deporte, especialmente a quienes juegan al frontón. Esta instalación termin  de construirse en el mes de enero de 2007 y las pistas de ráquetbol, dos meses más tarde. Son instalaciones abiertas a los pelotaris que, previa reserva, abonan diez bolivianos (un euro) durante una hora para hacer uso de las pistas.

También había otro campo de fútbol con una hierba muy bien arreglada que no parecía que fuese utilizado por quien quisiera ponerse a jugar libremente. Era utilizado para ligas de organizaciones privadas. All  entrenaba un equipo de rugby durante las tardes de los días laborales y los fines de semana se desarrollaban, entre otras, la Liga de Regantes de Angostura. Los integrantes de esta asociación que pertenecían al municipio limítrofe de Cercado, accedían a este campo por un convenio con la alcaldía que les permitía jugar sin abonar.

En la Liga de Regantes, el comercio informal. El 22 de noviembre, junto al campo, una cholita vendía huevos, mocochinchi y frituras de carnes durante la celebración del partido de la Liga de Regantes. A unos quince metros, otra mujer sin indumentaria tradicional, ofrecía otros productos comestibles al público presente. Los coches mal dispuestos en el lateral este rompían con la ruralidad, dándole un indicador urbano al entorno natural, mientras la montaña hacia el norte presidía majestuosa las actuaciones de la gente.

El campo de fútbol estaba en perfectas condiciones. Mientras los árbitros se disponían a llamar a los jugadores para dar comienzo al segundo tiempo, la cholita vendedora iba echando en un cazo diferentes verduras para acompañar la comida principal. En una bolsa de plástico negra -similar a las que se usan para la basura- llevaba el pan. Sobre el improvisado mostrador, un cubo de plástico de diez litros a rebozar de mocochinchi no pasaba desapercibido a la posible clientela. Junto a este, dispersos, habían diferentes tipos de condimentos: mayonesa, ketchup y mostaza, además de los preparados t picos a base de especias picantes. Mientras la mujer se disponía a cortar unos pimientos que dejaba caer en un envase de plástico, controlaba a su izquierda un fuego donde se calentaba el aceite para hacer las frituras; todo el

establecimiento, muy precario, estaba cubierto por un toldo blanco rectangular, que la protegía del sol. Iba vestida con una falda de terciopelo rosa, observándose la enagua blanca bajo la misma cada vez que su labor le exigía agacharse. Un delantal blanco le cubría la falda y dos trenzas de cabello negro caían por su espalda hasta la cintura, como suele ser habitual en la vestimenta tradicional. El aceite se mantenía caliente en el recipiente junto al precario mostrador; allí alternaba la fritura de huevos y unas lonchas de carne empanada a modo de milanesa, dependiendo del reclamo de la clientela. No parecía importarles a los clientes la mezcla de diferentes alimentos en el mismo cazo. Así era la costumbre. Mientras se encargaba de cobrar, manipular la comida y vender a la clientela, un niño de aproximadamente cinco o seis años, le ayudaba removiendo cada tanto el aceite caliente en el amplio recipiente donde se cocían las comidas...

VIII.2. Quillacollo

No podemos continuar en dirección oeste por la arteria principal que une las distintas poblaciones de las afueras de Cochabamba sin reparar en Quillacollo, la capital que toma el nombre de la provincia. Su ambiente verdaderamente rural es el centro comercial, agrícola y turístico del Valle Bajo. Los productores rurales acceden a la misma para ofrecer sus productos agropecuarios. Es una ciudad históricamente emblemática donde se dieron gestas emancipatorias en épocas pasadas que sigue manteniendo su hegemonía en la zona. Su población, en el censo de 2001, superaba los cien mil habitantes; el gran crecimiento demográfico de la misma solamente es comparable con El Alto, la ciudad dormitorio que ya no es tal generada en el cinturón montañoso que rodea La Paz.

La provincia de Quillacollo, con más de setecientos kilómetros cuadrados de superficie, limita con las provincias de Ayopaya, Tacapari y Arque por el noroeste, y las provincias de Chapare, Cercado y Capinota, por el sur. Se divide en cinco secciones: la primera corresponde a la propia ciudad de Quillacollo, la capital, con 104.000 habitantes según el Instituto Nacional de Estadística (INE 2001); la segunda a Sipe Sipe, con algo más de tres mil habitantes, municipio al que pertenecen dos poblaciones objeto de nuestro interés preferencial: Mallco Rancho, con consideración de subalcaldía de Sipe Sipe y Mallco Chapi, comunidad que depende de Mallco Rancho. La tercera sección corresponde a Tiquipaya, ciudad a la que ya se ha hecho referencia. Las dos restantes -la cuarta y la

quinta sección-, corresponden a Vinto y Colcapirhua respectivamente, y no se contemplan en este estudio.

En la ciudad de Quillacollo no hemos encontrado vínculos de personas asociadas a espacios deportivos. Jhonny Gómez es natural de esta ciudad, pero sus actividades se realizaban principalmente en Cochabamba. A Quillacollo llegan muchas personas de los pueblos para cumplir con aquello que no les ofrece su entorno cotidiano: estudiar, asistir al médico (la madre de María Eugenia, asistía al hospital de esta ciudad a atenderse del mal de Chagas), vender en los mercados callejeros algunos productos agrícolas (Marina, la esposa de Wilmer el hermano de Heidy, solía acercarse a hacerlo), realizar trámites, establecer las conexiones de transporte público, comprar aquello necesario para la casa, etc.

Como ciudad nodo del entorno, las conexiones del transporte público se centralizan especialmente en la carretera Blanco Galindo, frente a la plaza principal; cuando el recorrido es en dirección suroeste conectan con el Valle Bajo y si lo hacen hacia el este enlazan con Cochabamba y sus poblaciones del extrarradio.

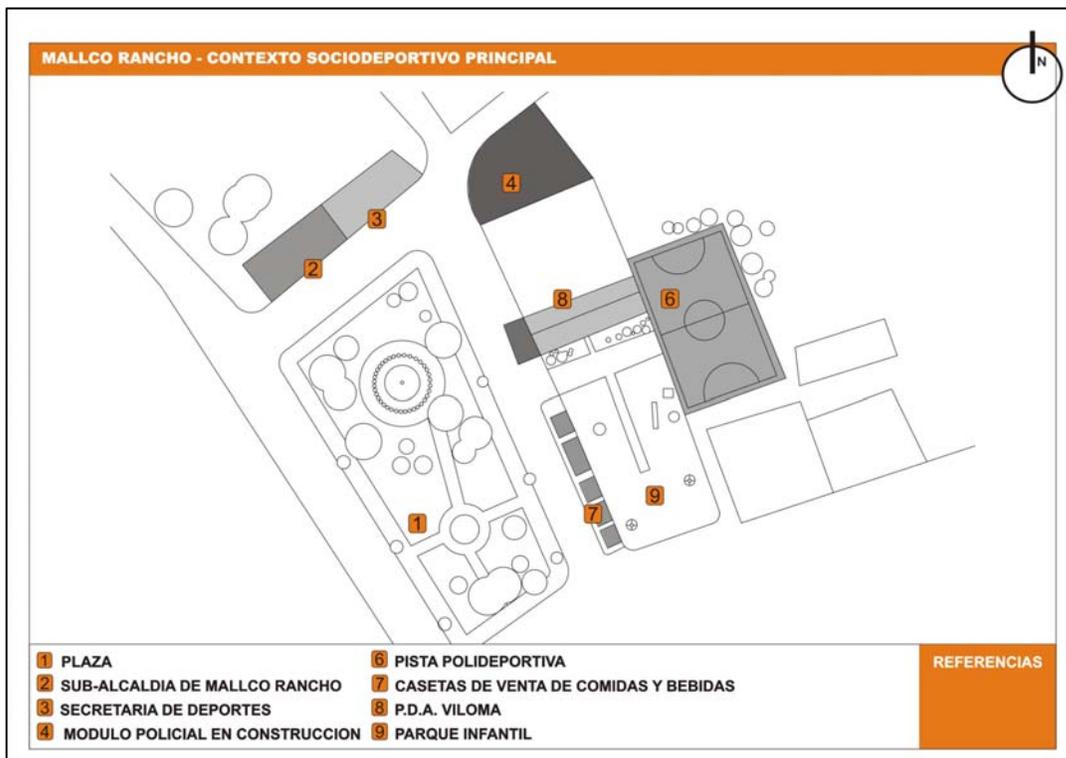
El “desorden” urbano de una ciudad ruralizada. En las esquinas que conforman las calles transversales con la avenida Blanco Galindo, hay monumentos alegóricos a la cultura indígena que parecen reafirmar su identidad. Para la persona que no es ajena al entorno pueden parecer agobiantes los cúmulos de personas frente a la Plaza Bolívar interponiéndose entre los coches y viceversa, esquivando los puestos de venta y convirtiendo el lugar en un continuo discurrir de peatones y vehículos. Parece, en primera instancia, que no hubiera un orden, pero es evidente que hay un orden interno inapreciable para quien no es del lugar en esa realidad de constantes interacciones más corporales que verbales.

Los coches hacen sonar sus bocinas constantemente y las diferentes modalidades de transporte público (taxis, taxi- trufis y buses) repiten esa acción como reclamo. Esa realidad sonora, distinta a la de Barcelona, se va configurando en una mixtura con los olores típicos de las comidas que constantemente se cuecen en los puestos de venta ambulante, apostados en la misma calle por donde pasan los coches y ganándole un espacio a los mismos.

VIII.3. Mallco Rancho: primeros contactos con la “Cochabamba profunda”.

Después de Quillacollo, la avenida Blanco Galindo cambia de nombre para transformarse en la avenida Albina Patiño y, más tarde en la ruta que lleva a Oruro. Desde Quillacollo sale en dirección oeste y después de seis kilómetros hace una gran curva hacia el sur para llegar a Sipe Sipe, diez kilómetros más adelante. Antes de llegar, dos caminos separados por menos de un kilómetro permiten el acceso a Mallco Rancho en un desnivel suave, dejando casas dispersas en su recorrido.

Su climatología es agradable y hasta pasado noviembre no llegan las lluvias. La vegetación, en noviembre, alternaba verdes intensos: el maíz, cereal que prolifera en las plantaciones, tiene diferentes momentos de crecida y sus colores van del verde pálido al intenso, manteniendo cierta coherencia entre su madurez, la intensidad del color y su altura. Las arboledas de distintos tipos que suelen flanquear ambos lados de los caminos de tierra -y especialmente en las intersecciones de los mismos- contrastan con el polvo de la tierra seca que se levanta cada vez que pasa un vehículo. Esa tierra tiene, más o menos, la misma tonalidad que muchas de las casas, porque es el material preferente de esas construcciones.



La quietud del espacio central. Un cachorro flaco, blanco y sucio, mira hacia las montañas del oeste con la aparente displicencia del mejor de los aburridos. Parado en medio del camino de entrada que divide el pueblo en dos (límite sur de la plaza principal), deja cansinamente caer su cuello entre sus escápulas, como si a su corta edad ya tuviese la consigna de la resignación. Tal vez la conformidad sea la costumbre, porque recuerda algo parecido a lo que sugieren algunas personas ya mayores, andinas y pobres que habitan esta comunidad campesina.

Frente a la plaza está la iglesia de San Antonio, aunque sería más ajustado denominarla capilla por sus pequeñas dimensiones. La cristiandad católica se reúne los domingos cuando el cura asiste a ofrecer los servicios religiosos; viene desde otro pueblo, no vive allí. Ese hecho contrasta con el intenso trabajo que desarrolla la iglesia protestante, cuyo pastor visita el pueblo varias veces a la semana, realizando actividades para la juventud, entre ellas las deportivas.

La plaza tiene como monumento principal y en su centro una larga columna que hace de pedestal a un cóndor negro, cuyo cuello, similar al de la plaza 14 de Septiembre en Cochabamba, tiene una forma de collar blanco. A su alrededor, tres bancos verdes a cada lado de la misma se ubican frente a las cuatro calles que la envuelven. Tiene árboles de diferentes especies: acacias, pinos, naranjos... Los taxis llenos de gente que van y vienen por el camino principal dan un poco de vida a esa quietud. Unas cholitas con sus niños ocupan la esquina suroeste vendiendo “anticuchos de corazón”, una especie de brocheta muy apreciada en los países andinos. Los cocinan allí mismo, en la esquina de la plaza, con una barbacoa de metal ya renegrido. (Más tarde supe que era la familia de Nilda, la amiga de César Mejías).

Dos banderas pequeñas con los colores azul y blanco del Movimiento al Socialismo se alzan en sus mástiles, colocados uno frente a otro en las dos calles perpendiculares a la principal.

Las construcciones del oeste están a medio hacer y enfrente, sobre el lado este, está la pista polideportiva junto a los juegos infantiles. En la calle del norte se ubica la Sede Social del Cantón Mallco Rancho y la Secretaría de Deportes, con sus trofeos en el suelo, esperando que alguien consiga un mueble para ubicarlos.

La instalación polideportiva es de reducidas dimensiones y ocupa un lugar central en el pueblo. Se encuentra en un recinto vallado donde hay juegos para niños y la sede del Plan de Desarrollo de Área (PDA)¹⁴. En la misma pueden practicar diferentes deportes en un espacio menor al reglamentario. El firme del terreno no está en buenas condiciones, pero no parecía ser un inconveniente, ya hemos podido observar que estas personas anteponen la actividad a las condiciones del espacio, juegan con lo que tienen.

El domingo 1^o de noviembre, la liga de fútbol femenina se desarrollaba en la pista polideportiva para celebrar unas jornadas de concientización sobre la violencia doméstica, que organizaba el pastor del PDA con la ayuda de los jóvenes del pueblo. En un constante circular iban y venían bebiendo refrescos que se expendían en las casetas de comida rápida del lado este de la plaza, o entrando al local central del PDA para hacer funcionar la megafonía, cuya música se mantenía durante el tiempo de los partidos. Algunas parejas cruzaban la calle de tierra y se sentaban en los bancos de la plaza, separadas del estridente ruido y de la muchedumbre que ocupaba el espacio deportivo, consiguiendo la distancia suficiente para mantener la necesaria intimidad.

Música y deporte. Al llegar ya había empezado el partido; Norka, la hermana de César Mejías, jugaba con camiseta roja y sus adversarias iban de azul y blanco. Durante el partido sonaba la música y, cuando ésta paraba, las chicas que estaban en el público pedían que siguiera. Había reguetón, salsa, música latina en general, pero las letras no eran las habituales de amor y desamor entre dos personas, sino que hablaban de la bondad del Señor, del amor a Dios...

Las dificultades de estas zonas rurales que han sido perjudicadas por la emigración tienen en estas ONG's un soporte constante para la mejora de la cohesión social. En este caso, los esfuerzos se traducían en los segmentos más jóvenes de la población, de forma de que tomaran conciencia de los diferentes tipos de violencia: doméstica, de género, infantil, etc. Mientras jugaban, el pastor de la iglesia animaba por la megafonía a los chicos y chicas que se encontraban en el espacio a sacarse el carnet de "vacunación antipegánica", una campaña de "vacunación" por el buen trato hacia los niños, niñas y adolescentes. Les daban un diploma con la consigna de "ama a tu prójimo" y con la

¹⁴ El Proyecto de desarrollos de área Viloma (PDA Viloma), está registrado en Sipe Sipe como ONG y se vincula a los gobiernos municipales de Vinto y Sipe Sipe en el ámbito local, manteniendo una relación de dependencia con "Visión Mundial", ONG fundada por Bob Pierce, un evangelista que trabajó fundamentalmente para la gente en situación de pobreza. Su ámbito de actuación es el rural y las áreas temáticas son: salud; educación; agua y saneamiento; agropecuaria y organización, y participación social. Fuente: NGO JICA Japan Desk (2007) "Directorio de ONG's que trabajan en Bolivia". La Paz.

obtención del mismo se comprometían durante un año a cumplir los “ingredientes de la vacuna”, que consistían en profesar el respeto para los demás, el amor, la comprensión, el buen humor, entre otros valores.

“Con el hecho migratorio están surgiendo muchas pandillas”. “En Mallco Rancho hay varias instituciones que se dedican al apoyo de las comunidades, trabajamos en quince de estas. En nuestra ONG tenemos mil cien niños y niñas que son patrocinados por personas extranjeras. Promovemos los derechos de los niños, hacemos actividades, talleres, etc. También intentamos incidir en la equidad de género... La clave es sumar fuerzas porque la crisis ha afectado a todo nivel y si podemos unirnos es mejor. El campeonato de fútbol sala comenzó con doce equipos y, como se van eliminando, ahora son ocho; las finales se harán con cuatro equipos. La cancha es de la comunidad. Para coordinarnos comunicamos al resto de los vecinos que la vamos a usar, pero no pagamos. Generalmente los chicos juegan por las noches y las chicas por las mañanas, de esta manera ellas están más seguras. Con el hecho migratorio están surgiendo muchas pandillas: antes había rivalidad entre Viloma y Mallco Rancho, es normal, son dos comunidades vecinas, pero ahora vienen pandillas organizadas de otros lados. El hecho de que haya muchos papás en el extranjero ha producido la falta de autoridad en los hogares. Muchos se tienen que ganar la vida y no tienen reglas. A veces están con sus abuelos, pero no es lo mismo, porque no tienen la misma autoridad que los padres...”, sostenía el pastor.



Fig. 42.El camino que va hacia el río Viloma, inmediatamente después de la plaza de Mallco Rancho.

Ese domingo la pista estaba engalanada para la ocasión con diferentes carteles de colores llamativos hechos a mano por los mismos chicos y chicas. Los mismos pretendían reivindicar las costumbres de convivencia y, entre ellas, una mayor equidad de género. Entre esos carteles se podía leer: “La violencia es un fenómeno que en nuestra sociedad y en otras afecta de distintas formas a hombres y mujeres... Creencia: si la mujer aguanta al agresor por bastante tiempo, la relación cambiará y mejorará”.

El camino de acceso al pueblo, después de la plaza, continúa hacia el oeste durante más de setecientos metros hasta llegar al río Viloma, límite del término jurisdiccional de Mallico Rancho. Tres kilómetros hacia el suroeste -después de cruzar el río- está la ciudad de Sipe Sipe, el centro urbano más poblado.

Antes de llegar al río está el campo de fútbol, cuyo gol sur coincide con la vía que llega desde la plaza. En ese recorrido, el paseante puede observar las casas típicas del Valle Bajo, construidas con cimientos de piedra del mismo río que, mezcladas con cemento, suben una pequeña pared de medio metro de ancho aproximadamente, enterrándose en la tierra probablemente otro tanto. A partir de este tipo de cimiento consistente, las casas típicas tienen paredes de arcilla y paja. Los techos más típicos aún conservan viejas y desgastadas tejas, que no siempre están todas. Otros techos más modernos han optado por materiales menos cálidos como el zinc o el latón que, igual que las tejas, tienen las ondulaciones necesarias para el transcurso del agua durante la época de lluvias.

A pocos metros de la plaza está la casa de Nico, amigo de César e integrante de uno de los grupos que juegan en el campo de Montjuic. Frente a la misma, en noviembre de 2009, se encontraba el local del MAS pero dos años antes albergaba la oficina del Registro Civil de la localidad. Cien metros más adelante en dirección al campo cruza el cauce de un arroyo seco e inmediatamente, y a la izquierda del camino pedregoso, se divisa una iglesia evangélica de techo de zinc a dos aguas. Allí durante los domingos, mientras se celebra la ceremonia religiosa con mayoría de gente adulta, los niños juegan en el patio exterior rodeado por una valla que limita sus acciones.

En el solar de enfrente, sobre el margen derecho del camino, había una edificación discordante con aquello que se observa. Estaba sin terminar. Su grandiosidad chocaba con el entorno pobre y relativamente uniforme de casas de adobe. Tal estructura nos hizo pensar que tal vez sería la nueva iglesia. Pero no, una señora sentada cansinamente en el muro previo a la misma, nos informó que era la casa de un migrante que estaba en

Barcelona. Con unas dimensiones importantes, sus arcadas y columnas estilo palacete hacia dos frentes presentaban los balcones de las futuras habitaciones. El contraste con el resto de construcciones era evidente por su omnipresencia y ostentación. Sin embargo, según nos comentaban algunos lugareños que viven en Barcelona, cinco años después seguía sin terminarse; parece ser que el propietario quedó en el paro y no pudo seguir enviando el dinero necesario.

Más adelante se llega al campo, pero antes del mismo un camino de tierra que va a dar al cementerio sale a la izquierda. Durante la celebración del Día de los Difuntos el mismo estaba recorrido constantemente por gente a pie y en locomoción que se acercaba a honrar a sus muertos. Era un día verdaderamente festivo.

El Día de los Difuntos. Desde el camino que va al campo de fútbol a unos doscientos metros antes de llegar al mismo, sale otro camino perpendicular en dirección sur, que va a dar al cementerio. Es de tierra y piedras y a ambos lados hay plantaciones de maíz sin verse ninguna construcción, sólo huertos. Los taxis llegan a la puerta del cementerio con la gente que siempre parece querer ahorrarse caminar aunque sea poco. Posiblemente sería más conveniente dejar los coches en lugares más adecuados, es decir cerca del camino principal que va al campo donde se puede aparcar sin dificultad para seguir a pie el camino que falta. Pero no es así, de manera que los pocos que acceden al recinto del cementerio caminando se ven involucrados en una nube de polvo mientras la temperatura de más de treinta grados dificulta la respiración.

En los espacios previos a la entrada del cementerio, cuyo acceso es una especie de recepción techada a dos aguas de cuatro metros de ancho por diez de largo, se ubicaban los vendedores en sus puestos de venta informal, preferentemente de comidas: anticuchos, empanadas y bebidas. También, como promovía la ocasión, había algunos puestos de ventas de flores.

Una vez pasada la parte cubierta que hace de recepción se podían apreciar las evoluciones en el cementerio repleto de gente. Las personas se reunían en torno a la tumba familiar sentadas en sillas que llevaban desde sus casas para hacer la estancia más agradable. Por lo general solían cubrir con un toldo el espacio de la tumba y su contorno, de manera de conseguir la sombra necesaria. Algunos integrantes de la familia, los más jóvenes, se ubicaban de pie y por su actitud, postura y moderada conversación, parecían mantener ciertos códigos de respeto.

Las tumbas, adornadas para la ocasión, se cubrían con una tela negra que oficiaba de mantel y, encima de esta, se colocaban diferentes pastas típicas parecidas al mazapán como las que la familia de César elaboraba en su panadería que, con mortaja incluida, suelen personificar a la persona fallecida. También había otros variados tipos de panecillos y frutas. La abundancia parecía ser una necesidad imprescindible, probablemente manteniendo la relación con el estatus social de la familia.

La gente se relacionaba charlando, algunos jóvenes cortejaban a las chicas mientras ellas se dejaban querer prestándoles la atención suficiente para mantener el interés de aquellos. Otros adolescentes, mientras tanto, rezaban un Ave María a modo de canción y poniendo énfasis en determinadas sílabas, con ondulaciones rítmicas que se repetían cíclicamente.

Las otras familias menos pudientes hacían de la fiesta una reunión menos costosa. No solían tener un toldo de tela como las otras para protegerse del sol, pero se las arreglaban yéndose a los límites del espacio del cementerio que, rodeado de árboles, tenía la sombra que facilitaba la permanencia.

Cada tanto rociaban la tierra antes de comenzar a beber, dándole primero a la Pachamama -como es costumbre- y también al difunto cuando dejaban caer el líquido al pie de la cruz. Posteriormente volvían a la sombra para seguir bebiendo en compañía de sus familiares.

En algunas tumbas se observaba un sincretismo de última generación: una de estas llevaba, además de los propios símbolos cristianos, una calabaza de Halloween junto a las flores.

Dos hombres ebrios trataban de convencerse el uno al otro de vaya a saber qué. Sus gestos desequilibrados se enriquecían con abrazos que a la vez parecían tener algo de reproche. Una familia aymara cuyas mujeres lucían sus atuendos típicos llamaba la atención por la cantidad de personas que reunía bebiendo cerveza. Habían colocado una especie de santa de mazapán que, envuelta en una manta rosada, homenajeaban con frutas, flores y algunas banderitas de colores. Los aymaras se diferencian más que el resto de los campesinos, suelen ser buenos comerciantes y su posición económica favorece esa diferenciación. Junto a esta familia había vendedores de comidas y helados que tocaban una bocina para llamar la atención de sus posibles clientes.

La salida del cementerio implicaba deshacer el camino de tierra y piedras. Las mujeres y los viejos saludaban más que los hombres que, tal vez reticentes vaya a saber por qué razón, les costaba generar ese acto de reconocimiento al cruzarse en el camino con aquellos que no conocían.

Las reuniones, allí donde se hiciesen, promovían la idea de que la interacción es lo que buscan constantemente: en las fiestas de los pueblos, en los campos de fútbol o en el cementerio, los espacios se acomodaban para disfrutar de la compañía de la gente de la comunidad.

Más adelante según íbamos, el campo se dejaba ver a la derecha una vez pasadas unas plantaciones. Detrás de la portería, junto al camino, un gran espacio facilitaba el aparcamiento de los coches. Algunos de los integrantes de los equipos visitantes de la liga que organizaba Rudy Mejías allí se reunían, lo usaban como vestidor, bebían y comían, aderezando estas acciones con comentarios referentes al partido.



Fig. 43. Mapa general de Mallico Rancho con los lugares mencionados en el texto.

No tiene instalaciones de vestuarios, es un campo de fútbol de tierra irregular y poco cuidado. En la esquina del norte, desde donde salimos para ir a la casa de Norka, un grifo atado provisionalmente con una goma que pretendía limitar la pérdida, era el único lugar donde los jóvenes se podían refrescar. Es un lugar de sombra donde los participantes

iban a beber agua para saciar la sed que la sequedad del ambiente y la práctica deportiva les provocaba.

En el lateral más cercano al centro del poblado, el espacio es amplio y favorece la posibilidad de guarecerse del sol debajo de los eucaliptos. Hasta las plantaciones que le limitan por esa zona con una alambrada tiene unos cuarenta metros de ancho. Allí suelen colocarse algunos coches de los integrantes de los equipos locatarios, yendo campo a través desde el camino que pasa por la portería sur.

La gente que observaba con mayor proximidad se ubicaba junto a la línea del lateral. Los coches aparcados cercanos a la alambrada hacían de estructuras de sostén, como dándole empuje a las tertulias, mientras los jugadores inactivos y sus amistades escuchaban música y bebían, porque como decía Jhonny Gómez: “si no bebes es como que no pertenecieras al grupo”.



Fig. 44. Plano general del entorno del campo.

El lateral cercano al río se encuentra próximo a una construcción de ladrillos de adobe. No podríamos afirmar si se trata de un establo o una vivienda. Podrían ser ambas cosas ya que algunas casas suelen compartir techo, pared mediante, junto a los lugares destinados

al ganado lechero, que es la producción pecuaria típica de la zona. Más allá, sobre el mismo lado pero a suficientes kilómetros, están las montañas más altas: Ronaldo, el joven que nos llevó a la casa de Norka, miraba las montañas del oeste y decía: “son bonitas, he ido alguna vez en bici, no hasta arriba, pero sí que he subido. Temo a los narcos que tienen laboratorios escondidos que vigilan con helicópteros. Prefiero no ir, quizá descubra algo que ellos no quieren y después pueda tener problemas...”

Detrás de la portería del noroeste se observan algunas plantaciones anexas al campo que rodean las casas de sus propietarios, en la misma, haciendo trabajo de campo y sentados bastante tiempo debajo de los árboles para aliviar el calor, observábamos uno de los partidos de la liga de fútbol que organizaba Rudy y que finalizaría en el mes de abril de 2010.

Mejor que el partido, el viejo campesino. Se acercó un hombre viejo. Llevaba en su mano izquierda una botella de litro y medio de coca cola llena de chicha. Caminaba como si hubiese bebido, su cuerpo si no se desnivelaba para un lado, lo hacía al otro. Sin disimulo, comenzó a mirar hacia donde nosotros estábamos y quizá motivado por compartir una charla comenzó a caminar en nuestra dirección. No paraba de mirarnos y gesticular.

A mi lado derecho comenzaba un espacio rectangular, de donde habían quitado unos panes de hierba, dejando la tierra húmeda y negra al descubierto. El hombre se sentó sobre la misma. Sus manos grandes para el cuerpo pequeño parecían confirmar que, a pesar de sus años, el hombre trabajaba la tierra. Es evidente que las manos les crecen más a los trabajadores del campo que a otros trabajadores que tienen que doblar menos sus espaldas. Sus uñas negras delataban también esa condición de campesino. Las sandalias que llevaba dejaban ver sus pies también sucios, secos y agrietados... Nos dijo que nació en 1932 en Oruro y que desde 1995 tiene una propiedad agrícola en la zona. Su preocupación mayor (estábamos a quince días de las elecciones) era que no volviese a ganar Evo Morales, porque estaba convencido de que “esta vez sí vendrán los comunistas...” opinión que no parece muy extendida en esa zona donde la gente es bastante propensa a las teorías indigenistas y de izquierdas del presidente.

El partido en sí mismo no tenía demasiado interés. Los jugadores corrían detrás de una pelota que parecía inalcanzable. La sequedad del campo y la altura

sobre el nivel del mar hacían que el balón tuviese más velocidad de desplazamiento y generase formas de recorrido a veces poco previsibles que dificultaban el control de unos jugadores inexpertos.

VIII. 4. Viloma, Vilomilla y Sipe Sipe.

Viloma es una población fronteriza a Mallco Rancho, pero esta división administrativa poco tiene que ver en las relaciones entre las personas de la zona; de hecho la gente va de un lado a otro sin demasiada dificultad aunque a veces algún pequeño riachuelo pueda estar desbordado y no permitir el paso. De ahí que las fronteras se den más por los accidentes geográficos que por municipio al cual pudieran pertenecer. Las familias ocupan unas y otras secciones administrativas, y la movilidad de esas personas en su entorno rural se hace continuamente. Como es habitual en las comunidades rurales, las relaciones de parentesco se mantienen y parecería que finalmente todos son primos primeros, segundos o terceros. Ya dimos el ejemplo de Rudy, quien al reconocer a las hermanas de María Eugenia en Viloma, nos dijo que también eran primas suyas.

Viloma y Vilomilla son poblados que limitan por el noroeste con Mallco Rancho, como también lo hacen Chaupisuyu, Chinchilla y Coachaca Grande, de las cuales no conocimos personas usuarias del espacio de Viloma Montjuïc, aunque probablemente las haya.

Un pueblo a medio hacer. Siempre que tuve la oportunidad de conversar con los originarios de Viloma en Barcelona, me daban la impresión que procedían de una población con más recursos que la que encontré. Nunca tuve la idea que pudiera ser un lugar tan pobre y desolado. La plaza principal aún no está construida y sólo están demarcados los caminos de tierra que la van a delimitar en un futuro, cuando la terminen. Una parroquia vieja preside el futuro emplazamiento de la misma. Por lo demás poco hay, no se puede decir que sea un lugar central, porque las construcciones están dispersas. El campo de fútbol está al lado, detrás de la parroquia. También está en construcción: de momento sólo es una extensión de tierra alisada por máquinas con dos porterías. Probablemente estas construcciones ya estaban y las obras respondían a una mejora. De la misma manera en que en otros poblados, la instalación deportiva quedará consolidada en un lugar central de la población. En el extremo distal a la parroquia y con todo el campo fútbol de por medio, hay un local abandonado: la Suyera Comunal de Viloma Grande. Este espacio, actualmente en desuso y

muy deteriorado, viene a hacer de alcaldía, donde se reúnen los vecinos para tomar las decisiones propias de la comunidad.

Mientras nos trasladábamos a Vilomilla pude observar algunos lugares solitarios, abandonados quizá, sin luz, con pocas casas. Le pregunté a Rudy si en estos lugares es habitual que haya delincuencia. Me dijo que no y que tal vez menos que en Mallco Rancho: “Porque aquí hay una fuerte presencia del MAS, que reivindica las formas de hacer justicia tradicional”. La comunidad se encarga de los que delinquen y suelen haber linchamientos. Es por esta razón que los ladronzuelos se lo piensan antes de delinquir.

Llegamos al campo de Vilomilla, otra localidad que tiene bastante gente en el espacio de Montjuïc. Debajo de un cobertizo que cubre una pista polideportiva, frente al lateral que pareciera ser el preferente, había una reunión de adultos. “Son maestros, estamos a final de curso y allí suelen reunirse para hacer las reuniones de evaluación”, me dijo Rudy. Allí está también la escuela que consta de dos módulos de techo de zinc y una construcción a medio hacer de ladrillos que, según parece, será el edificio definitivo. Junto a esa instalación está el campo de fútbol muy descuidado. Sus esquinas tienen tal deterioro que no se puede colocar el balón porque lo irregular del terreno no lo permite, de manera que hay que hacerlo desde dentro del campo, (me recordaba al chaflán que había en la pista del Santuari, en el Carmel). Rudy suele jugar aquí y comentaba precisamente eso: “cada vez que juego, si tengo que sacar de esquina lo hago colocando la pelota más adelante. Además, como ves, no hay espacio para tomar carrerilla; lo mismo le pasa al otro córner”. El lateral preferente tiene a diez centímetros de la línea de cal un surco similar a una canalización de agua que, entre desperdicios y plantas silvestres, se disimula algo a la vista y puede ser riesgoso para los jugadores despistados que incursionasen en el mismo. Inmediatamente, a no más de medio metro, sube un talud de más de un metro, de manera que quien en situación de juego haya podido sortear la zanja paralela al lateral, enseguida tiene un muro de tierra como contención. No son campos aptos para la práctica. No lo son desde nuestra perspectiva.

El campo principal de Sipe Sipe.

En nuestro intento de sincronizar descripciones, en el capítulo V.8 cuando presentamos como vínculo principal de Yildo Quiroga en origen a Marina, su hermana, hicimos una

somera aproximación a la ciudad de Sipe Sipe, de manera que ahora nos ceñiremos a la descripción del campo principal y algunas acciones que en el mismo se daban.

Las medidas del campo son reglamentarias; no se ubica en el centro de la ciudad, sino a cuatro o cinco calles más al sur. Inmerso en una zona con poca densidad de población deja ver las montañas por el sur, a lo lejos. Algunas construcciones sin finalizar le rodean, edificios que dos años más tarde, en noviembre de 2009, estaban prácticamente terminados pero aún no interferían con la imagen de zona suburbana. Los eucaliptos aquí también son árboles preeminentes que circundan la cancha y sirven, de la misma forma que en el campo de Mallco Rancho, de cobijo de los rayos de sol, que suelen ser difíciles de soportar hasta en otoño.

Como en Barcelona; la venta informal. Después de pasar el portón metálico de la entrada, algunas mujeres campesinas con sus hijos pequeños esperaban en sus puestos de venta protegidos por sombrillas blancas. Se disponían a vender el típico mocochini en unas jarras de cristal dispuestas sobre una mesa de madera natural. A su lado, un gran recipiente de veinte litros del mismo refresco esperaba a que las jarras se vaciasen. Junto a la mesa y detrás del armario de metal que escondía una garrafa de butano donde cocinaban las comidas a base de frituras, la cholita manipulaba una especie de pan para hamburguesas, mientras sus hijos correteaban a su alrededor.



Fig. 45. Imagen desde el campo de fútbol y hacia el portón de ingreso: los puestos de venta de comestibles.

No era ajena nuestra presencia a la atención de los niños que nos observaban con curiosidad sin dejar de sonreír, tal vez para que les devolviésemos la atención con otra sonrisa. Terminé fotografiándome con alguno y mientras tanto les compramos a sus madres un cazo de mocochoinchi, refresco que se agradecía y que aliviaba la sed que la temperatura ambiente provocaba.

La expectativa de venta que podían haber tenido las personas que llevaban esos tres puestos de venta informal (entre los cuales había uno menos profesional con solamente una carretilla de obra llena de naranjas), no parecía que pudiera cristalizar con las ventas que les pudiesen generar los jugadores de ambos equipos contendientes, y aún menos por la cantidad de público, ya que solamente éramos tres espectadores. Tal vez estas personas encuentran en la venta algo más que conseguir recursos económicos para mantener a sus familias; quizás en ese espacio encuentren también un momento para estar, relacionarse y de paso tener la posibilidad secundaria de una ganancia aunque sea poca. De lo contrario no me parecía que tuviese sentido la presencia durante tanto tiempo sin vender algo. Parecería que esta vez también la emergencia del espacio nuevamente se hace presente.

En la segunda visita de noviembre de 2009, el espacio aparecía algo cambiado. Habían colocado tres mástiles en unas columnatas de ladrillo que no estaban dos años antes. Rudy insistía en que ya estaban en el momento de la primera visita, pero las anotaciones y fotografías que llevábamos no lo corroboraban. Además, en la esquina sureste del campo, había una construcción nueva de siete u ocho metros de largo por cuatro de ancho, también de ladrillos a la vista, sin revocar y con techo de metal. Sus dos puertas de madera natural a ambos lados organizaban la sencilla construcción con cierta simetría. En medio de ambas puertas había una ventana que tenía los cristales biselados, lo que podía sugerir que esta construcción se usa como vestuario. Quizá, los vestuarios improvisados de antes debajo de los eucaliptos ya no se usaban y la instalación había adquirido una característica más formal con el nuevo equipamiento.

Tuvimos la oportunidad de conocer el otro campo de fútbol de la ciudad. Estaba aún más alejado de la zona céntrica. Desde el mismo se divisaba la carretera que va a Oruro. Siguiendo quizá las tendencias de remodelación de los espacios deportivos que pudimos constatar en las localidades de Mallco Rancho, Mallco Chapi y Tiquipaya, este campo tenía dos instalaciones para la práctica del fútbol. Un campo pequeño para jugar al fútbol de siete participantes y otro de fútbol tradicional. En la parte sur hay otras instalaciones

deportivas donde se aprecia una pista polideportiva enmarcada en un muro que prácticamente la invisibiliza. Detrás del gol norte, opuesto a esas instalaciones, había un profundo foso de amplias dimensiones que, según nos comentaba Rudy, tuvieron que rellenar con la misma tierra que sacaron para alisar el campo.

VIII.5. Mallco Chapi y su espacio central: la cancha de fútbol

Mallco Chapi no tiene subalcaldía, es un conjunto de calles de tierra con dos de cemento, sin plaza principal, iglesia, ni policía, de ahí que el centro del poblado se conforme en el entorno de la escuela, el campo de fútbol, el depósito lechero y la oficina del agua. Las empresas gestoras de la leche y del agua, en este tipo de poblaciones cuya base económica radica en la producción agropecuaria, parecen no sólo mantener la preferencia en lo económico, sino en la visibilidad que se desprende de su hegemonía en un lugar central de la población.



Fig. 46. La calle Coronel Villarroel frente al campo de fútbol. Al fondo el edificio de gestión del agua.

El campo de fútbol tiene unas dimensiones reducidas de aproximadamente la mitad de un campo convencional. La portería no tiene más de cinco metros de longitud y es mucho más baja que la reglamentaria. El suelo del campo es de tierra y tiene piedras pequeñas cuyas aristas amenazan a los jugadores que por las circunstancias del juego pudieran caer al suelo.

La calle principal comienza a trescientos metros en la Albina Patiño y limita el campo por la línea de gol del este, haciendo esquina con la calle Coronel Villarroel que también es de cemento. En esa esquina está el edificio del agua que continúa con un muro de ladrillos paralelo al lateral del campo por no más de treinta metros, detrás del cual se esconde un establo con vacas lecheras.

Detrás de la portería contraria está la escuela rural, llamada Unidad Educativa 3 de Abril. Separada del campo de fútbol por un espacio de tierra irregular cuya longitud coincide con el ancho del campo, su anchura no sobrepasa los diez o doce metros. En el ángulo oeste, y perpendicular al muro de la escuela, sale un cobertizo que protege un depósito de aluminio cuya propiedad es de la asociación de los productores de leche.

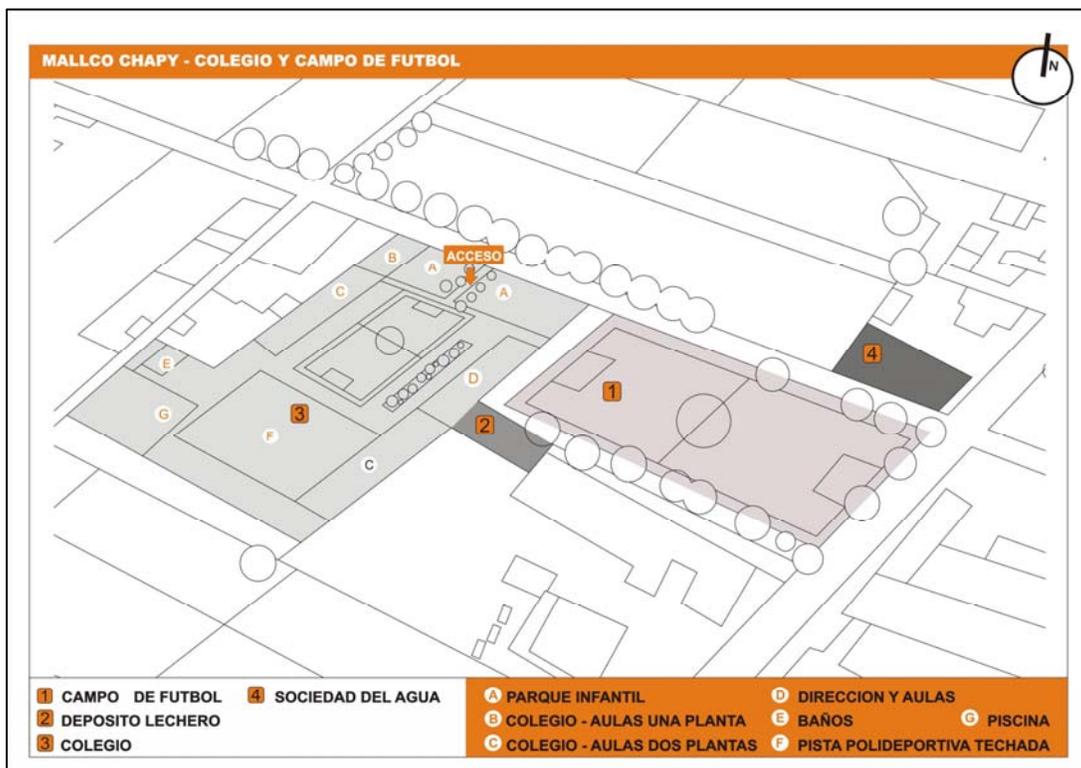


Fig. 47. Contexto central de Mallco Chapí. Espacios sociodeportivos.

En el lateral sur, detrás de esa construcción y a continuación de la misma, se extiende un muro de ladrillo sin revocar, similar al del lateral de enfrente pero con una longitud mayor porque recorre todo el lateral del campo. Desde el muro y hasta la línea que demarca el lateral sur del campo hay seis o siete metros de espacio donde los altos árboles que dispone, preferentemente pinos, (además de algunos eucaliptos y dos palmeras añejas) dan cobijo del sol a los espectadores de los eventos deportivos. Los árboles no están en

línea como en el campo de Mallico Rancho, se disponen de manera dispersa en ese espacio de tierra seca.

Entre los árboles, el 8 de noviembre de 2009 había un camión cuyo trailer hacía de escenario. Desde el mismo, los encargados de la megafonía animaban con música andina al público presente en la celebración de las finales de la liga de fútbol que, según parecía, era una buena muestra de los habitantes de la comunidad. Indudablemente que ese domingo era un día especial, porque además de las finales deportivas se celebraba la fiesta de fin de curso en la escuela. La misma, con infraestructuras muy deterioradas, cubre las necesidades de escolarización de los niños y niñas de las trescientas cincuenta familias de la población.

En su recinto, limitado por un muro revocado y pintado de blanco por el exterior y sin ese acondicionamiento en el interior, contiene, a partir de la entrada principal por la calle Coronel Villarroel, un pequeño parque infantil con columpios y toboganes, entre otros juegos. Inmediatamente a este hay una pista polideportiva abierta cuyo eje longitudinal se mantiene perpendicular a la calle. La pista está rodeada de las aulas y oficinas en toda su dimensión, excepto al final del recinto, donde hay otra pista ubicada de manera perpendicular, techada con aluminio y sin paredes entre el techo y el suelo, como suele ser habitual.

Mauro Morón, a punto de finalizar la carrera de arquitectura en la Universidad de San Simón de Cochabamba, nos acompañó a visitar las instalaciones y definió de esta manera el estado de las mismas:

“En cuanto al sistema sanitario, el colegio no cuenta con la mínima infraestructura. No hay un sistema de alcantarillado sino de foso séptico, el cual, aparentemente, está totalmente colapsado. Los baños no cuentan con inodoros, son pequeños orificios en el suelo que ya están totalmente colmados. Los niños hacen sus necesidades sobre eso. El olor es pestilente. No existe agua en el lugar, está totalmente sucio, no sé como pueden tener a los niños así...”

La pobreza que se plasma en un ambiente rural como Mallico Chapi parece hacerse aún más evidente. Los lugares son localizados de inmediato, no hay la variedad que existe en la ciudad y parecería que cada edificio, camino o lugar tiene una importancia mayor que en la ciudad donde todo es más efímero. La gente que se mueve suele repetirse, no hay

gente de otras zonas y si la hay, no lo parece, porque la mayoría de las personas lucen atuendos similares y sus formas de actuar y moverse indican que tienen socializaciones parecidas. Parecería que las mismas personas hacen y deshacen los caminos repitiendo varias veces al día los mismos trayectos de siempre. La indiferencia no es lo que prevalece y la dualidad aparente de desatención y desinterés que podría existir en la ciudad, deja de tener el mismo sentido en esta población pequeña. De ahí que el ambiente desde la perspectiva del visitante se presente más regular. Y en Mallico Chapi esa regularidad presentaba una intensa impresión de pobreza.

La gente deja de arreglarse de la misma manera que si fuese a un centro urbano más importante. Porque los espacios abiertos, los públicos, son como una extensión de su propia casa, así que van vestidos como suelen estar cada día; se mueven y actúan como es habitual y poco pueden disimular porque la cotidianidad evita a veces poses que pueden hacerse más significativas cuando la gente no se conoce.

Desde la esquina noreste del campo nos fuimos trasladando hacia la portería contraria, detrás de la cual, en el colegio, se celebraban las fiestas de fin de curso. Inmediatamente ingresados al recinto amurallado, cruzamos la pista polideportiva abierta, en la cual, en medio de la misma, había un carro de venta de helados que gestionaba una cholita. Una vez pasada la primera pista llegamos a otra cubierta por un techo en arco y sin paredes, donde niños y niñas con indumentarias propias de las distintas culturas bolivianas danzaban al compás de la música. Era aquí el lugar principal de la fiesta, donde la mayoría de gente se juntaba a observar las evoluciones de los chicos.

En la pista techada la música andina amplificada a todo volumen favorecía el ambiente lúdico-festivo al cual nadie parecía estar ajeno. Los padres y las madres se reunían en el lateral preferente sentados en sillas junto a la mesa de control. La pista estaba limitada por una construcción de dos plantas lindera al campo de fútbol. Desde nuestra ubicación, en medio del lateral principal, era fácil distinguir los números de las aulas del primer piso donde “5ºA” y “5ºB” aparecían escritos de manera informal, a pincel y en blanco, encima de las puertas de madera verde de las aulas del edificio de ladrillo sin revocar.



Fig. 48. Entreacto de las actuaciones de los niños en la fiesta de la escuela.

El techo liviano a dos aguas de esa segunda planta promovía que una de estas cayese hacia la pista polideportiva y otra hacia el campo de fútbol, fuera de las instalaciones, donde en ese momento se disputaba el tercer puesto. El espacio, lleno de gente, era un continuo ir y venir de niños y niñas que correteaban relacionándose de distintas maneras. No dejaba de ser un lugar único, especial, propio del día que señalaba y con la singularidad de variados tipos de relaciones que, se notaba, no se daban todos los días.

La gente, que aparentaba alegría, no podía disimular su origen humilde y rural. Las cholitas variaban sus atuendos con faldas que seguramente lucían para la ocasión; eso sí, se veían solamente vestimentas típicas quechuas¹⁵. Los padres y madres sentados junto a la pista tomaban helados, bebían refrescos y charlaban sin dejar de mantener el perfil corporal hacia el lugar donde se hacía la ceremonia, es decir, hacia la pista de baloncesto. Esta no estaba limpia; el polvo parece el denominador común en los espacios exteriores compartidos.

Del lado de enfrente a la tribuna preferente había otra instalación medio precaria de solamente un nivel. En este caso los ladrillos estaban pintados con cal blanca

¹⁵ Las faldas de las cholitas quechuas son más cortas que las de las aymaras; tienen enagua que les da más cuerpo y generalmente suelen ser de terciopelo. Las blusas de encaje bordadas ocupan la indumentaria de la parte superior. Los sombreros son de ala ancha, de paja y a veces adornados con algunas flores que rodean la copa. Otras veces ésta está rodeada de un lazo que termina en forma de moña en la parte posterior, dejando caer ambas cintas casi hasta la zona dorsal. Las trenzas no siempre se visualizan. A veces llevan el aguayo donde colocan a alguno de sus pequeños. Otras veces dejan ver dos trenzas hasta la cintura de cabello negro y grueso que llegan a unir con hilo negro en su parte distal y que según el caso, decoran con alguna borla del mismo material.

y, entre los parlantes dispuestos frente a la pista, también había gente reunida en menor número. Un cartel confeccionado a mano en una cartulina blanca anunciaba que se vendían refrescos, cerveza y chicha.